ciencia ficción y fantasia

nueva dimensión

NUMERO DEDICADO AL

TERROR

EN NUESTRO TIEMPO

Robert Heinlein · Charles Beaumont · Fritz Leiber
Robert Sheckley · Ray Bradbury · H. P. Lovecraft
Philip Fisher · Luis Vigil · Carlos Gimenez

SELECCION DE DONALD A. WOLLHEIM

nueva dimensión 24

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

AA. VV.

Nueva Dimensión 24

Nueva Dimensión 24

ePub r1.0
Colophonius 22.08.2021

Título original: *Nueva Dimensión 24*
AA. VV., 1971
Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius
Escaneo: danielus
Edición de fuente original: johansolo
ePub base r2.1


nueva dimensión

nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:
Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

Director Periodista:
José M. Armengou

Colaboradores:
Joaquín Alberich
Dr. Alfonso Álvarez Villar
Luis-Eduardo Aute
Carlos Buiza
Alfonso Figueras
Carlo Frabetti
José Luis Garci
Luis Gasca
Teresa Inglés
Antonio Martín
José Luis M. Montalbán
Berit Sandberg

Director artístico:
Enrique Torres

Ilustradores:
Miguel Albiol
José M.ª Beá
Carlos Giménez
Esteban Maroto
Jordi Paris
Enric Sió
Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:
Argentina: Andrés Balla y Héctor R. Pessina
Australia: John Bangsund
Austria: Kurt Luif
Estados Unidos: Forrest J Ackerman
Gran Bretaña: Jean G. Muggoch
Japón: Takumi Shibano
Portugal: José Viale Moutinho
Rumanía: Ion Hobana

Julio 1971 / Número 24

TERROR IN THE MODERN VEIN

They, Robert A. Heinlein, published in *Unknown*, 1941.

Fritzchen, Charles Beaumont, published in *Orbit SF*, 1953.

The Girl with the Hungry Eyes, Fritz Leiber, published in *Avon Books*, 1949.

The Fishing Season, Robert Sheckley, published in *Thrilling Wonder Stories*, 1953.

The Crowd, Ray Bradbury, published in *Weird Tales*, 1943.

He, H. P. Lovecraft, published in 1925.

The Strange Case of Lemuel Jenkins, Philip M. Fisher, published in *Avon Fantasy Reader*, 1947.

PORTADA DE

Enrique Torres

ILUSTRACIONES DE

Carlos Giménez

nueva dimensión HOY

EDITORIAL
El terror en nuestro tiempo

SE PIENSA
El terror moderno
por Donald A. Wollheim

Horror, ergo sum
por Giovanni Arpino

El terror está de moda
por Carlo Frabetti

Esa droga llamada terror
por Domingo Santos

nueva dimensión MAÑANA

CUENTOS

Ellos
por Robert A. Heinlein

Fritzchen
por Charles Beaumont

La Chica de los ojos hambrientos
por Fritz Leiber

Temporada de pesca
por Robert Sheckley

La muchedumbre
por Ray Bradbury

Él
por H.P. Lovecraft

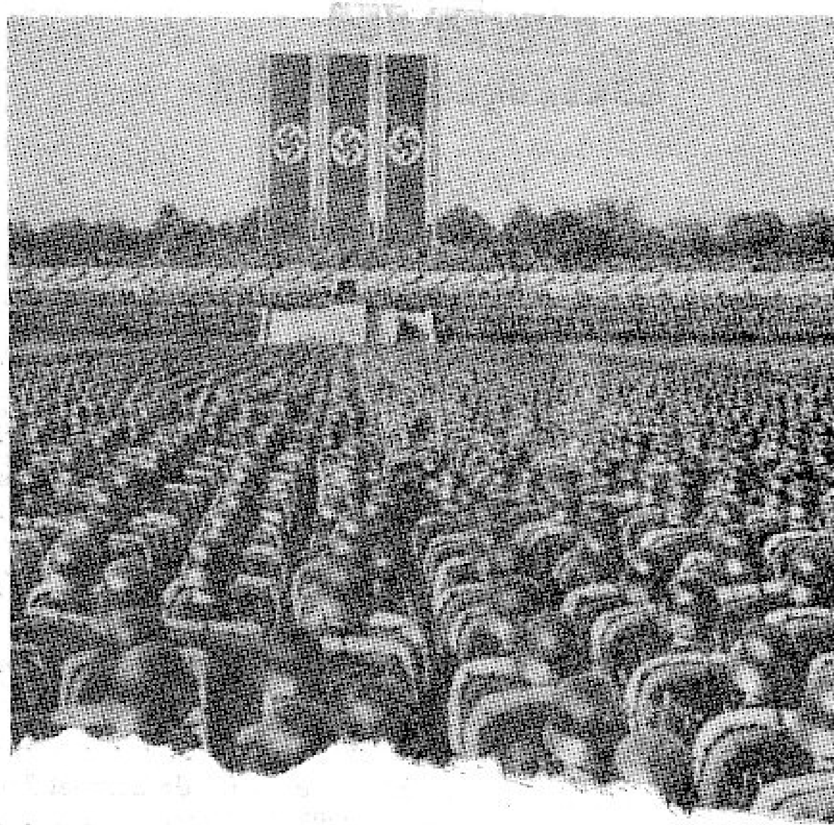
El extraño caso de Lemuel Jenkins
por Philip M. Fisher

Satán 2000
por Luis Vigil

COMIC

El Miserere
por Carlos Giménez

NÚMERO DEDICADO AL
TERROR EN NUESTRO TIEMPO
Selección de Donald A. Wollheim



EDITORIAL

EL TERROR EN NUESTRO TIEMPO

Este título, más que a una antología de relatos, parece corresponder a una crónica de actualidad.

En ninguna época el terror objetivo, la violencia física y psicológica, había alcanzado dimensiones tan envolventes y apocalípticas como en la nuestra, en la que el «bienestar» vegetativo de una minoría se asienta sobre la opresión, la explotación y el exterminio masivo de la mayor parte de los hombres.

Sin tener en cuenta la Espada de Damocles nuclear que la Humanidad ha suspendido sobre su propia cabeza.

Pero lo más terrorífico de nuestra situación actual es la naturalidad, el compromiso, la silente complicidad con que es aceptada. Cierto distanciamiento histórico permite ver en un Hitler a un monstruo y en las SS una secta infernal. Sin embargo, aceptamos

con toda naturalidad a los vástagos de Hitler que rigen el mundo, a las nuevas «$$» que siguen planificando genocidios. El terror ha sido convertido en mera estadística: tantos megatones, tantas toneladas de napalm y tantos estudiantes caídos en una manifestación, tantos muertos de hambre, tal porcentaje de analfabetos… Sí, tal porcentaje de analfabetos, porque también hay un terror cultural*, íntimamente ligado con los otros. Y un terror sociológico, orwelliano, potenciado por los hallazgos de la informática.*

Los avances tecnológicos y científicos, manipulados por estructuras irracionales y deshumanizadas, no sólo no han barrido los arcanos temores, las oscuras leyendas, los viejos fantasmas, sino que les han infundido nueva fuerza, nueva significación, nueva vigencia. Y una terrible inmediatitud.

Algunos se extrañan de que las historias de vampiros, hombres lobos y zombies sigan teniendo actualidad en una época en que su contexto natural pertenece al pasado. Sin embargo, nada más lógico: ¿Cómo no iba a conservar actualidad el símbolo del zombi, en una época en la que los mecanismos de persuasión de la publicidad y los mass media tienden a hacer un zombi impersonal y heterodirigido de cada uno de nosotros? ¿Cómo podía perder vigencia la figura del vampiro, en una sociedad en la que oscuras entidades, siniestras estructuras dotadas de una vida inhumana «chupan la sangre» —en sentido metafórico pero no por ello menos terrible— día tras día a millones de hombres, a los que el monstruoso rito de consunción priva de individualidad y convierte en siervos y perpetuadores del sistema? ¿Cómo prescindir del mito del licántropo en una sociedad basada en la competencia, regida por la máxima homo hominis lupus*; en una sociedad donde la incomunicación y la constante inhibición de la espontaneidad nos carga de agresividad reprimida, capaz de estallar y convertirnos en bestias feroces ante ciertos estímulos externos?*

Seguimos necesitando neuróticamente los mitos y el terror ritual para exorcizar los horrores cotidianos que la rutina y la enajenación nos hacen aceptar con naturalidad, para abreaccionar el sadismo y la violencia engendrados por una vida llena de inhibiciones y frustraciones.

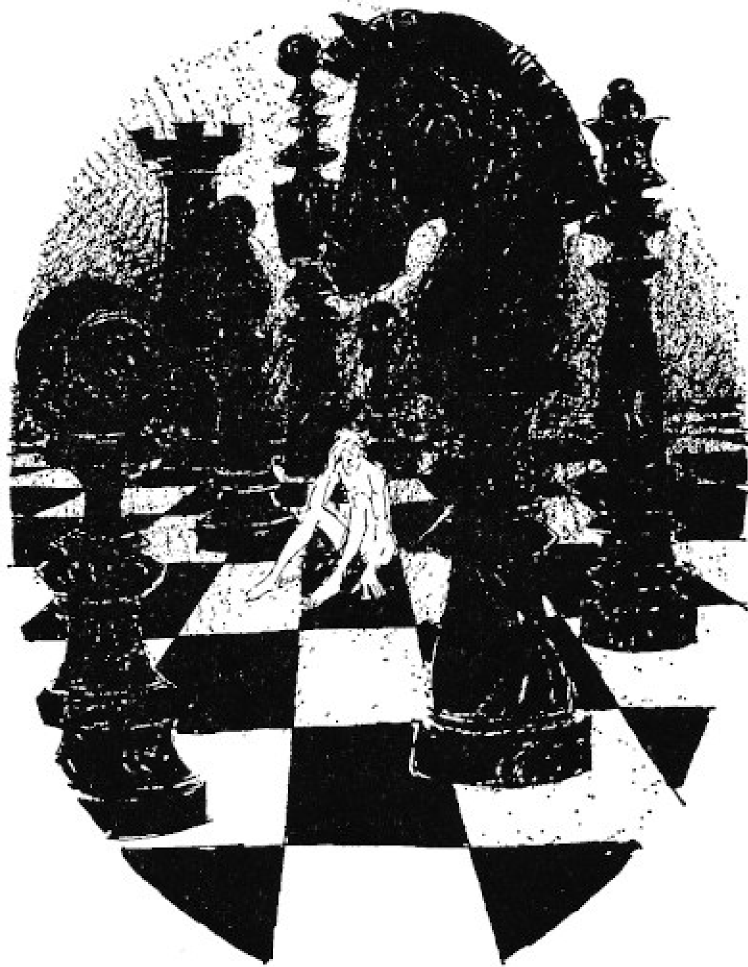
«Hay vampiros y vampiros, y no son los peores los que chupan sangre», dice el aterrado protagonista de «La Chica de los ojos hambrientos», tal vez el relato más inquietante de esta recopilación.

En este sentido, sería muy interesante un estudio de la reciente «moda» de la figura de Drácula (o mejor dicho, de su estereotipo) y de la temática vampirológica en general, relacionándola con las diversas entidades «vampíricas» (es decir, «chupadoras» de vida y despersonalizadoras) de hoy.

Pero hay otro género de terror, genuinamente contemporáneo, que es algo más que la mera actualización de los antiguos esquemas. Es aquél que intenta devolvernos la auténtica dimensión, la correcta perspectiva, la consciencia crítica del terror que nos rodea e impregna nuestras estructuras, del terror que nos acecha tras cosas y situaciones que la costumbre y el conformismo inducido nos hacen aceptar como naturales, del terror del que somos a la vez víctimas y cómplices…

Este nuevo género de terror, que no intenta sobresaltarnos a nivel emotivo sino racional, está íntimamente ligado con la SF, la cual le suministra su peculiar poder de distanciamiento, sus técnicas de extrapolación y transposición, sus símbolos operables y sus recursos especulativos. Es el terror de Wells ante una humanidad convertida en ganado; es el terror de las antiutopías publicitarias de Pohl; es el terror de una sociedad esquizofrénica maniquea reflejado en la «Omega» de Sheckley; es el terror subyacente en el confort de la seudolibertad de la American Way of Life*, denunciado por varias generaciones de autores de SF…*

Es un terror acusador e implacable, obtenido por el simple procedimiento de tendernos un espejo y mostrarnos que nosotros *somos los zombis, los licántropos, los espectros de una danza macabra…*



ELLOS

ROBERT A. HEINLEIN

¿Quién hay entre nosotros que en alguna ocasión no haya tenido la sospecha de que todo, excepto uno mismo, sea irreal? Y, si sospechásemos que el mundo es únicamente una elaborada farsa representada exclusivamente para nosotros, por alguna razón inexplicablemente oscura, ¿cómo íbamos nunca a probarlo? Robert Heinlein nos cuenta la historia de un hombre suspicaz que se decidió a investigar por sí mismo la cuestión.

Ellos no lo dejaban solo.

Ellos nunca lo dejarían solo. Se daba cuenta de que era parte del plan en su contra… No dejarlo nunca en paz, no darle nunca tiempo de pensar en las mentiras que le habían contado, tiempo para hallar las contradicciones, para encontrar por sí mismo la verdad.

¡Aquel maldito enfermero de la mañana! Había irrumpido con la bandeja del desayuno, despertándole, y haciendo que olvidase su sueño. Si lograra recordar aquel sueño…

Alguien estaba abriendo el cierre de la puerta. Lo ignoró.

—¿Qué tal, amigo? Me dicen que ha rehusado tomar el desayuno —la máscara profesionalmente amable del Doctor Hayward se cernía sobre su cama.

—No tenía apetito.

—Pero eso no puede ser. Perderá fuerzas, y entonces no podremos curarlo del todo. Ahora, levántese y vístase, y ordenaré que le preparen un ponche de huevo. ¡Vamos, sea buen chico!

Desabridamente, pero con menos ganas aún de discutir, salió de la cama y se puso la bata.

—Así está mejor —aprobó Hayward—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias.

El doctor agitó la cabeza, asombrado.

—Que me aspen si logro entenderlo. La pérdida de interés por los placeres físicos no está de acuerdo con su tipo de caso.

—¿Cuál es mi tipo de caso? —inquirió con voz átona.

—¡No, no! —Hayward intentó parecer chistoso—. Si los médicos contasen sus secretos profesionales, se verían obligados a trabajar para ganarse la vida.

—¿Cuál es mi tipo de caso?

—Bueno… la etiqueta poco importa, ¿no? Podría decírmelo usted a mí. Realmente, aún no sé nada de su caso. ¿No cree que ya va siendo hora de que hable?

—Jugaré una partida de ajedrez con usted.

—De acuerdo, de acuerdo —Hayward hizo un gesto de aceptación impaciente—. Hemos jugado al ajedrez cada día, durante una semana. Si habla, jugaré con usted.

¿Qué importaba? Si tenía razón, ellos ya sabían perfectamente que había descubierto su plan; no iba a ganar nada ocultando lo obvio. Dejaría que tratasen de argüirle lo contrario. ¡Adelante sin contemplaciones! ¡Al infierno con todo!

Sacó las piezas y comenzó a disponerlas.

—¿Qué es lo que sabe de mi caso?

—Muy poco. El examen físico es negativo. El historial, negativo. Tiene usted un elevado nivel de inteligencia, como demuestran sus notas en los estudios y el éxito en su profesión. Lapsus ocasionales de depresión, pero nada excepcional. La única información positiva fue el incidente que le llevó a venir aquí para un tratamiento.

—Que me trajeran, querrá decir. ¿Qué tiene eso de significativo?

—Bueno, por amor de Dios, amigo mío… Si se encierra en su habitación e insiste en que su mujer está urdiendo un plan en contra de usted, ¿se cree que la gente no se va a fijar en ello?

—Pero ella *estaba* urdiendo un plan en contra de mí… igual que usted. ¿Blancas o negras?

—Negras… Esta vez le toca a usted atacar. ¿Por qué cree que estamos «urdiendo planes en contra de usted»?

—Es una larga historia, que se remonta a mi primera infancia. No obstante, hubo un incidente inmediato… —Abrió, avanzando el caballo del rey blanco. Hayward alzó las cejas.

—¿Así me ataca?

—¿Por qué no? Ya sabe que no me serviría de nada intentar hacerle la jugada del pastor.

El doctor se alzó de hombros y contestó a la apertura.

—Podríamos empezar por su primera infancia. Quizá nos dé más luz que los incidentes más recientes. De niño, ¿pensaba que le perseguían?

—¡No! —se semincorporó en la silla—. De niño estaba seguro de mí mismo. Entonces lo sabía, se lo aseguro, ¡lo sabía! La vida valía la pena, y lo sabía. Estaba en paz conmigo mismo y con lo que me rodeaba. La vida era buena y yo era bueno, y suponía que los seres que me rodeaban eran como yo.

—¿Y no lo eran?

—¡En absoluto! Especialmente los niños. No supe lo que era la maldad hasta que me pusieron con otros «niños». ¡Esos pequeños monstruos! Y se

suponía que tenía que ser como ellos, y jugar con ellos.

El doctor asintió.

—Lo sé. El estar en manada. Los niños pueden ser bastante salvajes a veces.

—No logra comprenderme. No se trataba de un salvajismo inconsciente; esos seres eran *diferentes*… No se parecían en nada a mí. Exteriormente eran como yo, pero *no* se me parecían. Si trataba de hablar con uno de ellos acerca de algo que realmente me importase, lo único que obtenía era una mirada de extrañeza y una risa burlona. Entonces, siempre hallaban algún modo de molestarme por lo que había dicho.

Hayward asintió.

—Comprendo lo que quiere decir. ¿Qué me dice de los adultos?

—Ése era otro asunto. Al principio, a los niños no les importan los adultos… o, al menos, no me importaban a mí. Eran demasiado grandes, y no me molestaban, y estaban atareados con cosas que no tenían nada que ver con mi mundo. Sólo comencé a preocuparme por ellos cuando me di cuenta de que mi presencia los afectaba.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, cuando yo estaba presente, nunca hacían las mismas cosas que cuando no estaba.

Hayward lo miró con extrañeza.

—¿No le parece demasiado aventurada esa afirmación? ¿Cómo sabe lo que hacían cuando usted no estaba?

Aceptó la objeción.

—Muchas veces interrumpían cosas al aparecer yo. Si entraba en una habitación, la conversación se detenía de pronto, y luego la reanudaban acerca del tiempo o alguna otra estupidez. Entonces me dediqué a esconderme, a mirar y escuchar. Los adultos no se comportaban de la misma manera en mi presencia que en mi ausencia.

—Creo que le toca mover a usted. Pero, escuche, amigo… eso fue cuando usted era niño. Cada niño pasa por esa fase. Ahora que es usted un hombre, debe comprender el punto de vista de los adultos. Los niños *son* seres extraños que deben ser protegidos, o al menos así lo creemos, de muchos de los problemas de los adultos. En ese asunto hay toda una serie de convencionalismos…

—Sí, sí —interrumpió impaciente—. Ya sé todo eso. No obstante, me di cuenta de lo bastante y me acordé de los suficiente como para que nunca me

pareciese estar claro después. Y eso me puso en guardia para darme cuenta de lo que siguió.

—¿Qué fue? —Se percató de que los ojos del doctor se apartaban mientras él ajustaba la posición de una torre.

—Las cosas que veía hacer a la gente, y las cosas de las que les oía hablar nunca tenían la más mínima importancia. *Debían* de estar haciendo algo más.

—No le comprendo.

—No me importa que no me comprenda. Le estoy contando todo esto a cambio de una partida de ajedrez.

—¿Cómo es que juega tan bien al ajedrez?

—Porque es la única cosa del mundo en la que puedo ver todos los factores y comprender todas las reglas. Pero eso no importa… Lo cierto es que veía a mi alrededor aquella enorme fábrica, ciudades, granjas, industrias, iglesias, escuelas, casas, ferrocarriles, equipajes, montañas rusas, árboles, saxofones, librerías, gente y animales. Gente que se parecía a mí y que debería haber sido igual que yo, si lo que me contaban era cierto. Pero, ¿qué es lo que parecían estar haciendo? Iban a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida con que adquirir la fuerza con que ir a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida con que tener fuerzas para ir a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida… hasta que se caían muertos. Cualquier pequeña variación de la conducta básica no importaba, pues siempre se caían muertos. Y todo el mundo trataba de decirme que yo debía hacer lo mismo. ¡A mí no me engañaban!

El doctor tomó una expresión que aparentemente intentaba mostrar una total derrota, y se echó a reír.

—No puedo discutir con usted. La vida parece ser así, y quizá sea tan fútil como usted dice. Pero es la única vida que tenemos. ¿Por qué no se decide a gozar de ella todo lo que pueda?

—¡Oh, no! —Parecía tan hosco como testarudo—. No podrá hacerme tragar un sinsentido a base de reconocer que se ha quedado sin razones. ¿Que cómo lo sé? Porque todo este escenario complicado, todas esas bandadas de actores, nunca podrían haber sido puestas aquí tan sólo para gruñirse idioteces los unos a los otros. Acepto cualquier otra explicación, pero no ésa. Una locura tan enorme, tan compleja como es la que se desarrolla a mi alrededor tenía que estar planificada. ¡Y he encontrado el plan!

—¿Y cuál es?

Se dio cuenta que, de nuevo, el doctor apartaba la vista.

—Es una comedia que busca divertirme, ocupar mi mente y confundirme, mantenerme tan preocupado con los detalles que no tenga tiempo para pensar en el significado oculto. Y todos ustedes están complicados en ello, todos y cada uno —agitó su dedo frente al rostro del doctor—. La mayor parte de ellos quizá sean autómatas indefensos, pero usted no lo es. Usted es uno de los conspiradores. ¡Lo han enviado como experto en soluciones para tratar de obligarme a volver a representar el papel que me ha sido asignado!

Vio que el doctor estaba esperando que se serenase.

—Tómeselo con calma —logró decir finalmente Hayward—. Quizá todo sea una conspiración, pero, ¿por qué cree que ha sido usted seleccionado para ser objeto de una atención especial? Quizá sea una broma que nos están gastando a todos. ¿Por qué no podía ser yo otra de las víctimas, como usted?

—¡Lo atrapé! —apuntó un largo dedo a Hayward—. Ésa es la esencia del plan. Todas esas criaturas han sido dispuestas para que se me pareciesen de forma que me impidieran darme cuenta de que soy el centro de la situación. Pero he descubierto el hecho básico, el hecho matemáticamente incontrovertible de que soy único. Aquí estoy, sentado en el interior. El mundo se extiende desde mí hacia afuera. Yo soy el centro…

—¡Tranquilo, amigo, tranquilo! ¿No se da cuenta de que el mundo también parece ser así para mí? Cada uno de nosotros somos el centro del universo…

—¡No es cierto! Eso es lo que han estado tratando de hacerme creer, que soy uno más de los muchos millones similares a mí. ¡Mentira! Si fueran como yo, entonces podría comunicarme con ellos. Y no puedo. Lo he intentado una y otra vez, y no puedo. También he expuesto mis más profundos pensamientos, buscando algún otro ser que los compartiese. ¿Cuál ha sido la respuesta?: contestaciones falsas, incongruencias estremecedoras, obscenidades sin sentido. Lo he intentado. Se lo aseguro… ¡Por Dios, cómo lo he intentado! Pero no hay nada ahí afuera con que hablar… ¡Nada sino vacío y cosas distintas a mí!

—Espere un momento. ¿Quiere decir que piensa que no hay nadie aparte de usted? ¿No cree que yo tenga vida y sea consciente?

Miró seriamente al doctor.

—Sí, creo que usted probablemente vive, pero es uno de los otros: mis antagonistas. Y ustedes han dispuesto millares de otros a mi alrededor cuyos rostros están en blanco, sin vida en su interior, y cuyas palabras son sonidos sin significado.

—Bien, entonces, si me concede que soy un ego, ¿por qué insiste en que soy tan diferente de usted mismo?

—¿Por qué? ¡Espere! —Se apartó de la mesa de ajedrez y caminó hacia el armario, del que sacó el estuche de un violín.

Mientras estaba tocándolo, las arrugas de sufrimiento desaparecieron de su rostro y adquirió una expresión de relajada beatitud. Durante un rato volvió a capturar las emociones, pero no el conocimiento, que había poseído en sus sueños. La melodía pasó fácilmente de una proposición a otra con diáfana lógica. Terminó con una triunfante exposición de la tesis esencial, y se volvió hacia el doctor.

—¿Y bien?

—Mmm. —Le pareció detectar un grado aún mayor de precaución en la actitud del doctor—. Es una pieza rara, pero notable. Es una pena que no se dedicase usted seriamente al violín. Se podría haber hecho una buena reputación. ¿Por qué no lo hace? Creo que podría lograrlo.

Se quedó en pie y contempló al doctor durante un largo rato, y luego agitó la cabeza, como tratando de aclararla.

—No vale la pena —dijo lentamente—, en lo más mínimo. No hay posibilidad de comunicación Estoy solo. —Volvió a colocar el instrumento en su funda, y regresó al tablero de ajedrez—. Me toca a mí, ¿no?

—Sí. Vigile su reina.

Estudió el tablero.

—No es necesario. Ya no la necesito. Jaque.

El doctor interpuso un peón, para bloquear el ataque.

Asintió.

—Usa bien sus peones, pero ya he aprendido a anticiparme a su juego. Jaque de nuevo… y mate, creo.

El doctor examinó la nueva situación.

—No —decidió—. No… no del todo —se retiró de la casilla atacada—. Nada de jaque mate… Tablas, como mucho. Sí, otras tablas.

Estaba alterado por la visita del doctor. En lo básico, *no podía* estar equivocado, y sin embargo el doctor había señalado lagunas en la lógica de su posición. Desde un punto de vista lógico todo el universo podía ser un fraude llevado a cabo en contra de todo el mundo. Pero la lógica no significaba nada: la lógica en sí misma era un fraude, que partiendo de supuestos no confirmados era capaz de probar cualquier cosa. ¡El mundo es lo que es…! Y lleva su propia evidencia de ser un engaño.

Pero, ¿lo es? ¿En qué podía basarse? Podía trazar una línea entre los hechos conocidos y todo lo demás y entonces lograr una razonable interpretación del mundo, basada únicamente en hechos; una interpretación libre de las complejidades de la lógica y sin supuestos ocultos sobre puntos inciertos. Muy bien…

El primer hecho, él mismo. Se conocía a sí mismo directamente. Existía.

Segundos hechos: la evidencia que le proporcionaban sus «cinco sentidos», cualquier cosa que viera, oyera, oliera, saboreara y palpara por sí mismo, con sus sentidos físicos. Teniendo bien presente sus limitaciones, debía creer en sus sentidos. Sin ellos estaba totalmente solo, encerrado en un sarcófago de huesos, ciego, sordo, aislado, el único ser del mundo.

Y ése no era el caso. Sabía que no se inventaba la información que le facilitaban sus sentidos. Tenía que haber algo allí afuera, alguna otra *cosa* que produjese los entes que sus sentidos captaban. Todas las filosofías que presuponían que el mundo físico de su alrededor no existía sino en su imaginación eran puras charlatanerías.

Pero, fuera de esto, ¿qué? ¿Había terceros hechos de los que pudiera fiarse? No, no hasta el momento. No podía permitirse creer en nada que le dijeran, o que leyese, o que implícitamente se supusiese cierto acerca del mundo de su alrededor. No, no podía creer en nada de ello porque, en su conjunto, todo lo que le habían dicho y leído y explicado en la escuela era tan contradictorio, tan sin sentido, tan totalmente loco que no podía ser creído a menos que se comprobara personalmente.

Un momento… El mismo contar esas mentiras, esas contradicciones sin sentido, era un hecho en sí, conocido por él directamente. En ese aspecto eran datos, probablemente datos muy importantes.

El mundo, tal como le había sido mostrado, era un fragmento de sinrazón, el sueño de un idiota. Y sin embargo, lo era en una escala demasiado grande como para no tener alguna razón. Regresó cansadamente al punto original: dado que el mundo no podía ser tan loco como parecía ser, necesariamente debía haber sido dispuesto para que pareciese loco, y así lograr apartarle a él de la verdad.

¿Por qué le habían hecho esto? Y, ¿cuál era la verdad tras la ficción? Debía de haber alguna pista en el mismo engaño. ¿Qué ovillo se deshilvanaba en todo ello? Bueno, en primer lugar le habían dado una superabundancia de explicaciones del mundo que lo rodeaba, filosofías, religiones, explicaciones de «sentido común». La mayor parte de ellas eran tan burdas, tan obviamente inadecuadas, o tan sin sentido, que a duras penas podían esperar que se las

tomase en serio. Debían de haber confiado simplemente en que servirían para enmarañar aún más el asunto.

Pero había ciertos supuestos básicos comunes a los centenares de explicaciones de la locura de su alrededor. Debían de ser esos supuestos básicos los que se esperaba que creyese. Por ejemplo, había el concepto profundamente arraigado de que era un «ser humano» esencialmente similar a millones de otros a su alrededor y a otros miles de millones más del pasado y del futuro.

¡Eso era una tontería! Nunca, ni una sola vez, había logrado entrar en verdadera comunicación con todas aquellas cosas que se le parecían tanto, pero que eran tan diferentes. En la agonía de su soledad, hasta se había engañado a sí mismo para llegar a creer que Alice lo comprendía y era un ser como él. Ahora sabía que había suprimido y rehusado examinar millares de pequeñas discrepancias porque no podía ni pensar en volver a su completa soledad. Había necesitado creer que su esposa era un ser vivo, animado, de su propia especie y que comprendía sus más íntimos pensamientos. Había rehusado considerar la posibilidad de que ella fuera simplemente un espejo, un eco… o algo inimaginablemente peor.

Había encontrado una compañera, y el mundo era tolerable, aunque aburrido, estúpido y repleto de insoportables molestias. Se sentía moderadamente feliz y había apartado sus sospechas. Había aceptado, con bastante docilidad, la noria de la que se esperaba que tirase hasta que un pequeño accidente había mostrado por un instante el fraude… y entonces sus sospechas habían vuelto con fuerza arrolladora; el amargo conocimiento de su niñez había quedado confirmado.

Se daba cuenta de que había sido un estúpido al hacer un tal alboroto acerca de ello. Si hubiera mantenido su boca cerrada no lo habrían recluido. Debería haber sido tan sutil y astuto como ellos, manteniendo sus ojos y orejas abiertos, y haberse enterado de los detalles y de las razones del plan en contra de él. Quizá hubiera aprendido cómo burlarlos.

Pero, ¿y qué si lo habían encerrado…? El mundo entero era un manicomio y todos ellos sus loqueros.

Una llave chirrió en la cerradura, y alzó la vista para ver a un enfermero que entraba con una bandeja.

—Aquí está su cena, señor.

—Gracias, Joe —dijo amablemente—. Déjelo por ahí.

—Hay películas esta noche, señor —prosiguió el enfermero—. ¿No le gustaría ir? El doctor Hayward dijo que usted podía…

—No, gracias. Prefiero no ir.

—Me gustaría que lo hiciera, señor —se dio cuenta, divertido, de la persuasiva solicitud del enfermero—. Creo que al doctor le gustaría que lo hiciera. Es una buena película. Hay un dibujo de Mickey Mouse…

—Casi logra convencerme, Joe —contestó con pasiva amabilidad—. Esencialmente, los problemas de Mickey son los mismos que los míos. No obstante, no voy a ir. No tienen por qué molestarse en pasar películas esta noche.

—Oh, en cualquier caso las pasarán. Muchos otros huéspedes irán a verlas.

—¿De verdad? ¿Es un ejemplo de integridad, o está sólo manteniendo usted el engaño, al hablar conmigo? Si eso le causa molestias, Joe, no es necesario que siga fingiendo. *Sé* cuál es el juego. Si yo no voy, no hay ninguna necesidad de pasar las películas.

Le gustó la sonrisa con la que el enfermero contestó a su embestida. ¿Sería posible que aquel ser hubiera sido creado tal como parecía ser: enormes músculos, carácter flemático, tolerante, perruno? ¿O no había nada tras aquellos amables ojos, nada sino un reflejo robótico? No, era más probable que fuera uno de ellos, dado que se cuidaba tan directamente de él.

El enfermero se fue y él dedicó su atención a la bandeja de su cena, tomando los trozos de carne, ya cortados, con la cuchara, el único cubierto que le facilitaban. Sonrió de nuevo ante su precaución y cuidado por todos los detalles. Pero no había peligro, no destruiría aquel cuerpo mientras le sirviese para investigar la verdad del asunto. Aún había varias sendas de investigación diferentes a su alcance antes de que decidiera dar aquel paso, posiblemente irrevocable.

Tras la cena decidió ordenar mejor sus pensamientos escribiéndolos; obtuvo papel. Comenzaría por la exposición general de algún postulado común a los credos que le habían sido inculcados durante toda su «vida». ¿Vida? Sí, ése mismo serviría. Escribió:

> Se me dice que nací hace un cierto número de años y que moriré dentro de otros cuantos. Me han referido varios relatos poco plausibles para explicarme donde estaba antes de nacer y lo que me sucederá después de morir, pero son mentiras burdas, que no tratan de engañar, sino de crear confusión. De todas las formas posibles, el mundo de mi alrededor me asegura que soy mortal, que no llevo aquí sino unos pocos años, y que dentro de unos pocos más habré desaparecido por completo… no existiré.

ERROR: soy inmortal. Trasciendo este pequeño eje temporal. Un período de setenta años no es otra cosa que una fase más de mi experiencia. Sólo superada en certeza por los datos primarios de mi propia existencia, tengo la certidumbre, emocionalmente convincente, de mi propia continuidad. Quizá yo sea una curva cerrada, pero, cerrada o abierta, no tengo ni principio ni fin. La consciencia de sí mismo no es relativa; es absoluta, y no puede ser ni destruida ni creada. La memoria, en cambio, siendo un aspecto relativo de la consciencia, puede ser manejada y probablemente destruida.

Es cierto que la mayor parte de las religiones que me han sido presentadas hablan de la inmortalidad, pero hay que fijarse en la forma en que hablan de ella. La forma más segura de mentir convincentemente es el decir la verdad de una forma no convincente. Ellos no quieren que crea en ello.

Precaución, ¿por qué han tratado con tanto empeño de convencerme de que voy a «morir» dentro de unos pocos años? Tiene que haber una razón muy importante. Supongo que deben de estar preparándome para algún tipo de cambio de primer orden. Puede ser crucialmente importante para mí el averiguar sus intenciones acerca de esto… Probablemente tenga varios años durante los que alcanzar una decisión. Nota: Debo evitar el usar los tipos de razonamiento que me han enseñado.

El enfermero estaba de regreso.

—Su esposa está aquí, señor.

—Dígale que se vaya.

—Por favor, señor: el doctor Hayward se muestra ansioso porque la vea.

—Dígale al doctor Hayward que opino que es un excelente jugador de ajedrez.

—Sí, señor —el enfermero esperó un momento—. Entonces, ¿no va a verla?

—No, no la veré.

Paseó alrededor de la habitación durante un rato después de que el enfermero hubiera salido, con la mente apartada de su recapitulación. Hasta el momento, habían jugado muy decentemente con él desde que lo habían traído allí. Se sentía satisfecho de que le hubieran permitido tener una habitación para él solo, y lo cierto era que contaba con más tiempo libre para meditar que el que le había sido posible dedicar fuera. Claro que llevaban a cabo esfuerzos

constantes para distraerlo y mantenerlo atareado pero, mostrándose tozudo, podía saltarse las reglas y ganar cada día algunas horas que dedicar a la introspección.

Pero, ¡maldita sea…! Le gustaría que dejaran de usar a Alice en sus tentativas de apartarle de sus pensamientos. Aunque el intenso terror y revulsión que ella le había inspirado cuando había redescubierto la verdad ahora se había convertido en una simple sensación de repugnancia y disgusto hacia su compañía, no obstante era emocionalmente perturbador el que se la recordasen, el que le obligaran a tomar decisiones acerca de ella.

Después de todo, *había* sido su esposa durante muchos años. ¿Esposa? ¿Qué era una esposa? Otra alma como la de uno, un complemento, el otro polo necesario en una pareja, un santuario de comprensión y simpatía en las profundidades sin límites de la soledad. *Eso* es lo que había pensado, lo que había necesitado creer y había creído a pies juntillas durante años. La necesidad expectante de una compañía de su propia especie le había llevado a verse a sí mismo reflejado en aquellos ojos y le había hecho mostrarse poco crítico respecto a las incongruencias ocasionales de las respuestas.

Suspiró. Creía haberse desprendido de la mayor parte de las reacciones emocionales estereotipadas que le habían inculcado mediante preceptos y ejemplos, pero Alice le había calado en lo más hondo, totalmente, y aquello aún le dolía. Había sido feliz… ¿Y qué si había sido un sueño de drogadicto? Le habían dado un excelente, un bello espejo con el que jugar… ¡Y él había sido bien tonto al mirar tras del mismo!

Cansadamente volvió a su recopilación.

> El mundo es explicado según una de estas dos formas: la del sentido común que dice que el mundo es más o menos como parece ser y que las conductas y motivaciones ordinarias del hombre son razonables, y la solución religioso-mística que dice que el mundo es puro sueño, irreal, insustancial, y que la realidad está en algún punto más allá.
>
> ¡Mentira!: ambas. El esquema del sentido común no tiene el más mínimo sentido. «La vida es corta y repleta de problemas. El hombre, nacido de mujer, nace a los problemas tal como las chispas saltan hacia arriba. Sus días son pocos y están contados. Todo es vanidad y vejación». Esas citas pueden que sean confusas e incorrectas, pero son una buena reproducción de la teoría del sentido común que dice que el mundo es tal cual parece. En un mundo así, el esfuerzo humano es más o menos

> tan racional como las ciegas acometidas de una polilla contra una bombilla. El «mundo del sentido común» es una ciega locura, salido de ninguna parte, que no va a ninguna parte, sin propósito alguno.
>
> En cuanto a la otra solución, parece superficialmente más racional dado que rechaza el mundo, totalmente irracional, del sentido común. Pero no es una verdadera solución racional, es sólo un apartarse de cualquier tipo de realidad, pues rehúsa creer en los resultados del único sistema directo de comunicación entre el ego y el Exterior. Ciertamente, los cinco sentidos son unos canales bien pobres de comunicación, pero son los únicos.

Arrugó el papel y se alzó de la silla, de un salto. El orden y la lógica no servían… su respuesta era correcta porque olía a correcta. Pero aún no la conocía por completo. ¿Por qué la enorme escala del engaño, las innumerables criaturas, continentes completos, la matriz, enormemente complicada y nimiamente detallada, de la loca historia, loca tradición, loca cultura? ¿Por qué preocuparse de algo más que de una celda y una camisa de fuerza?

Debía de ser, tenía que ser, porque era de la máxima importancia el engañarle completamente, pues un engaño menos absoluto no debía de servir. ¿Podría ser que no se atreviesen a dejarle sospechar su verdadera identidad, sin importarles lo difícil y complicado que tuviera que ser el fraude?

Tenía que saberlo. De alguna manera debía lograr superar la decepción y ver lo que pasaba cuando no miraba. Había logrado dar una ojeada; esta vez tenía que verlo bien, atrapar a los titiriteros en sus manipulaciones.

Obviamente, el primer paso sería escapar de aquel manicomio, pero hacerlo tan astutamente que jamás lo viesen, nunca lo pudieran atrapar, no tuviesen una sola posibilidad de preparar el escenario frente a él. Esto sería difícil. Tenía que superarlos en astucia y sutileza.

Una vez estuvo decidido, pasó el resto de la tarde considerando la forma en que podría lograr su propósito. Parecía casi imposible: debía alejarse sin ser visto ni una sola vez y permanecer totalmente oculto. Debían perder completamente su pista de forma que no supieran donde centrar sus engaños. Esto podría significar el sobrevivir sin alimentos durante varios días. Muy bien; podía hacerlo. No debía darles ningún previo aviso por un comportamiento o acción poco habituales.

Las luces parpadearon dos veces. Dócilmente se alzó y comenzó a prepararse para ir a la cama. Cuando el enfermero miró por la mirilla ya estaba en la cama, con la cara vuelta hacia la pared.

¡Alegría! ¡Alegría en todas partes! Era bueno el estar con su propia especie, el oír la música surgiendo de cada cosa viva, como siempre había hecho y siempre haría; era bueno el saber que todo vivía y era consciente de él, participaba de él, como él participaba del resto. Era bueno ser, bueno al conocer la unidad de muchos y la diversidad de uno. Había tenido un mal pensamiento, los detalles se le escapaban, pero ya había desaparecido… nunca había *existido*; no había lugar para él.

Los sonidos de primera hora de la mañana de la sala adyacente penetraron en el cuerpo adormilado que le alojaba allí y gradualmente le devolvieron la percepción de la sala del hospital. La transición fue tan suave que logró llevar consigo un recuerdo completo de lo que había estado haciendo y del por qué. Se quedó quieto, con una leve sonrisa en el rostro, y saboreó la tosca, pero no exenta de placer, languidez del cuerpo que usaba. Era extraño que hubiera olvidado, a pesar de sus trampas y estratagemas. Bueno, ahora que había recordado la clave, pronto arreglaría las cosas en aquel extraño lugar. Los llamaría inmediatamente y les anunciaría el nuevo orden. Sería divertido ver la expresión del viejo Glaroon cuando se diera cuenta de que el ciclo había terminado…

El clic de la mirilla y el raspar de la puerta al abrirse guillotinaron su tren de pensamientos. El enfermero de la mañana entró animadamente con la bandeja del desayuno y la colocó sobre la mesita inclinable.

—Buenos días, señor. Hace un día hermoso y radiante… ¿Lo quiere en la cama?

¡No contestes! ¡No escuches! ¡Suprime esa distracción! Es parte de su plan… pero ya era tarde, demasiado tarde. Notó cómo resbalaba, caía, era arrancado de la realidad y devuelto al mundo del engaño en el que lo mantenían. Lo había perdido, perdido totalmente, si una sola asociación a su alrededor en la que anclar su memoria. No le quedaba nada más que la sensación de una pérdida desconsoladora y el agudo dolor de una catarsis insatisfecha.

—Déjelo donde está. Ya me ocuparé de él.

—De acuerdo —el enfermero salió, cerrando la puerta de golpe y dando ruidosas vueltas a la llave.

Se quedó muy quieto durante un largo tiempo, con cada prolongación nerviosa de su cuerpo pidiendo alivio a gritos.

Al fin se levantó de la cama, aún miserablemente desconsolado, y trató de concentrarse en sus planes de fuga, pero el tirón psíquico que había recibido al ser traído de vuelta, tan repentinamente, de su plano de realidad lo había perturbado emocionalmente. Su mente insistía en rumiar sus dudas, en lugar de dedicarse a un pensamiento constructivo. ¿Era posible que el doctor tuviera razón, que no estuviera solo en aquel miserable dilema? ¿Estaba simplemente sufriendo una paranoia, una falsa ilusión de grandeza?

¿Pudiera ser que cada unidad de aquel burbujeante conjunto que le rodeaba fuera la prisión de otro ego solitario: desvalido, ciego y mudo, condenado a una eternidad de miserable soledad? ¿Era la expresión de sufrimiento que había visto en el rostro de Alice el verdadero reflejo de un tormento íntimo, y no simplemente el resultado de una actuación cuyo fin era maniobrarlo a él, de acuerdo con sus planes?

Sonó una llamada en su puerta. Dijo:

—Entre —sin alzar la vista. No le importaban sus idas y venidas.

—Querido… —una voz bien conocida habló lenta e indecisa.

—¡Alice! —Se puso en pie inmediatamente, frente a ella—. ¿Quién te dejó entrar?

—Por favor, cariño, por favor… Tenía que verte.

—No hay derecho. No hay derecho —hablaba más para él que para ella. Y luego—: ¿Por qué viniste?

Se enfrentó a él con una dignidad que no había esperado. La belleza de su rostro infantil había sido estropeada por líneas y sombras, pero brillaba con inesperado coraje.

—Te quiero —le contestó ella suavemente—. Puedes decirme que me vaya, pero no puedes impedir que siga amándote y tratando de ayudarte.

Le dio la espalda en una agonía de indecisión. ¿Pudiera ser que la hubiera juzgado mal? ¿Habría, tras aquella barrera de carne y símbolos sonoros, un espíritu que verdaderamente suspiraba por el suyo? Amantes susurrando en la oscuridad…

—¿Comprendes, no?

—Sí, cariño mío, comprendo.

—Entonces nada de lo que pase puede importarnos, mientras estemos unidos y comprendamos… —Palabras, palabras, rebotando huecamente en una pared incólume…

¡No, no podía estar equivocado! La pondría a prueba de nuevo…

—¿Por qué me mantuviste en aquel trabajo en Omaha?

—Pero si yo no te hice permanecer en el trabajo… Únicamente te indiqué que deberíamos pensarlo dos veces antes de…

—No importa. No importa. —Suaves manos y un dulce rostro impidiéndole con tranquila terquedad el hacer lo que su corazón le decía que hiciese. Siempre con la mejor de las intenciones, la mejor de las intenciones, pero siempre de tal forma que nunca había logrado del todo hacer las cosas tontas, irrazonables que *él* sabía que valían la pena. Apresúrate, apresúrate, apresúrate y lucha, con un jockey de rostro de ángel ocupándose de que no te detengas el tiempo suficiente para pensar por ti mismo…—. ¿Por qué trataste de impedir que volviera a la parte de atrás del piso de arriba, aquel día?

Ella consiguió sonreír, aunque sus ojos ya estaban derramando lágrimas.

—No sabía que realmente te importase. No quería que perdiésemos el tren.

Había sido una cosa pequeña, sin importancia. Por alguna razón, que no le resultaba clara ni a él mismo, había insistido en volver al piso de arriba, a su estudio, cuando estaban a punto de salir de casa para emprender unas cortas vacaciones. Estaba lloviendo, y ella le había indicado que apenas si tenían tiempo de llegar a la estación. Él la había sorprendido, y se había sorprendido a sí mismo, al insistir en hacer lo que quería en circunstancias en las que nunca se había mostrado testarudo.

Había llegado a empujarla a un lado para abrirse camino hacia las escaleras. Y aún así, no habría tenido ninguna consecuencia sino hubiera, sin necesidad alguna, alzado la persiana de la ventana que daba a la parte trasera de la casa.

Era una cosa realmente sin importancia. Había estado lloviendo, con fuerza, en la parte delantera. Desde esta ventana se veía un cielo claro y soleado, sin señales de lluvia.

Se había quedado allí un largo rato, contemplando el imposible resplandor del sol y reestructurando el cosmos en su mente. Reexaminó sus dudas, suprimidas durante largo tiempo a la luz de aquella pequeña, pero totalmente inexplicable discrepancia. Luego, se había vuelto y había hallado que ella estaba en pie tras de él.

Desde entonces había intentado lograr olvidar la expresión que había sorprendido en su rostro.

—¿Y qué me dices de aquella lluvia?

—¿La lluvia? —repitió ella con voz débil y asombrada—. Pues sí, estaba lloviendo, naturalmente. ¿A qué te refieres?

—A que *no* estaba lloviendo en lo que se veía por la ventana de mi estudio.

—¿Cómo? Pues claro que llovía. Me di cuenta de que el sol aparecía entre las nubes durante un momento, pero eso fue todo.

—¡Tonterías!

—Pero, cariño, ¿qué tiene que ver el tiempo contigo y conmigo? ¿Qué importancia tiene, para nosotros, el que llueva o no? —Se le acercó tímidamente y deslizó una pequeña mano entre su brazo y su costado—. ¿Acaso soy responsable del tiempo?

—Creo que sí lo eres. Ahora, por favor, vete.

Se apartó de él, se secó desesperadamente los ojos, tragó saliva, y luego dijo con una voz que obligaba a ser firme:

—De acuerdo, me iré. Pero recuerda… *puedes* volver a casa si lo deseas. Y yo estaré allí, si lo deseas. —Esperó un momento, y luego añadió titubeante —: ¿Querrías… darme un beso de despedida?

Él no le respondió en forma alguna, ni con la voz ni con los ojos. Ella lo miró, luego se dio la vuelta, tanteó ciegamente la puerta, y salió corriendo.

El ser al que conocía por Alice se dirigió al lugar de montaje sin detenerse en cambiar de forma.

—Es necesario suspender esta secuencia. Ya no soy capaz de influir en sus decisiones.

Lo habían estado esperando, y sin embargo se agitaron preocupados.

El Glaroon se dirigió al Principal de Manipulación:

—Prepárese a injertar inmediatamente la línea de memorias seleccionada.

Luego, volviéndose hacia el Principal de Operaciones, el Glaroon le dijo:

—La extrapolación muestra que intentará escapar dentro de dos de sus días. Esta secuencia comenzó a degenerar a causa de su error al no extender aquella lluvia a todo su alrededor. Tenga más cuidado.

—Sería más simple si comprendiésemos sus motivaciones.

—En mi actitud de doctor Hayward, he pensado eso a menudo —comentó el Glaroon acerbamente—. Pero, si comprendiésemos sus motivos, seríamos parte de *él*. ¡Acuérdese del Tratado! Casi logró recordar.

El ser conocido como Alice habló:

—¿No podría tener el Taj Majal en la siguiente secuencia? Por alguna razón, parece apreciarlo.

—¡Está comenzando a ser asimilada!

—Quizá. No tengo miedo. ¿Lo recibirá?

—Será tomado en consideración.

El Glaroon continuó con sus órdenes:

—Dejen las estructuras en pie hasta la suspensión. La ciudad de Nueva York y la Universidad de Harvard están siendo desmanteladas en este momento. Apártenlo de esos sectores.

«¡Muévanse!».



FRITZCHEN

CHARLES BEAUMONT

Los fantasmas y enanitos de los viejos tiempos deben de haber derivado, al menos en parte, de la incuestionable certidumbre de nuestros antepasados de que existían miríadas de seres vivos en el mundo que no habían sido descubiertos y clasificados. Hoy nos complacemos en creer que hemos llevado a cabo, prácticamente, el estudio de la flora y fauna de todo nuestro mundo. ¡Conocemos tantos animales! Y, sin embargo, ¿es eso cierto? Existen unas extrañas pisadas en los Himalayas. Existen extraños restos que son depositados por las aguas en nuestras costas, procedentes de los vírgenes fondos abismales. Existen extrañas visiones en nuestros cielos…

En otro tiempo había sido un lugar en donde soñar. Un lugar en el que recostarse boca arriba en la cálida arena y escuchar al silencio y hacer que las cosas lejanas pareciesen reales. El mejor lugar del mundo entero, desde cualquier punto de vista.

Pero había dejado de serlo hacía mucho. Ahora, suponía, no era mucho más que una caleta bastante aislada, realmente: una extensión de terreno que llegaba hasta el río en uno de sus puntos anchos, recortada como una pequeña península; un sitio gris y aburrido, húmedo y poco natural por las noches transcurridas bajo las mareas: en descomposición, hundiéndose lentamente, contenta de ser tragada por el río. Como Edna había dicho: sólo un montón de sucia arena mojada. Ya no un lugar en el que soñar.

El señor Peldo cambió de posición y suspiró al recordar. Se quitó de la boca la destripada colilla de un cigarro apagado, la lanzó desdeñosamente y contempló cómo el barro se blanqueaba y rezumaba en donde caía, y como las arañas escapaban torpemente, asustadas.

Las arañas le hicieron pensar en sus serpientes. Y pronto estuvo pensando también en conejos y peces de colores y, guau guau, cachorros de perro, todos con las orejas gachas y suaves… y su pan con mantequilla. Su forma de vida.

Casi se sintió contento al oír la zafia voz de Edna tras él.

—Jake.

Ahora se quejaría de la estupidez de aquel viaje, añadiendo que le irritaba la sinus.

—Sí, gallinita, ¿qué pasa?

—Ve a ver lo que hace Luther.

Ve-a-ver-lo-que-hace-Luther. Por Dios, un niño de ocho años debería ser capaz de cuidarse de sí mismo.

—De acuerdo, ¿por dónde fue?

—En esa dirección, por allí, junto a los árboles. Me da miedo que se meta en el agua, o que se pierda.

El señor Peldo gruñó suavemente mientras ponía en pie su masa. Trabajo. Oh, bueno, todo estaba bien. Pronto habría pensado en su frustración,

recordando su sucia tienda de venta de animales domésticos y su sucia vida. Era mejor buscar por entre los árboles a niños malcriados.

El camino era difícil. Naturalmente, tenía que terminarse en unos metros más, pero a pesar de eso *era…* excitante, en una forma lejana, cansada, nostálgica. Apartó un mojado helecho, y luego otro, mientras agujas de humedad le golpeaban.

—Luther.

El señor Peldo continuó algunos pasos más, hasta que pudo oír claramente la corriente. Una pared de hojas se alzaba en la curva, así que se detuvo allí, para que los últimos restos del encanto cayeran desprendidos, y luego escuchó.

—Luther, apresúrate, chico.

Sólo el agua, la vibrante y traicionera agua del río, corriendo camino del océano.

—Hey, *Lu… ther*.

El señor Peldo clavó las manos en el follaje y lo separó. A través de esa abertura, mirando fijamente, podía ver la espalda de su hijo.

—¡Muchacho, cuando tu padre te llama, *contéstale*!, ¿oyes?

Luther miró a su alrededor desinteresadamente, frunció el entrecejo y volvió la cabeza. Estaba sentado en el barro, jugando.

El señor Peldo notó cómo la ira recorría su cuerpo. Se abrió camino hacia delante y se detuvo, lanzando una mirada furiosa.

—¿Y bien?

Entonces logró dar una ojeada a aquello con lo que había estado jugando su hijo. Pero sólo una ojeada.

—¡Fritzchen! —pronunció desafiadoramente Luther, escudando algo en sus manos—. Fritzchen; como quería llamar al pájaro de Sol.

El señor Peldo como le picaban los ojos y se los frotó.

—¿Qué es lo que tienes ahí?

—Fritzchen, Fritzchen —ululó el muchacho. Y entonces escuchó otro sonido. Un sonido que no se parecía a ningún otro que el señor Peldo hubiera escuchado nunca: de tono agudo, gimoteante, discordante. El sonido que hace un animal cuando siente dolor.

El señor Peldo se inclinó y le dio un bofetón a su hijo en la boca, que se había clavado como la de un pitón en la pantorrilla de su pierna izquierda. Luego, apretando con fuerza la nariz de Luther con su pulgar e índice, le obligó a soltar la cosa que había estado ocultando.

Cayó sobre el cieno y comenzó a agitarse.

El señor Peldo se atragantó. Se quedó mirando un momento, como un idiota mira la pantalla de una lámpara, con la boca muy abierta y los ojos desorbitados.

Una lejana voz, desde más allá de los árboles, gritó:

—¿Jake, anda algo mal? ¡Contéstame!

Se quitó su chaqueta deportiva y la echó sobre la convulsa cosa.

—No, no, todo va bien. El chico está haciendo el tonto, eso es todo. ¡No te sulfures!

—¡Bueno, apresúrate! ¡Se está haciendo de noche!

El señor Peldo contuvo la embestida de Luther con un pie.

—¿De dónde sacaste esto?

Luther no contestó. Miró hoscamente al suelo, murmurando:

—Es mío. Lo encontré. No puedes quedártelo.

—¿De dónde ha salido? —inquirió el señor Peldo.

El labio inferior de Luther parecía una salchicha reventada. Finalmente, apuntó el pulgar en dirección a la orilla del río.

—¡Podrías hablar!

Luther gimió, trató de nuevo de acercarse al envoltorio que se estremecía en la arena, se sentó y dijo:

—Lo encontré en el agua. Hice ver que no me importaba, y lo atrapé cuando no miraba. Ahora es mío y no puedes…

Pero el señor Peldo, habiéndose ya recuperado, había levantado la americana y estaba mirando.

Un lugar para soñar.

Automóviles que irían a más de trescientos kilómetros por hora, castillos con diez cuartos de baño en lo alto de montañas. Manadas de esbeltas y tentadoras jóvenes, de mente vacía, y cuerpos repletos, infinitamente imaginativas, infinitamente accesibles…

—¡Jaaaake! ¿Estás tratando de matarme de miedo? ¡Hace frío y mi sinusitis está comenzando a gotear!

Luther miró a su padre, dio un bufido y comenzó a andar hacia los árboles.

—¡Es Fritzchen y es *mío*! —gritó mientras corría—. ¡De acuerdo… me vengaré!

El señor Peldo contempló a la pequeña criatura, fascinado, mientras todas sus patas comenzaban a moverse juntas, patas enanas y sin desarrollar, cavando en el viscoso terreno. Sintiendo escalofríos, volvió a echarle encima la chaqueta, hizo con ella un saco y comenzó a atravesar la maleza.

La nariz de Edna se había vuelto roja. Decidió no mostrarle a Fritzchen, al menos durante un rato.

—No tengo ninguna vacía —dijo lentamente Sol, mirando el bulto que el señor Peldo mantenía todo lo lejos que podía. A Sol no le importaban los animales; era viejo; su mente había caído por un barranco; andaba arriba y abajo a lo largo del barranco; andaba y daba la vuelta, como un babuino contento. Era viejo.

El señor Peldo esperó a que Edna y Luther fueran hacia la vivienda, en la parte de atrás.

—Pon el capuchino con Bess —dijo, entonces—. Necesito una fuerte. Apresúrate, Sol, no puedo quedarme aguantando esto durante todo el día.

—¿Otro bicho perdido?

—Se… podría decir eso.

Sol se alzó de hombros y transfirió al rauco monito de su jaula de madera tallada al recinto de los loros.

Entonces miró hacia atrás. Peldo estaba aguantando el lío de su chaqueta contra la mesa, apretando con ambas manos. Hubiera lo que hubiese dentro, se estaba moviendo con violentos espasmos, y no en la forma en que se mueve un perro o un conejo. Se escuchaban débiles sonidos.

—Échame una mano —dijo el señor Peldo, y Sol le ayudó a meter el lío, con chaqueta y todo, dentro de la jaula. La cerraron.

—Esto servirá durante un rato —dijo el señor Peldo—. Hasta que pueda construir una adecuada. Ahora Sol, ten cuidado en mantener la boca bien cerrada acerca de esto. Cerrada.

Sol no contestó. Había alzado la nariz y mantenía una mano ahuecada tras la oreja.

—Escuche —dijo Sol.

El señor Peldo quitó los dedos de encima de la chaqueta deportiva, que había comenzado a mostrar una mancha púrpura.

—Es la primera vez que pasa en dieciséis años —dijo Sol.

El silencio rugía. La silenciosa tienda de animales rugía y estallaba y pulsaba con tensión, silenciosa tensión eléctrica. Los animales no se movían en ninguna parte de la sala. Los ojos del señor Peldo saltaron de jaula en jaula, viendo otra cosa bien extraña: serpientes inmóviles, enroscadas o estiradas, pero quietas, como escuchando; monos escondidos en lejanos rincones, acurrucados; conejos… con sus mismas narices quietas y congeladas; ratones blancos amontonados en la parte inferior de ruedas que

giraban en cautos y cada vez más lentos arcos, animales asustados, observando.

El señor Peldo tragó saliva.

Y entonces todo estuvo silencioso de nuevo. Aunque no totalmente silencioso.

Sol abandonó su contemplación de los animales y se volvió hacia el ocupante de la jaula del capuchino. Ahora, la chaqueta deportiva brillaba con la mancha y de entre los oscuros pliegues se oía un arañar y un débil sonido gorgoteante.

Luego la chaqueta cayó a un lado.

—¡Infiernos, Jake! —exclamó Sol.

Los animales habían comenzado a gritar, todos ellos, todos a un tiempo.

—¡Ni una palabra a nadie, Sol!

El señor Peldo estaba absorto. Miraba y miraba, sintiéndose satisfecho.

—¿Qué infiernos es? —inquirió Sol por encima del bullicio.

—Un animalito —respondió simplemente el señor Peldo.

—¿Un animalito, eh?

—Tendremos que construir una jaula especial para él —sonrió el señor Peldo—. ¡Oye, te apuesto a que no hay muchos como éste! No, señor. Tendremos que leer acerca de él para ver si podemos darle la alimentación correcta, y todo eso…

—*Usted* leerá —los ojos de Sol estaban muy abiertos. El aire estaba repleto del loco batir de las alas de los pájaros.

El señor Peldo estaba meditabundo.

—A propósito, Sol, ¿qué crees que pueda ser?

El viejo inclinó la cabeza a un lado, observó con ojos entrecerrados, tiró rápidamente de la arrugada chaqueta deportiva y la dejó caer al suelo. Cayó pesadamente y exudó un hedor a agua pútrida. Se alzó de hombros.

—Un cruce entre una ballena —dijo— y un tábano, por lo que puedo ver.

—Quizá sea valioso… ¿no crees? —Las ideas del señor Peldo iban haciéndose más ambiciosas.

—No podría decirlo. Lo más posible es que no, por el aspecto que tiene…

El sonido chirriante se alzó hasta ser una especie de gemido entrecortado, penetrante, sobrepasando los ruidos de los frenéticos animales.

—¿Dónde diablos lo consiguió?

—No lo consiguió. *Yo* lo conseguí. —Era Luther, refunfuñando, vestido con un pijama.

—Vete a la cama. Vete lejos.

—Encontré a Fritzchen en el agua. Le caigo bien.

—¡Fuera!

—¡Sucio maloliente pútrido repugnante corrompido ladrón!

Sol se puso los dedos en los oídos y cerró los ojos.

Luther hizo un puchero y avanzó hacia la jaula de Fritzchen. Los sonidos sollozantes cesaron.

—Tenía que encerrarte. Claro. *Yo* iba a dejarte otra vez libre —el niño echó una mirada de odio a su padre—. Mira como me quiere.

Luther colocó el rostro junto a la jaula y al hacerlo el pequeño animal se adelantó pesadamente, con ruidos de succión al levantar sus muchas patas.

El señor Peldo parecía desinteresado. Inspeccionaba la corona de su reloj. Ni él ni Sol vieron lo que sucedió.

Luther dio una patada al suelo y aulló. El lado derecho de su rostro estaba cubierto por algo que supuraba y goteaba.

—¡Luther! —Era la esposa del señor Peldo. Entró corriendo en la sala y miró—: ¡Oh, qué cosa tan repugnante!

Salió a la carrera, tirando de la oreja enrojecida de su hijo.

—La maldita mujer me volverá loco —dijo el señor Peldo. Luego se dio cuenta de que la tienda estaba de nuevo en silencio. Sol había echado la húmeda chaqueta sobre la jaula de Fritzchen. Sólo se oía el sollozar de éste.

—¡Qué raro!

El señor Peldo se inclinó, alzó el borde de la chaqueta y acercó la cara. La apartó con tremenda velocidad, frotándose la mejilla.

Se oyó un sonido como el ahogado ronroneo de un gatito.

Luther estaba en la puerta de atrás. El odio contorsionaba sus facciones.

—¡Eso es todo lo que le importo, cuando yo sólo quería ser bueno con él! Ahora te quiere a *ti*, sucio y pútrido…

—Mira muchacho, tu padre está ya más que harto de…

—Ajá, bueno, lo sentirá.

Fritzchen comenzó a chirriar de nuevo.

Cuando el señor Peldo regresó a la tienda después de la cena, se encontró con algo extraño. Bess, el loro, yacía sobre un costado, muerto.

Todo lo demás era normal. Los animales estaban despiertos o somnolientos, pero tranquilos. La jaula de Fritzchen estaba cubierta por una lona y en silencio.

El señor Peldo inspeccionó a Bess y se horrorizó al descubrir el estado del pájaro. Estaba empapado de una extraña gelatina miásmica que se había

endurecido y ahora era esponjosa al tacto. Lo cubría completamente. Y lo que es más, una investigación completa reveló que algo había sucedido con las entrañas de Bess.

Habían desaparecido.

Y sin dejar rastro. Hasta los huesos. Bess era poco más que pellejo y plumas.

El señor Peldo recordó la sustancia que le había golpeado el rostro cuando examinó la jaula de Fritzchen por última vez. Frenéticamente, tiró de la lona. Pero Fritzchen estaba allí dentro y la jaula estaba tan bien cerrada como siempre.

Y a unos buenos seis metros del recinto de los loros.

Regresó, y halló al capuchino contemplándole con ojos asombrados.

Luther, naturalmente. El pequeño monstruo. El repugnante niño malcriado. Tenía una fértil imaginación. Probablemente había preparado todo aquello, como en la ocasión en que capó al loro en un intento de volverlo al revés.

El señor Peldo se sentía incómodo por el hecho de que los animales no se hubieran acostumbrado aún a Fritzchen. Comenzaron su bullicio, así que apagó la luz y esperó a habituarse a la luz de la luna. La luna ilumina pronto las pequeñas ciudades cercanas a los ríos.

Fritzchen debía de estar durmiendo. Enroscado como una pequeña anaconda, con los delgados filamentos de sus patas adheridos al suelo de la jaula, con la blanda colita doblada de tal forma que la punta descansaba en el interior de la inmensa boca.

El señor Peldo estudió al animal. Contempló especialmente la boca, dándose cuenta de su enorme desproporción con respecto al resto del cuerpo.

Pero… el señor Peldo miró con fijeza. ¿Era posible que Fritzchen fuera más *grande*? Seguro que no. El estómago parecía más lleno, y sin embargo la machacada hamburguesa, el plato de leche, las ostras, estaban a un lado, intactos. Ni había sido tocado el pocillo en que bañarse y beber.

Entonces se dio cuenta, por primera vez, que la boca no tenía dientes. ¡Ni parecía tener garganta! Y el morro espinoso, con su prominente ventosa verde, no era una nariz después de todo, pues la nariz estaba en otra parte.

Pero lo más curioso de todo era que Fritzchen había crecido. Oh, sí, crecido.

El señor Peldo se retiró horas más tarde con destellantes visiones de riqueza. Entraría en contacto con alguien adecuado y le vendería su hallazgo

por muchos centenares de millares de dólares. Entonces escaparía a Europa y gozaría con una mujer distinta cada noche hasta que muriera de sus excesos.

Fue despertado un poco más tarde por Sol, que le informó de que el pájaro del paraíso y un cachorro de dálmata habían muerto durante la noche. Lo sabía porque había oído el estrépito desde el otro lado de la calle.

—Oh, no el guau guau —dijo Edna—. ¡No el pequeño perrito!

Luther se sentó en la cama, interesado.

—¿Cómo sucedió? —preguntó el señor Peldo.

—No lo sé. No puedo estar seguro —los párpados de Sol casi se cerraron —. Les han desaparecido las tripas.

Edna metió la cabeza bajo las sábanas.

—¿Fritzchen?

—Supongo. Debería hacer algo con el bicharraco ese. Mal bicho.

—Salió… ¿es eso?

—Ajá. O alguien lo dejó salir. La jaula está tan cerrada como una caja fuerte, y está gimoteando como un alma en pena.

El señor Peldo se volvió hacia su hijo, que le sacó la lengua.

—Escucha, muchachito, vamos a llegar al fondo de esto. Y si averiguo que has…

—No creo que haya sido el chico —dijo Sol.

—¿Por qué no?

—Bueno… la cosa esa de ahí es tres veces más grande que ayer, cuando la trajo.

—No.

—No poco. Tiene la tripa hinchada como si fuera a reventar.

El señor Peldo se alzó y se pasó la mano sobre su calva cabeza.

—Pero mira, Sol, si no salió y… Luther, ¿tú no lo dejaste salir?

—No, señora.

—… Entonces, ¿cómo vamos a echarle las culpas? Quizá haya una enfermedad por aquí que no conozcamos.

—*Yo* lo sé, *yo* lo sé —canturreó Luther—. Su nariz se puede alargar.

—Cállate, niño.

—¡Bueno, pues *puede*! Lo vi. Fritzchen lo hizo en la playa… Le dio a un pájaro muy lejos sobre el agua, y sin moverse de mis manos.

—¿Qué le pasó al pájaro, Luther?

—Bueno, se quedó pegado con la cosa esa que Fritzchen tiene en su interior y que le escupió, así que no pudo hacer nada. Entonces, cuando estaba

totalmente pegado, Fritzchen lo atrajo y le disparó la nariz, y se la metió dentro de la boca del pá…

El señor Peldo se palpó la mejilla en la que le había echado la cosa pegajosa. Tanto él como Luther habían pensado que era un gesto afectuoso, no peor que el que un San Bernardo salte encima de uno y juguetee con sus patas, dándole lametones en la cara, cubriéndosela con amistosa baba perruna.

Por eso era por lo que Luther se había irritado.

Pero Fritzchen no estaba siendo amistoso. Sólo que no le sirvió porque Fritzchen era demasiado pequeño, o porque ellos eran demasiado grandes.

El señor Peldo recordó a Bess.

Edna sacó la cabeza de entre las sábanas y dijo:

—¡Escuchen eso! Los vecinos nos van a matar.

Los sonidos de la tienda se hacían más fuertes y estridentes y caóticos.

El señor Peldo corrió hacia el recibidor y regresó con un listín telefónico.

—Toma —dijo tirándoselo a su mujer—. Apunta los números de todos los zoos y museos.

—¡Es mío, es mío! —rechinó Luther.

Sol, que era viejo, dijo:

—Jake, mejor sería que dejase de pensar en eso. Ha pescado algo raro, y lo mejor que podría hacer sería devolverlo de un patadón al sitio de donde vino.

—Edna… consígueme esos números, ¿me oyes? Todos los museos del estado. Volveré.

El gimoteo había llegado ahora a un punto máximo.

Y Luther había desaparecido.

El señor Peldo se puso una bata y se apresuró a través del jardín cubierto de escarcha hacia la puerta trasera de la tienda.

—¡Luther!

El niño tenía una caja de cerillas de cocina, aguantando un montón de ellas en la mano, y las iba encendiendo y lanzándolas sobre la jaula de Fritzchen. Las cerillas encendidas cayeron. Se oyó un grito de dolor y luego las cerillas chisporrotearon sobre una piel húmeda.

—¡Luther!

—Quería ser bueno contigo —decía Luther—. ¡Pero tú tenías que enamorarte de *él*! ¡Ajá, ahora verás!

El señor Peldo echó a su hijo por la puerta.

El dolorido gemido se convirtió en un sollozo intermitente: un extraño grito, no desprovisto totalmente de melodía.

El señor Peldo miró a los grandes ojos facetados color blanco leche de la criatura e hizo una finta cuando el morro se distendió como un espantasuegras, rociando una delgada capa cristalina de gelatina color pulga.

Fritzchen se puso erecto. Había… había cambiado. Tenía antenas donde antes no las había; muchas de las patas contaban ahora con garras; la boca, que había sido desdentada el día anterior, estaba ahora repleta de afiladas agujas marrones. Fritzchen había tenido unos cuarenta centímetros de altura cuando el señor Peldo lo había visto por primera vez. Ahora se alzaba más de setenta y cinco centímetros.

No obstante, aún había tiempo. Tiempo para todo.

El señor Peldo miró al animal hasta que le hicieron daño los ojos; entonces vio el periódico en el suelo. Estaba empapado de lo que parecía ser restos de una gelatina jabonosa y líquida, verdosa, que hedía con el mal olor de las algas en descomposición. En ella yacían un pájaro y un perrito.

Se sintió entristecido durante un momento. Pero entonces pensó de nuevo en alguna de las cosas que había soñado hacía tiempo, en lo que tenía ahora, y tomó la determinación de hacer ciertas llamadas telefónicas.

Un millón de dólares o casi, probablemente. Ellos… bueno, lo más seguro es que disecaran a Fritzchen, o algo así.

—Sucio pútrido repugnante…

Luther había vuelto. Llevaba una revista hecha una bola empapada en aceite y gasolina. La revista estaba en llamas.

Los monos y los conejos y los ratones y los peces de colores y los gatos y los pájaros y los perros se estremecieron de terror. Pero Fritzchen no lo hizo.

Fritzchen aulló una sola vez. O berreó: un sonido bajo que salía de alguna parte del centro de su cuerpo, que parecía surgir de todo su cuerpo y no sólo de su boca. Era un sonido extrañamente lastimero con una nueva tonalidad, una tonalidad de impotencia. Luego el ser quedó en silencio.

Para cuando el señor Peldo llegó a la jaula, Luther ya había metido en ella el papel y estaba rociando el líquido inflamable de una lata. El fuego ardía incontenible.

—Te lo dije —comentó Luther, quisquillosamente.

Cuando contuvo, dispersó y pateó el fuego, sólo quedaba un feo resto en la jaula. Una fea cosa ennegrecida que no emitía sonido alguno.

Luther comenzó a llorar.

Luego se detuvo.

El señor Peldo dejó de perseguirlo.

Sol y Edna, en el hueco de la puerta, tampoco se movieron.

Todos escucharon.

Podía haber sido un elefante enloquecido corriendo desenfrenadamente por un poblado de chozas de caña…

O una ballena cegada por el dolor del aguzado acero, dando coletazos y saltando sobre agua sin límite…

O podía haber sido un tremendo halcón cayendo en picado para descargar su ultrajada venganza sobre los asesinos de sus crías…

¡Los asesinos de sus crías!

En aquel momento se hizo tremendo el sonido crujiente; y antes de que se hicieran pedazos las ventanas y la gran sombra de pesadilla entrase en la tienda, el señor Peldo comprendió el significado de los inconsolables llantos de Fritzchen.

Eran los gritos de un pequeño, perdido, llamando a su madre…



LA CHICA DE LOS OJOS HAMBRIENTOS

FRITZ LEIBER

A principios de este siglo, Arthur Machen inculcó a sus lectores la idea de que una gran ciudad moderna como Londres podía servir para ocultar a los monstruos supervivientes de un aterrador pasado. Fritz Leiber, un residente del Chicago de nuestros días, nos presenta una teoría aún más horrible: el que nuestras ciudades actuales están produciendo sus propios seres sobrenaturales específicos, que esos seres no se parecerán a los de la antigüedad, sino que serán parte y sustancia de la misma piedra y gasolina de nuestras metrópolis mecanizadas.

De acuerdo, les diré por qué la Chica me produce escalofríos. Por qué no puedo soportar el ir al centro y ver a la multitud babeando con la vista clavada en lo alto de su torre, en donde está ella con la botella de refresco o el paquete de cigarrillos, o lo que sea. Por qué odio mirar a las revistas ahora, pues sé que la veré en sostén o en un bañador de burbujas. Por qué no me gusta pensar que millones de estadounidenses están hipnotizados por aquella venenosa media sonrisa. Es una historia bastante larga… más de lo que se podría esperar.

No. No ha aparecido en mí una repentina indignación por los efectos nocivos de la publicidad y el creciente encandilamiento nacional con las modelos publicitarias. Eso sería risible en un hombre de mi profesión, ¿no? Aunque creo que estarán de acuerdo en que hay algo de pervertido en el hecho de utilizar al sexo de esa manera. Pero a mí no me importa. Y sé que tuvimos el Rostro y el Cuerpo y la Mirada y no sé cuantas cosas más, así que ¿por qué no iba alguien a llegar con algo que fuese la suma completa, algo a lo que llamásemos la Chica y lo instalásemos en todos los carteles de anuncio desde Times Square hasta Telegraph Hill?

Pero la Chica no era como las demás. Es antinatural. Es mórbida. Es profana.

¿Qué dicen, que éstos son tiempos modernos y que lo que yo estoy diciendo es algo que desapareció con la brujería? Miren, ni yo mismo estoy totalmente seguro de lo que estoy sugiriendo, a partir de cierto punto. Hay vampiros, y no todos ellos chupan la sangre.

Y hubo los asesinatos, si es que fueron asesinatos.

Además, déjenme que les pregunte una cosa: ¿por qué, estando como están los Estados Unidos obsesionados con la Chica, no sabemos más de ella? ¿Por qué no aparece un *Times* con ella en la cubierta y una historia biográfica en el interior? ¿Por qué no ha salido un solo artículo en el *Life* o en el *Post*? ¿Un perfil biográfico en el *New Yorker*? ¿Por qué ni *Charm* ni *Mademoiselle* han contado la saga de su carrera? ¿Aún no están dispuestos? ¡Memeces!

¿Por qué aún no ha recibido ofertas cinematográficas? ¿Por qué las agencias de información no saben nada de ella? ¿Por qué no la vemos

besando a candidatos en las reuniones políticas? ¿Por qué no la escogen reina de algún tipo de estupidez en una convención?

¿Por qué no leemos nada acerca de sus aficiones o gustos, su visión del problema ruso? ¿Por qué los periodistas no la han entrevistado en kimono para decirnos quiénes son sus enamorados?

Finalmente, y ésta es la pregunta clave: ¿por qué nunca la han dibujado o pintado?

Oh, no, no lo han hecho. Si ustedes saben algo de arte comercial verán en seguida esto. Cada una de esas benditas ilustraciones ha sido obtenida a partir de una fotografía. ¿Profesionalmente? Por supuesto. Han buscado a los mejores artistas para ello. Pero así es como lo hacen.

Y ahora voy a decirles el *por qué* de todo esto. Es porque, desde lo más alto a lo más bajo de todo el mundo de la publicidad, las noticias y los negocios, no hay ni una sola alma que sepa de dónde vino la Chica, dónde vive, qué hace, quién es, ni siquiera cuál es su nombre.

Ya me oyeron. Lo que es más, ni una sola alma la *ve* jamás… excepto un pobre maldito fotógrafo, que está sacando más dinero de ella de lo que jamás hubo soñado en su vida, y que está tan asustado y es tan desgraciado como si estuviera en el infierno, durante cada minuto de su vida.

No, no tengo ni la más mínima idea de quién es, o en dónde tiene su estudio. Pero sé que tiene que haber un hombre así y estoy seguro de que se siente tal como dije.

Sí, quizá yo pudiera encontrarla, si lo intentase. De todas maneras, no estoy seguro… en estos momentos ya debe tener otro tipo de protección. Además, no quiero hacerlo.

Oh, ¿así que estoy loco? ¿Qué este tipo de cosa no puede suceder en la Era Atómica? ¿Qué la gente no puede mantenerse en el incógnito de esa manera, pues ni siquiera lo ha conseguido la Garbo?

Bueno, pues resulta que sé que sí es posible, puesto que el año pasado yo era ese pobre maldito fotógrafo de quien les hablaba. Sí, el año pasado, cuando la Chica dio su primera venenosa salpicadura aquí mismo, en esta pequeña gran ciudad nuestra.

Sí, ya sé que ustedes no estaban aquí el año pasado, y que no se enteraron de ello. Hasta la Chica tuvo que empezar a pequeña escala. Pero si rebuscasen en los archivos de los periódicos locales, encontrarían algunos anuncios, y yo podría hallarles algunos de los viejos *displays*… creo que Lovelybelt está aún usando uno de ellos. Yo tenía, además, una montaña de fotos, hasta que las quemé.

Sí, saqué mi tajada de ella. No es, ni con mucho, lo que ese fotógrafo debe de estar ganando, pero lo bastante como para seguir pagándome el whisky. Era muy peculiar en las cuestiones de dinero. Ya les hablaré de eso.

Pero primero dejen que les hable de mí. Tenía un estudio en el cuarto piso de esa ratonera llamado Edificio Hauser, casi esquina al Parque Ardleigh.

Había estado trabajando en los estudios Marsh-Mason hasta que estuve hasta las narices de ellos, y entonces decidí trabajar por mi cuenta. El Edificio Hauser era decrépito, y nunca olvidaré como chirriaban los escalones, pero era barato, y tenía claraboya.

Los negocios iban mal. Yo pasaba una y otra vez por todas las agencias y anunciantes, y algunos de ellos no estaban del todo en contra de mí, pero mi material nunca acababa de convencer. Estaba casi en la ruina. Debía el alquiler. Infiernos, no tenía el suficiente dinero ni para tener a una chica.

Era una de aquellas tardes gris oscuro. El edificio estaba tremendamente en silencio… aún a pesar de la gran demanda de apartamentos no podían lograr acabar de llenar el Hauser. Había terminado de revelar algunas fotos y estaba pensando algo para las Fajas Lovelybelt y la Piscina y Campo de Diversión de Buford, esto último con un falso decorado de playa. Mi modelo se había ido. Una tal señorita Leon. Era maestra de civismo en una escuela de enseñanza media y hacía de modelo para mí en horas libres, últimamente sin cobrarme, por pura buena fe. Después de mirar las fotos, decidí que la señorita Leon no era, probablemente, lo que Lovelybelt andaba buscando… ni tampoco mi fotografía. Estaba a punto de dejarlo correr por aquel día.

Y entonces la puerta de la calle se cerró de un golpe, cuatro pisos más abajo y se oyeron pasos y ella entró.

Vestía un traje negro, barato y brillante. Zapatos negros de tacón alto. Sin medias. Y, excepto que llevaba un abrigo de ropa gris colgado de uno, sus delgados brazos iban desnudos. Sus brazos son bastante delgados, ya saben, o ¿es que ya no se fijan en estas cosas?

Y el delgado cuello, la cara algo enjuta, casi relamida, la fluyente cascada de su cabello oscuro, y, atisbando por debajo de él, los ojos más hambrientos del mundo.

Ésa es la verdadera razón por la que está expuesta por todo el país, ya lo saben: esos ojos. Nada vulgar, pero que al mismo tiempo le miran a uno con un hambre que es todo sexo y algo más que sexo. Esto es lo que todo el mundo ha estado buscando desde el Año Uno… algo más que sexo.

Bueno, muchachos, allí estaba yo, solo con la Chica en una oficina ya casi en penumbra, en un edificio prácticamente vacío. Una situación que un millón

de estadounidenses machos se hubieran imaginado con diversos detalles suculentos. ¿Cómo me sentía yo? Asustado.

Sé que el sexo puede dar miedo. Aquel frío latir del corazón cuando uno está a solas con una chica y nota que va a tocarla… Pero, si aquella vez era sexo, estaba recubierto de algo más.

Al menos, yo no estaba pensando en el sexo.

Recuerdo que di un paso hacia atrás y mi mano se estremeció, de forma que las fotos que estaba mirando cayeron por el suelo.

Notaba una ligera sensación de mareo, como si me estuviesen arrancando algo. Un poquito de algo.

Eso era todo. Entonces, ella abrió la boca y las cosas volvieron a ser normales durante un rato.

—Veo que es usted fotógrafo, señor —dijo—. ¿Necesita una modelo?

Su voz no era muy culta.

—Lo dudo —le dije, recogiendo las fotos. Miren, no estaba impresionado. Aún no había comprendido las posibilidades comerciales de sus ojos, ni mucho menos—. ¿Qué ha hecho hasta ahora?

Bueno, me contó una historia muy vaga, y comencé a comprobar su conocimiento acerca de las agencias de modelos y los estudios y las tarifas y no sé que más. Y pronto le dije:

—Escuche, usted nunca ha trabajado como modelo de fotógrafo. Ésta es la primera vez que lo intenta.

Bueno, admitió que era más o menos así.

Durante toda nuestra charla tuve la idea de que estaba tanteando el terreno, como alguien en un sitio desconocido. No es que estuviera insegura de sí misma, o de mí, sino de la situación general.

—¿Y usted piensa que cualquiera puede hacer de modelo? —le pregunté conmiserativamente.

—Seguro —contestó.

—Mire —le dije—, un fotógrafo puede perder una docena de negativos tratando de obtener una foto medio humana de una mujer normal. ¿Cuántas cree que tendría que malgastar antes de lograr una verdaderamente atractiva y sexy?

—Creo que puedo servir —contestó ella.

Bueno, debería haberla echado a patadas en aquel mismo momento. Quizá admiré la forma segura en que se aferraba a sus pequeñas pretensiones. Tal vez me dio pena su aspecto desnutrido. Lo más posible es que estuviese de

mal humor por la forma en que mis fotos habían sido rechazadas por todo el mundo, y desease vengarme en ella, demostrándole lo poco que valía.

—De acuerdo, vamos a intentarlo —le dije—. Voy a probar a hacerle un par de tomas. Compréndalo, es pura cuestión de prueba. Si alguna vez alguien desease utilizar una foto suya, de lo que hay una posibilidad en dos millones, le pagaré las tarifas habituales por su tiempo. Si no, ni cinco.

Me obsequió con una sonrisa. La primera.

—Estoy de acuerdo —dijo.

Bueno, le hice tres o cuatro fotos, primeros planos de su rostro, pues no me gustaba su traje barato, y al menos soportó mis sarcasmos. Entonces recordé que aún tenía las cosas de la Lovelybelt y supongo que todavía me sentía de muy mal humor, pues le entregué una faja y le dije que fuera detrás del biombo y se metiera en ella; y lo hizo, sin ponerse nerviosa, como yo había esperado; y, como ya habíamos llegado hasta allí, supuse que valía la pena fotografiar la escena de playa para redondear las cosas.

Durante ese tiempo yo no notaba nada de particular, excepto que, de vez en cuando, tenía uno de esos momentos de mareo y me pregunté si me sentiría mal del estómago o si es que habría estado trasteando descuidadamente con los productos químicos de mi laboratorio.

Y, ¿saben?, creo, de todas maneras, que la inquietud no me abandonó ni un solo momento.

—Escriba su nombre, dirección y teléfono —le dije, y me metí en el cuarto oscuro.

Un poco más tarde, se fue. No le dije ni adiós. Estaba irritado porque no se había puesto inquieta ni había parecido ansiosa acerca de sus poses, ni siquiera me había dado las gracias, exceptuando aquella sonrisa.

Acabé de revelar los negativos, hice algunas copias, las miré, y decidí que no eran mucho peores que las de la señorita Leon. En un impulso, las puse junto con las fotos que iba a llevar en mis visitas de la mañana siguiente.

Por aquel entonces había trabajado ya lo bastante como para sentirme rendido y nervioso, pero no me atreví a gastar el dinero en licor para aliviarme. No tenía mucho apetito. Creo que fui a un cine de barrio.

No pensé lo más mínimo en la Chica, excepto quizá para preguntarme asombrado cómo, en mi actual estado célibe, no le había hecho ninguna clase de proposición. Parecía pertenecer a un estado social más…, bueno, más asequible que la señorita Leon. Pero, naturalmente, había un montón de razones para no haberlo hecho.

A la mañana siguiente comencé mis visitas. La primera fue a la Cervecera Munsch. Estaban buscando a una «Chica Munsch». Papá Munsch me tenía un cierto afecto, aunque nunca me aceptaba las fotos. Y es que tenía buen gusto en ese asunto. Hace cincuenta años pudo haber sido uno de los chicos pobres que se abrían paso en Hollywood.

En aquel momento estaba en la fábrica, llevando a cabo su trabajo favorito. Dejó en la mesa la alta copa espumosa, chasqueó la lengua, murmuró algo técnico a alguien acerca de los lúpulos, se secó las gruesas manos en el enorme delantal que llevaba puesto, y agarró mi montoncito de fotos.

Estaba a la mitad de ellas, haciendo ruidos con su lengua y dientes, cuando llegó a ella. Me di una patada mental por haberla incluido.

—Ésta es —dijo—. La foto no es muy buena, pero ésta es la Chica.

Estaba decidido. Ahora me pregunto cómo Papá Munsch se dio cuenta inmediatamente del valor de la chica, mientras que yo no lo había visto. Creo que fue porque yo la vi primero en carne y hueso, si es que ése es el término correcto.

Pero entonces, sólo me sentí algo mareado.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Una de mis nuevas modelos —traté de darle el tono más casual posible.

—Tráela aquí mañana por la mañana —me dijo—. Y tus cacharros. La fotografiaremos aquí.

»Toma, tienes mala cara —añadió—. Tómate algo de cerveza.

Bueno, me fui diciéndome a mí mismo que había sido pura chiripa, y que probablemente mañana lo echaría todo a perder con su inexperiencia, y todo eso.

De todas maneras, cuando reverentemente deposité el montoncito de fotografías sobre el cartapacio rosa de la mesa del señor Fitch, de Lovelybelt, la suya era la primera.

El señor Fitch representó su papel de crítico de arte. Se echó hacia atrás, entrecerró los párpados, agitó sus largos dedos, y dijo:

—Ummm. ¿Qué cree usted, señorita Willow? Aquí con esta luz… Naturalmente, la fotografía no muestra el corte al bies. Y quizá debería usar el Duendecillo de Lovelybelt en lugar del Ángel. Y no obstante, la chica… Venga aquí, Binns —nuevos movimientos de dedos—. Quiero la reacción de un hombre casado.

No podía ocultar que había tragado el anzuelo.

Lo mismo sucedió en la Piscina y Campo de Diversión de Buford, excepto que Da Costa no necesitó la ratificación de un hombre casado.

—Buen material —dijo, sorbiéndose los labios—. ¡Oh, muchacho, vosotros los fotógrafos…!

Volví a la carrera a la oficina y agarré la tarjeta que le había dado para que me pusiera su nombre y dirección.

Estaba en blanco.

No me importa decirles que los siguientes cinco días fueron los peores que jamás pasé. Cuando hubo transcurrido la mañana siguiente, sin haber logrado ponerme en contacto con ella, tuve que comenzar a ganar tiempo.

—Está enferma —le dije por teléfono a Papá Munsch.

—¿En el hospital? —me preguntó.

—No es tan grave —le dije.

—Entonces tráela aquí. ¿Qué importa un dolorcillo de cabeza?

—Lo siento, no puedo.

Papá Munsch comenzó a sospechar.

—¿De verdad tienes a esa chica?

—Claro que la tengo.

—Bueno, no sé. Creería que se trata de alguna modelo neoyorkina si no fuera porque he reconocido tu mala técnica.

Me eché a reír.

—Bueno, oye, la traes aquí mañana por la mañana. ¿Entendido?

—Lo intentaré.

—Nada de intentar. La traes aquí.

No se enteró ni de la mitad de cosas que hice. Recorrí todas las agencias de modelos. Realicé investigaciones en los estudios fotográficos y de arte. Gasté algo de mi única calderilla en poner anuncios en los tres periódicos. Miré los anuarios de las escuelas de enseñanza media y las fotos de todos los empleados en los boletines internos de las empresas locales.

Fui a restaurantes y cafeterías, mirando a las camareras, y a los almacenes y supermercados, mirando a las dependientas. Me metí entre las multitudes que salían de los cines. Vagué por las calles.

Al caer la noche pasaba un buen rato recorriendo el barrio de vida alegre. De alguna manera, me parecía un buen sitio.

En la quinta tarde supe que había perdido la partida. La fecha tope de Papá Munsch, me había dado varias, pero ésta era la definitiva, acababa a las seis. El señor Fitch había cancelado su pedido.

Estaba en la ventana del estudio, mirando hacia el Parque Ardleigh.

Ella apareció.

Había pensado en aquel momento tantas veces que no tuve ninguna dificultad en llevar a cabo mi papel. Ni siquiera la ligera sensación de mareo me molestó.

—Hola —dije, sin mirarla.

—Hola —contestó.

—¿Aún no se ha descorazonado?

—No —no sonaba nerviosa o desafiante. Era sólo una aclaración.

Eché una mirada a mi reloj, me puse en pie y dije secamente:

—Mire, le voy a dar una oportunidad. Uno de mis clientes está buscando una chica de más o menos su tipo. Si lleva a cabo un trabajo verdaderamente bueno, quizá pueda introducirse en la profesión de modelo.

—Podemos verlo esta tarde si nos apresuramos —añadí recogiendo mis trastos—. Vamos. Y la próxima vez, si espera que le haga un favor, no olvide dejar su número telefónico.

—Ah-ah —contestó, sin moverse.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

—Que no voy a ver a ningún cliente suyo.

—Y un infierno no va a ir —le contesté—. So tonta, le estoy dando una oportunidad.

Ella agitó lentamente la cabeza.

—No me engaña, muchacho, no me engaña lo más mínimo. Ese cliente me quiere a *mí* —y me dedicó su segunda sonrisa.

En aquel momento pensé que debía haber visto mi anuncio en el periódico. Ahora, ya no estoy tan seguro.

—Le voy a decir cómo vamos a trabajar —prosiguió—. No le voy a dar ni mi nombre, ni dirección, ni número de teléfono. Nadie lo sabe. Y vamos a hacer todas las fotos aquí. Usted y yo solitos.

Ya se pueden imaginar la bronca que le organicé. Pasé por todos los estadios: irritado, sarcástico, pacientemente aleccionador, fuera de mí, amenazador, suplicante.

La hubiera abofeteado, si no fuera porque era un tesoro fotográfico.

Al fin, sólo pude telefonear a Papá Munsch y contarle las condiciones de ella. Sabía que no tenía una sola posibilidad, pero no me cabía otra solución.

Lanzó un alarido realmente irritado, dijo «no» varias veces y colgó.

Ella no se mostró preocupada.

—Comenzaremos el trabajo mañana a las diez de la mañana —dijo.

Hacia medianoche, Papá Munsch me llamó.

—No sé de qué casa de locos has sacado a esa chica —me dijo—. Pero la utilizaré. Vente por aquí mañana por la mañana y trataré de meterte en la cabeza cómo quiero las fotos. ¡Y me alegra haberte sacado de la cama!

Después de esto, todo marchó sobre ruedas. Hasta el señor Fitch consideró su decisión y, después de tomarse dos días para explicarme por qué era totalmente imposible, también aceptó las condiciones.

Naturalmente, todos ustedes están bajo el embrujo de la Chica, así que no pueden comprender el sacrificio que le representó al señor Fitch el tener que aceptar no supervisar la fotografía de mi modelo con el Duendecillo, la Arpía de Lovelybelt, o cualquier otro tipo que usáramos.

A la mañana siguiente apareció a la hora convenida y comenzamos a trabajar. Diré una cosa en su favor: nunca se cansaba y nunca se sentía molesta por la forma en que yo refunfuñaba acerca de las fotos. Nos entendimos muy bien excepto que aún seguía teniendo la sensación de que me arrancaba algo poco a poco. Quizá también lo hayan sentido un poco, al mirar sus fotos.

Cuando terminamos, me enteré de que aún había más reglas. Era más o menos mediodía. Comencé a acompañarla para ir a buscar un bocadillo y un café.

—Ah-ah —dijo—. Voy a bajar sola. Y escucha, chico, si alguna vez tratas de seguirme, o si tan sólo sacas tu cabeza por la ventana cuando me voy, ya puedes ir buscándote otra modelo.

Ya pueden imaginarse cómo alteraban mis nervios todas estas locuras… y también mi imaginación. Recuerdo que abrí la ventana cuando se hubo ido, tras esperar primero diez minutos, y que me quedé en ella respirando algo de aire fresco y tratando de imaginar qué es lo que podía haber tras todo aquello, si se estaría escondiendo de la policía, o si era la hija de alguien famoso arruinado, o si acaso tenía la idea de que era elegante mostrarse temperamental, o bien si, más probablemente, Papá Munsch tenía razón, y lo que ocurría es que estaba loca.

Pero tenía que ocuparme de mis cosas.

Recordándolo ahora, es asombroso ver con qué rapidez su magia comenzó a apoderarse de la ciudad. Rememorando lo que siguió luego, me asusta lo que le está sucediendo a todo el país, y quizá al mundo. Ayer leí algo en *Times* acerca de fotos de la Chica que aparecían en carteles en Egipto.

El resto de mi relato servirá para mostrarles por qué estoy tan asustado. Pero también tengo una teoría que sirve para explicarlo, aunque es una de

esas cosas que está más allá de un «cierto punto». Es acerca de la Chica. Se la explicaré en pocas palabras.

Ya saben cómo la moderna publicidad hace que la mente de todos se dirija en la misma dirección, deseando las mismas cosas, imaginando las mismas cosas. Y ya saben que los psicólogos ya no se muestran tan escépticos sobre la telepatía como antes.

Combinen las dos ideas. Supongan que los deseos idénticos de millones de personas se enfoquen en una persona telepática. Digamos una chica. Que la moldeen a su imagen.

Imaginen que ella conozca los deseos más primarios de millones de hombres. Imaginen que cale más hondo en esos deseos que la gente que los siente, que vea el odio y las ansias de morir que hay tras esa lujuria. Imaginen que ella se moldea según esa imagen, manteniéndose tan alejada como si fuera de mármol. Y al tiempo imaginen el hambre que debe sentir en respuesta al hambre de los demás.

Pero esto ya se está alejando mucho del hilo del relato. Y algunas de las cosas de ese relato son muy palpables. Como el dinero. Hicimos dinero.

Ésa era la cosa rara que iba a contarles. Temía que la Chica fuera a exprimirme. Realmente me tenía con la espalda contra la pared, ya saben.

Pero ella no pidió más que la tarifa habitual. Luego, insistí en darle más dinero, mucho más. Pero siempre lo aceptó con la misma mirada de desprecio, como si fuese a tirarlo por la primera cloaca que encontrase al salir.

Quizá lo hiciese.

De cualquier forma, yo tenía dinero. Por primera vez en muchos meses tenía el bastante dinero como para emborracharme, comprar ropa nueva, tomar taxis. Podía intentar ligar con cualquier chica que desease. Únicamente tenía el trabajo de escogerla.

Y, naturalmente, las escogía.

Pero, primero, déjenme que les hable de Papá Munsch.

Papá Munsch no fue el primero de los muchachos que trató de tener una cita con mi modelo, pero creo que fue el primero que realmente sintió el flechazo. Podía ver el cambio en sus ojos mientras miraba las fotos. Comenzó a mostrarse sentimental, reverente. Mamá Munsch llevaba ya dos años muerta.

Fue astuto en la forma en que lo planeó. Me hizo soltarle alguna información por la que se enteró cuando venía a trabajar, y entonces, una mañana, subió corriendo las escaleras unos minutos antes.

—Tengo que verla, Dave —me dijo.

Discutí con él, le seguí la corriente, le expliqué que no se daba cuenta de lo muy seria que se mostraba ella acerca de sus locas ideas. Le señalé que estaba echándolo todo a perder para los dos. Hasta me encontré, asombrado, chillándole.

Él no reaccionó en su forma habitual. Sólo decía una y otra vez:

—Pero, Dave, tengo que verla.

Se oyó un portazo en la entrada del edificio.

—Ésa es ella —dije bajando la voz—. Tiene que salir.

No quería, así que lo empujé dentro del cuarto oscuro.

—Quédese callado —susurré—. Le diré que no puedo trabajar hoy.

Sabía que trataría de mirarla y que probablemente entraría de nuevo, pero no había nada más que pudiera hacer.

Los pasos llegaron hasta el cuarto piso. Pero no entró. Me puse nervioso.

—¡Saca a ese cretino de ahí! —gritó ella repentinamente desde el otro lado de la puerta. No muy alto, pero en su voz más vulgar—. Voy a ir al descansillo de arriba —prosiguió—, y si ese gordo cretino no se marcha directamente a la calle, nunca tendrá otra foto mía que no sea escupiendo en su sucia cerveza.

Papá Munsch salió del cuarto oscuro. Estaba pálido. No me miró mientras se iba. Nunca más contempló las fotos de ella en mi presencia.

Eso fue lo de Papá Munsch. Ahora hablaré de mí. Comenté la cuestión con ella, le hice insinuaciones, y al fin le hice una proposición.

Apartó mi mano de su cuerpo como si fuera un trapo sucio.

—Ni hablar, chico —dijo—. Éstas son horas de trabajo.

—Pero luego… —proseguí.

—Las reglas siguen estando en pie —y obtuve lo que creo que era su quinta sonrisa.

Es difícil creerlo, pero nunca se apartó ni un ápice de ese loco comportamiento. No podía flirtear con ella en el estudio, porque nuestro trabajo era muy importante, y no debían haber distracciones. Y no podía verla en cualquier otro lugar, porque si lo intentaba, jamás volvería a tomar ninguna otra foto de ella… Y esto mientras a cada momento llegaba más dinero, y nunca fui tan estúpido como para creerme que se debiera a la calidad de mis fotografías.

Claro está que no hubiera sido humano si no hubiera hecho otros intentos. Pero siempre obtuve el tratamiento del trapo sucio, y ya no hubieron más sonrisas.

Cambié. Me convertí en un cabeza loca, un demente… Sólo que a veces creía que me iba a estallar la cabeza. Y comencé a hablar con ella todo el tiempo. A hablar de mí.

Era como estar en un constante delirio que nunca interfería con el trabajo. Ya no me fijaba en la sensación de mareo. Parecía natural.

Daba unos pasos y, por un instante, el reflector parecía una plancha de acero al rojo blanco, o las sombras semejaban ejércitos de polillas, o la cámara se transformaba en un gran vagón de carbón. Pero al siguiente instante las cosas volvían a su estado correcto.

Creo que a veces me inspiraba un terror mortal. Parecía la persona más extraña y horrible del mundo. Pero en otras ocasiones…

Y yo hablaba. No importaba lo que hiciese: iluminándola, poniéndola en pose, trasteando con los decorados, disparando la foto; ni donde ella estuviera: en la plataforma, tras el biombo, relajándose con una revista… Yo mantenía mi continuo charloteo.

Le conté todo lo que sabía acerca de mí. Le hablé de mi primera chica. Le expliqué lo de la bicicleta de mi hermano Bob. Le hablé de cómo me escapé en un tren de carga, y la paliza que me dio Pa cuando regresé a casa. Le dije cómo había ido en un barco a Sudamérica y lo azul que era el cielo de noche. Le conté lo de Betty. Le expliqué cómo mi madre murió de cáncer. Le dije que me habían dado una paliza en una pelea en el callejón de detrás de un bar. Le hablé de Mildred. Le peroré acerca de la primera foto que vendí. Le expliqué cómo se veía Chicago desde un barco de vela. Le musité acerca de la borrachera más larga que jamás agarré. Le hablé acerca de Marsh-Mason. Le conté lo de Gwen. Le chapurreé cómo conocí a Papá Munsch. Le expliqué como la había buscado. Le dije cómo me sentía ahora.

Nunca prestó la más mínima atención a lo que yo decía. Ni siquiera sabía si me oía.

Fue por aquel entonces, cuando comenzamos a recibir los primeros pedidos de las grandes empresas nacionales, que decidí seguirla cuando se iba a casa.

Un momento, puedo localizar aún mejor la fecha. Hay algo que recordarán haber leído en los periódicos de fuera de la ciudad… Esos posibles asesinatos que mencioné. Creo que hubo seis.

Digo «posibles» porque la policía nunca pudo estar segura de que no fueran ataques al corazón. Pero es natural que surjan sospechas cuando ocurren ataques al corazón a personas cuyos corazones funcionaban

perfectamente, y siempre de noche, cuando estaban solas, y lejos de casa, y además cabían dudas sobre lo que estaban haciendo.

Las seis muertes crearon una de esas alarmas acerca de un «envenenador misterioso». Y después corrió el rumor de que realmente no habían terminado, sino que continuaban, de una manera menos sospechosa.

Ésa es una de las cosas que ahora me aterroriza.

Pero en aquel tiempo mi única sensación fue de alivio por haberme decidido a seguirla.

Un día, la hice trabajar hasta muy tarde. No necesitaba excusas, estábamos inundados de pedidos. Esperé hasta que se oyó sonar la puerta de la calle, y entonces bajé corriendo. Llevaba puestos zapatos de suela de goma. Y me había colocado una chaqueta oscura con la que jamás me había visto, y un sombrero oscuro.

Me quedé en la puerta hasta que la localicé. Estaba caminando por el Parque Ardleigh hacia el centro de la ciudad. Era una de aquellas noches cálidas de otoño. La seguí por el otro lado de la calle. Aquella noche quería averiguar dónde vivía. Eso me daría un cierto control sobre ella.

Se detuvo frente a la vitrina del almacén Everly, apartada del brillo del mismo. Permaneció allí mirándolo.

Recordé que había hecho una gran fotografía suya para Everly, para que la usaran como maniquí plano con un muestrario de ropa interior femenina. Eso es lo que estaba mirando.

En aquel tiempo me parecía bien que se adorase a sí misma, si era eso lo que estaba haciendo.

Cuando pasaba gente se volvía un poco o se introducía más en las tinieblas.

Entonces llegó un hombre solo. No podía ver muy bien su rostro, pero parecía de mediana edad. Se detuvo y se quedó mirando el escaparate.

Ella salió de las sombras y se puso junto a él.

¿Cómo se sentirían ustedes, muchachos, si estuvieran mirando un cartel de la Chica y repentinamente estuviese junto a ustedes, tomándoles del brazo?

La reacción de aquel tipo resultó tan clara como el día: un loco sueño se había convertido en realidad.

Hablaron durante un momento. Luego él llamó a un taxi en una esquina. Se metieron y se fueron.

Me emborraché aquella noche. Era como si ella hubiera sabido que la seguía y hubiera escogido aquella forma para herirme. Quizá fuera así. Quizá aquello fue el fin.

Pero a la siguiente mañana apareció a la hora habitual, y me hundí de nuevo en mi delirio.

Aquella noche, cuando la seguí, se buscó un lugar bajo una farola, frente a uno de los cartelones de la Chica Munsch.

Ahora me causa pavor el pensar en ella, acechando de aquella manera.

Al cabo de veinte minutos un descapotable frenó al pasar junto a ella. Dio marcha atrás, se detuvo en el chaflán.

Aquella vez yo estaba más cerca. Pude ver bien la cara del tipo. Era algo más joven, más o menos de mi edad.

A la siguiente mañana el mismo rostro me miró desde la página delantera del periódico. El descapotable había sido hallado en una calle lateral. Estaba dentro. Como en los otros posibles asesinatos, no resultaba clara la causa de su muerte.

Todo tipo de pensamientos cruzó por mi mente aquel día, pero sólo estaba seguro de dos cosas: de que había recibido la primera buena oferta de una gran empresa, y de que iba a coger a la Chica por el brazo y bajar con ella las escaleras cuando acabásemos el trabajo.

No pareció muy sorprendida.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —dijo.

—Lo sé.

Sonrió.

—Me preguntaba cuándo ibas a hacerlo.

Comencé a sentirme bien. Me despedía de todo, pero tenía mi brazo alrededor del suyo.

Era otro de aquellos anocheceres cálidos de otoño. Pasamos al Parque Ardleigh. Dentro estaba oscuro, pero a su alrededor el cielo brillaba con el rosa pálido de los anuncios publicitarios.

Caminamos largo rato por el parque. Ella no dijo nada, ni me miró, pero podía ver como sus labios se estremecían y como al cabo de un tiempo su mano apretaba mi brazo.

Nos detuvimos. Habíamos estado caminando sobre el césped. Se dejó caer y tiró de mí. Colocó sus manos en mis hombros. Yo le miraba el rostro. Tenía una ligera tonalidad rosácea del brillo del cielo. Los ojos hambrientos eran manchas oscuras.

Intenté desabrochar su blusa. Ella apartó mi mano, pero no como en el estudio.

—No deseo eso —dijo.

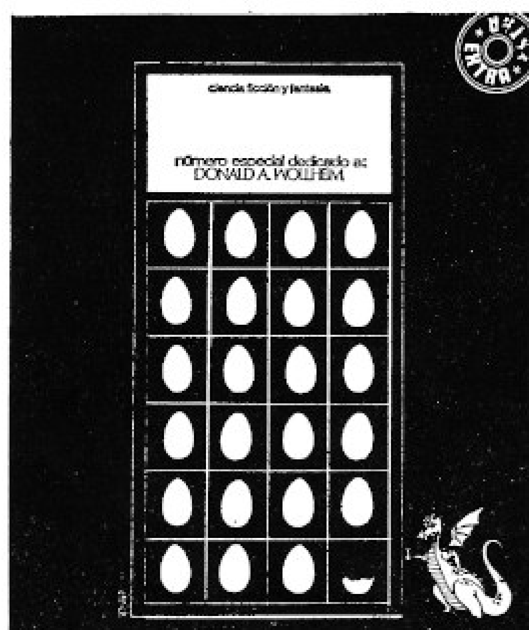
Primero les diré lo que hice luego. Más tarde les diré por qué lo hice. Y por último, les diré lo que ella dijo.

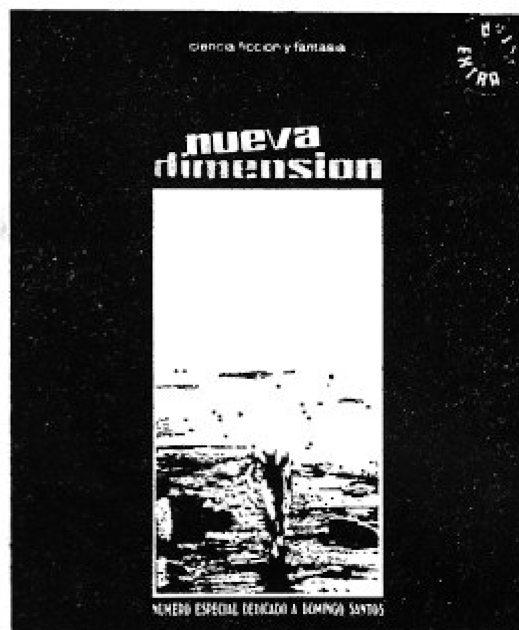
Lo que hice fue salir corriendo. No lo recuerdo muy bien porque estaba mareado, y el cielo rosa giraba sobre los oscuros árboles. Pero al cabo de un tiempo llegué hasta las luces de la calle. Al día siguiente cerré el estudio. El teléfono llamaba cuando eché la llave de la puerta y había cartas por abrir en el suelo. Nunca más volví a ver a la Chica en carne y hueso, si es que es ése el término correcto.

Lo hice porque no quería morir. No quería que me chuparan la vida. Hay vampiros y vampiros, y los que chupan sangre no son de los peores. Si no hubiera sido por el previo aviso de aquellos mareos, y Papá Munsch y el rostro en el periódico de la mañana, hubiera seguido el camino de los otros. Pero me di cuenta de lo que iba a suceder cuando aún había tiempo de huir. Me di cuenta de que, viniera de donde viniese, fuera lo que fuese lo que la hubiera originado, era la quinta esencia del horror que había tras los brillantes cartelones. Es la sonrisa que lo engaña a uno para que malgaste su dinero y su vida. Son los ojos que lo llevan a uno de aquí para allá, y entonces lo enfrentan con la muerte. Es el ser por el que uno lo da todo, y que uno nunca consigue. Es la criatura que toma todo lo que uno tiene y no da nada a cambio. Cuando ustedes anhelen el rostro de los carteles, recuerden eso. Es el cebo. Es el señuelo. Es la Chica.

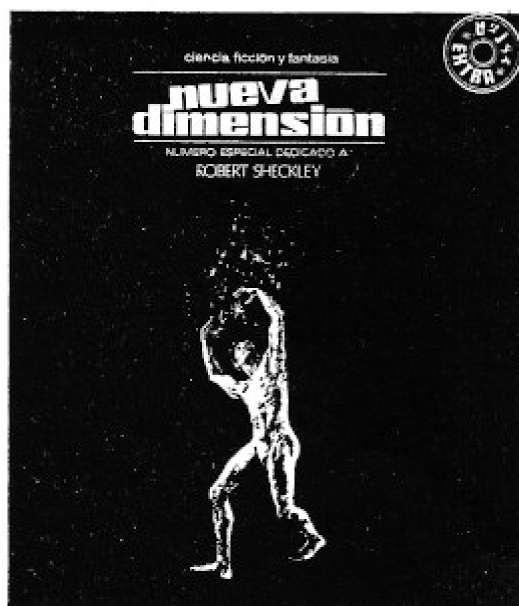
Y esto es lo que dijo:

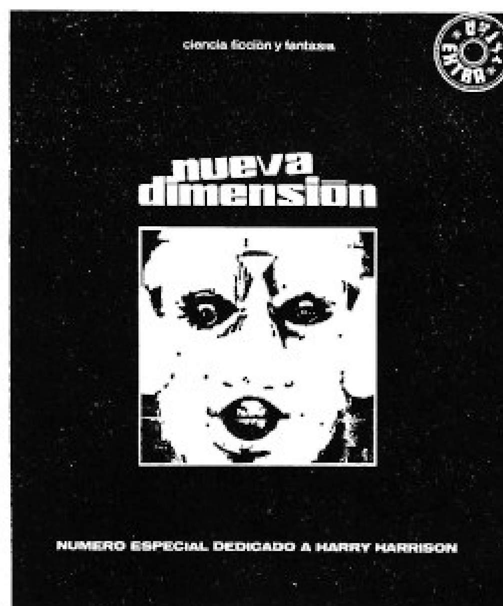
—Te deseo. Deseo tus mejores momentos. Deseo todo aquello que te ha hecho feliz y todo aquello que te hizo daño. Deseo tu primera chica. Deseo aquella brillante bicicleta. Deseo aquella paliza. Deseo aquella cámara barata. Deseo las piernas de Betty. Deseo el cielo azul repleto de estrellas. Deseo la muerte de tu madre. Deseo tu sangre sobre los adoquines. Deseo la boca de Mildred. Deseo la primera foto que vendiste. Deseo las luces de Chicago. Deseo la ginebra. Deseo las manos de Gwen. Deseo que me desees. Deseo tu vida. Aliméntame, muchacho, aliméntame.





¿YA TIENE USTED ESTOS NUMEROS «EXTRA»?







TEMPORADA DE PESCA

ROBERT SHECKLEY

Robert Sheckley, que es una de las lumbreras entre las filas de los autores de la literatura imaginativa, se ha destacado por poseer una capacidad única de percepción ultraterrena. En una encuesta realizada entre seleccionadores de relatos fantásticos, la mayor parte de ellos lo nombraron como la primera persona de quien desearían hacer una antología. En este relato, que aparentemente es la historia de unas personas normales, que habitan un lugar normal, queda claramente manifestado su peculiar talento para mostrar lo inesperado.

Sólo llevaban una semana viviendo en la urbanización y aquélla era su primera invitación. Llegaron a las ocho y media en punto. Obviamente los Carmichael estaban esperándoles, pues la luz del porche estaba encendida, la puerta delantera parcialmente abierta, y la sala de estar era un río de luz.

—¿Estoy bien? —preguntó Phyllis al llegar a la puerta—. ¿Las medias sin arrugas, el pelo ensortijado?

—Eres una visión celestial con sombrero rojo —le aseguró su marido—. Pero luego no lo estropees saliendo con ases.

Ella le hizo una mueca y pulsó el timbre. Sonaron suaves carillones en el interior.

Mallen se arregló la corbata mientras esperaban. Sacó una microscópica fracción más el pañuelo del bolsillo del pecho.

—Deben de estar fabricando ginebra en el sótano —le dijo a su mujer—. ¿Llamo otra vez?

—No… espera un momento. —Esperaron, y llamó de nuevo. Sonó el carillón una vez más.

—Esto es muy extraño —dijo Phyllis unos minutos más tarde—. Era para esta noche, ¿no?

Su marido asintió. Los Carmichael habían dejado las ventanas abiertas para que pasase el cálido aire de primavera. A través de las persianas venecianas podían ver una mesa dispuesta para el bridge, con las sillas cerca, con platitos de dulces, y todo dispuesto. Pero nadie contestaba a la puerta.

—¿Habrán salido? —preguntó Phyllis Mallen. Su esposo atravesó rápidamente el césped hacia la salida del coche.

—Su coche está aquí —regresó y abrió algo más la puerta.

—Jimmy… no entres.

—No lo voy a hacer —asomó la cabeza dentro de la sala—. ¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Silencio.

—¡Hola! —gritó, y escuchó atentamente. Podía oír los típicos sonidos de la noche del viernes en la casa de al lado. Gente hablando, riendo. Un coche

pasó por la calle. Escuchó. Crujió una madera en alguna parte de la casa, y luego, de nuevo silencio.

—No se habrían ido dejando la casa abierta —le dijo a Phyllis—. Debe de haber pasado algo.

Entró. Ella le siguió, pero se quedó titubeante en la sala de estar, mientras él iba hacia la cocina. Lo oyó abrir la puerta del sótano y gritar:

—¿Hay alguien en casa? —y cerrarla de nuevo. Regresó a la sala de estar, frunció el entrecejo, y subió al piso de arriba.

Al cabo de un tiempo bajó con expresión de asombro en el rostro.

—No hay nadie aquí —dijo.

—Vámonos —dijo Phyllis, repentinamente nerviosa en la iluminada casa vacía. Discutieron sobre si dejar una nota, decidieron que no, y salieron por el sendero.

—¿No deberíamos cerrar la puerta? —preguntó Jim Mallen, deteniéndose.

—¿De qué iba a servir? Todas las ventanas están abiertas.

—Sin embargo… —volvió atrás y la cerró. Caminaron lentamente hacia casa, mirando hacia atrás sobre sus hombros. Mallen casi esperaba que los Carmichael salieron corriendo tras ellos, gritando «¡Sorpresa!».

Pero la iluminada casa siguió en silencio.

La suya estaba sólo a una manzana de distancia, un bungalow de ladrillo idéntico a doscientos otros de la urbanización. En el interior, el señor Carter estaba haciendo anzuelos para truchas con moscas artificiales en la mesa de jugar a cartas. Trabajando lentamente, con seguridad, sus hábiles dedos guiaban los hilos de colores con amoroso cariño. Estaba tan absorto en su trabajo que ni siquiera oyó entrar a los Mallen.

—Estamos de vuelta, papá —dijo Phyllis.

—Ah —murmuró el señor Carter—. Mirad qué maravilla.

Alzó una mosca terminada. Era una réplica casi exacta de una avispa. El anzuelo estaba astutamente oculto por hilos amarillos y negros que colgaban.

—Los Carmichael habían salido… creemos —dijo Mallen colgando su chaqueta.

—Voy a intentarlo en el Arroyo Viejo por la mañana —dijo el señor Carter—. Algo me dice que aquella trucha que siempre se me escapa estará allí.

Mallen hizo una mueca para sí mismo. Era difícil hablar con el padre de Phyllis. En la actualidad no hablaba de otra cosa que no fuera de pesca. El viejo se había retirado de su fructífero negocio en su sesentavo cumpleaños para dedicarse de todo corazón a su deporte favorito.

Ahora, al llegar a los ochenta, el señor Carter tenía un aspecto maravilloso. Era asombroso, pensó Mallen, su piel era sonrosada, sus ojos claros y tranquilos, llevaba el cabello, totalmente blanco, cuidadosamente peinado hacia atrás. Y estaba en plena posesión de sus facultades mentales… siempre que uno se limitase a hablarle de pesca.

—Preparémonos un piscolabis —dijo Phyllis. A disgusto, se quitó el sombrero rojo, alisó el velo y lo dejó sobre la mesita de café. El señor Carter añadió otro hilo a su mosca para truchas, la examinó cuidadosamente, luego la dejó y los siguió a la cocina.

Mientras Phyllis hacía café, Mallen le contó al viejo lo que había sucedido. La respuesta del señor Carter fue típica:

—Ven a pescar mañana y te lo quitarás de la cabeza. El pescar, Jim, es algo más que un deporte. El pescar es una forma de vida, y también una filosofía. Me gusta encontrar un estanque tranquilo y sentarme en su orilla. Me digo: si hay pescados por alguna parte, ¿por qué no van a estar aquí?

Phyllis sonrió, contemplando como Jim se agitaba desasosegado en su sillón. No había quien parase a su padre, una vez comenzaba. Y cualquier cosa le hacía comenzar.

—Considera —prosiguió el señor Carter—, un joven ejecutivo. Alguien como tú, Jim… corriendo por un pasillo. ¿Te parece común? Pero al final de ese largo pasillo está el arroyo truchero. Considera un político. Ciertamente se ven bastantes en Albany. Con el maletín en la mano, preocupados…

—Qué extraño es esto —dijo Phyllis, deteniendo a su padre en pleno vuelo. Llevaba una botella de leche sin abrir en la mano.

»Mirad —su leche se la suministraba las *Mantequerías Stannerton*. En la etiqueta verde de aquella botella decía: *Mantekerías Stanneron*.

»Y mirad —señaló. Bajo aquello, se leía: *Con lisensia del Departamento de salú de nueba yorRk*. Parecía una mala imitación de la etiqueta auténtica.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Mallen.

—Pues supongo que de la tienda del señor Elger. ¿Crees que se tratará de un truco publicitario?

—Me da pena el hombre que pesca con gusano —dijo con voz profunda el señor Carter—. Una mosca… una mosca es una obra de arte. Pero el hombre que usa gusano es capaz de robar a huérfanos y quemar iglesias.

—No la bebas —dijo Mallen—. Miremos el resto de la comida.

Había otros tres artículos falsos. Una barra de caramelo que pretendía ser de la casa Mello-Bite pero que tenía una etiqueta naranja en lugar de la

familiar púrpura. Una tarrina de *KEEso Amerricano*, casi un tercio más grande del tamaño habitual de aquella marca, y una botella de *Aua MINeral*.

—Es muy extraño —dijo Mallen, rascándose la barbilla.

—Siempre vuelvo a tirar los pequeños —dijo el señor Carter—. No es deportivo quedárselos, y eso forma parte del código del pescador. Dejarlos crecer, dejarlos madurar, dejarlos ganar experiencia. Son los viejos y astutos los que a mí me gustan, los que acechan bajo los troncos, que salen disparados en cuanto ven al pescador. ¡Ésos son los tipos que luchan por su vida!

—Voy a devolverle estas cosas a Elger —dijo Mallen, colocando los artículos en una bolsa de papel—. Si ves algo más así, sepáralo.

—El Arroyo Viejo es el lugar adecuado —dijo el señor Carter—. Es allí donde se esconden.

La mañana del sábado fue brillante y hermosa. El señor Carter desayunó a primera hora y salió hacia el Arroyo Viejo, correteando con la ligereza de un muchacho, con su maltrecho sombrero adornado con moscas inclinado garbosamente. Jim Mallen se acabó su café y fue hacia la casa de Carmichael. El coche seguía en el garaje, las ventanas estaban aún abiertas, la mesa de bridge preparada, y todas las luces encendidas, exactamente como la noche anterior. Le recordaba a Mallen un relato que había leído acerca de una nave que navegaba a toda vela, con todo su interior en orden… pero sin un alma a bordo.

—Me pregunto si deberíamos llamar a alguien —dijo Phyllis cuando regresó a casa—. Estoy segura de que algo va mal.

—En efecto. Pero, ¿a quién? —eran nuevos en la urbanización. Conocían de vista a tres o cuatro familias, pero no tenían ni idea de quien podía conocer a los Carmichael.

El problema fue solucionado por el sonar del teléfono.

—Si es alguien de por aquí —dijo Jim cuando Phyllis fue a contestar—, pregúntaselo.

—¿Aló?

—Aló. No creo que me conozca. Soy Marian Carpenter, del otro lado de la manzana. Me preguntaba… ¿Ha pasado por ahí mi esposo? —La metálica voz del teléfono lograba transmitir preocupación y miedo.

—Pues, no. No ha venido nadie esta mañana.

—Ya veo —la débil voz dudó.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Phyllis.

—No lo comprendo —dijo la señora Carpenter—. George… mi esposo, tomó el desayuno conmigo esta mañana. Luego subió a buscar su chaqueta. Fue la última vez que lo vi.

—Oh…

—Estoy segura de que no volvió a bajar. Subí a ver que era lo que lo entretenía, pues íbamos a dar una vuelta con el coche, y no estaba allí. Busqué por toda la casa. Pensé que me estaría jugando una broma pesada, aunque George nunca gastó bromas en toda su vida… Así que busqué bajo las camas y en los armarios. Entonces miré en el sótano, y pregunté en la casa de al lado, pero nadie lo ha visto. Creí que quizá los hubiera visitado… estaba hablando de hacerlo…

Phyllis le explicó la desaparición de los Carmichael. Hablaron durante algunos segundos más, luego colgaron.

—Jim —dijo Phyllis—, no me gusta esto. Lo mejor será que le expliques a la policía lo de los Carmichael.

—Vamos a quedar como unos estúpidos cuando resulte que vuelven de visitar a unos amigos en Albany.

—Tendremos que arriesgarnos.

Jim buscó el número y lo marcó, pero comunicaba.

—Iré allí.

—Y llévate esas cosas contigo —le dio la bolsa de papel.

El Capitán de Policía Lesner era un hombre rubicundo y paciente que había estado escuchando un torrente sin fin de quejas durante toda la noche y la mayor parte de la mañana. Sus patrulleros estaban cansados, sus sargentos estaban cansados, y él era el que estaba más cansado de todos. Sin embargo, hizo pasar al señor Mallen a su oficina y escuchó su relato.

—Deseo que me ponga por escrito todo lo que me ha contado —le dijo cuando hubo terminado—. Recibimos una llamada acerca de los Carmichael, de un vecino, a última hora de anoche. Hemos estado tratando de localizarlos. Contando al esposo de la señora Carpenter, son diez en dos días.

—¿Diez qué?

—Desapariciones.

—Dios mío —suspiró suavemente Mallen. Se cambió de mano la bolsa de papel—. ¿Todos de este suburbio?

—Todos y cada uno —dijo secamente el Capitán Lesner—, de la urbanización de Vainsville. De hecho, de cuatro manzanas de la urbanización —nombró las calles.

—Yo vivo allí —dijo Mallen.

—Y yo también.

—¿Tiene usted idea de quién pueda ser… el secuestrador? —preguntó Mallen.

—No creemos que se trate de un secuestrador —dijo Lesner, encendiendo su vigésimo cigarrillo del día—. No ha habido notas pidiendo rescate. Ni ningún criterio de selección. Una buena parte de las personas desaparecidas no valdrían ni diez centavos para un secuestrador. ¡Y además en gran escala… ni hablar!

—Entonces, ¿un maníaco?

—Seguro. Pero, ¿cómo se ha llevado a familias enteras? ¿O a hombres capaces de defenderse, tan altos como usted? Y, ¿dónde los ha escondido, o dónde ha escondido sus cadáveres? —Apagó el cigarrillo apretándolo violentamente—. Tengo a mis hombres registrando cada centímetro de este suburbio. Cada agente de policía en un radio de treinta y cinco kilómetros ha sido alertado. La policía estatal está deteniendo a los coches en las carreteras. Y no hemos encontrado ni rastro.

—Oh, y aquí hay algo más —Mallen le mostró los artículos falsos.

—Una vez más, no sé qué pueda ser —confesó amargado el Capitán Lesner—. No he tenido mucho tiempo para estas cosas. Ya hemos recibido otras quejas… —sonó el teléfono, pero Lesner lo ignoró.

»Parece como si se tratase de un asunto de mercado negro. He enviado algunas cosas como ésas a Albany para que las analicen. Estoy tratando de buscar de dónde han salido. Podrían ser extranjeras. De hecho, tal vez el F.B.I… ¡Maldito sea ese teléfono!

Lo arrancó de la horquilla.

—Habla Lesner. Sí… sí. ¿Estás segura? Naturalmente, Mary. Voy ahora mismo —colgó. Repentinamente, su rostro rojizo había perdido todo color—. Era la hermana de mi mujer —dijo—. ¡Mi esposa ha desaparecido!

Mallen fue hacia casa a toda velocidad. Hundió el freno, casi partiéndose la cabeza contra el parabrisas, y entró en casa corriendo.

—¡Phyllis! —gritó. ¿Dónde estaba? Oh, Dios, pensó. Si ha desaparecido…

—¿Pasa algo malo? —preguntó Phyllis, saliendo de la cocina.

—Pensé… —se echó sobre ella y la apretó hasta que chilló.

—Realmente —le dijo ella sonriendo—, no somos unos recién casados. Vaya, si ya llevamos casados año y medio…

Le explicó lo que había pasado en la comisaría de policía.

Phyllis miró a su alrededor, por la sala de estar. Le había parecido tan cálida y alegre hacía una semana… Ahora, una sombra bajo el sofá la asustaba y la puerta abierta de un armario era algo que la hacía estremecer. Sabía que nunca volvería a ser igual.

Se oyó una llamada en la puerta.

—No vayas —dijo Phyllis.

—¿Quién está ahí? —preguntó Mallen.

—Joe Dutton, del otro lado de la manzana. Supongo que han oído las noticias.

—Sí —dijo Mallen, junto a, la puerta cerrada.

—Estamos poniendo barricadas en las calles —dijo Dutton—. Vamos a vigilar a todo el mundo que entre o salga. Vamos a acabar con esto, aunque la policía no pueda. ¿Quiere unirse a nosotros?

—Por supuesto —dijo Mallen y abrió la puerta. El hombre bajo y atezado al otro lado llevaba puesta una vieja guerrera militar. Aferraba un madero de dos palmos.

—Vamos a cubrir estas manzanas como con una red —dijo Dutton—. Si quieren llevarse a alguien más tendrá que ser bajo tierra.

Mallen besó a su esposa y se unió a él.

Aquella tarde hubo una reunión masiva en el auditorio de la escuela. Estaban allí todos los habitantes de las manzanas afectadas y tanta gente de los alrededores como pudo apretujarse. La primera cosa que averiguaron fue que, a pesar del bloqueo, habían desaparecido otras tres personas de la urbanización de Vainsville.

Habló el Capitán Lesner, y les dijo que había solicitado ayuda de Albany. De allí bajaban agentes especiales, y también venía alguien del F.B.I. Reconoció francamente que no tenía idea de quién o qué lo estaba haciendo, ni por qué. Tampoco podía imaginar por qué todos los desaparecidos eran de una parte de la urbanización de Vainsville.

Había recibido noticias de Albany acerca de la comida falsificada, que parecía estar diseminada por toda la urbanización. Los químicos que la habían examinado no habían podido ni detectar trazas de algún agente tóxico. Eso parecía acabar con una reciente teoría acerca de que la comida había sido usada para drogar a la gente, haciéndoles que saliesen de sus casas y se fuesen con quienquiera que se los llevase. No obstante, aconsejó que nadie comiera aquello. Uno nunca sabía.

Las compañías cuyas etiquetas habían sido falsificadas habían negado tener conocimiento alguno del asunto. Estaban dispuestas a poner un pleito a cualquiera que infringiese sus marcas registradas.

Habló el alcalde, en una serie de bien intencionadas naderías, aconsejándoles que tuvieran buen ánimo. Las autoridades cívicas estaban haciéndose cargo de la situación.

Naturalmente, el alcalde no vivía en la urbanización de Vainsville.

Se disolvió la reunión, y los hombres volvieron a las barricadas. Comenzaron a buscar leña para la noche, pero no fue necesario. Llegaron auxilios de Albany, una columna de hombres y equipo. Las cuatro manzanas fueron rodeadas por centinelas armados. Se montaron reflectores portátiles, y se decretó un toque de queda a partir de las ocho, para toda el área.

El señor Carter se perdió toda la emoción. Se había pasado el día entero pescando. Al anochecer regresó, con las manos vacías pero contento. Los centinelas lo dejaron pasar, y caminó hasta la casa.

—Un bello día de pesca —declaró.

Los Mallen pasaron una noche horrible, vestidos, y durmiendo a ratitos, mirando como los reflectores pasaban por su ventana y oyendo las pisadas de los guardas armados.

Las ocho de la mañana del domingo: otra dos personas desaparecidas. Desaparecidas de cuatro manzanas más vigiladas que un campo de concentración.

A las diez, el señor Carter, no haciendo caso de las objeciones de los Mallen, se echó a la espalda el equipo de pesca y partió. No se había perdido ni un solo día desde el trece de abril y no pensaba perderse uno solo de toda la temporada.

Mediodía del domingo: otra persona desaparecida, llevando el total a dieciséis.

Domingo a la una: ¡se encontraron todos los niños desaparecidos!

Un coche de la policía los halló en un camino cercano a los límites del suburbio, a los ocho, incluyendo el niño de los Carmichael, caminando atentadamente hacia sus casas. Fueron llevados a un hospital a toda prisa.

Sin embargo, no había ni rastro de los adultos desaparecidos.

Los comadreos hacen correr las noticias mucho más deprisa que los periódicos y la radio: los niños estaban completamente indemnes. Se había averiguado, bajo examen psiquiátrico, que no recordaban donde habían estado o cómo habían sido llevados allí. Lo único que los psiquiatras lograron

averiguar fue que habían notado una sensación como de vuelo, acompañada de un dolor de estómago. Para mayor seguridad, se mantuvo a los niños en el hospital, bajo guardia.

Pero, entre el mediodía y el anochecer, otro niño desapareció de Vainsville.

Poco antes del anochecer, el señor Carter volvió a casa. En su zurrón llevaba dos grandes truchas irisadas. Saludó alegremente a los Mallen y se fue al garaje a limpiar el pescado.

Jim Mallen salió al patio de atrás y le siguió al garaje, con el ceño fruncido. Deseaba interrogar al viejo acerca de algo que había dicho hacía un día o dos. No podía recordar muy bien lo que había sido, pero parecía importante.

Su vecino de al lado, cuyo nombre no podía recordar, lo saludó.

—Mallen —dijo—, creo que ya sé.

—¿Qué? —preguntó Mallen.

—¿Ha estudiado usted las teorías? —interrogó el vecino.

—Naturalmente —su vecino era un tipo delgado en mangas de camisa, con chaleco. Su calva brillaba rojiza a la luz de la puesta del sol.

—Entonces escuche, No puede ser un secuestrador. Este método no tendría sentido. ¿De acuerdo?

—Sí, supongo que sí.

—Y el maníaco queda eliminado. ¿Cómo iba a poder llevarse a quince, o dieciséis personas? ¿Y devolver a los niños? Ni siquiera toda una pandilla de maníacos lo podrían hacer, no con la cantidad de polizontes que nos vigilan. ¿De acuerdo?

—Prosiga. —Con el rabillo del ojo Mallen vio a la gruesa esposa del vecino saliendo por la puerta trasera. Se acercó a ellos y quedó a la escucha.

—Lo mismo podría decirse de una banda de criminales, o hasta de marcianos. Es imposible hacerlo, y no tendrían razón para ello, aunque pudieran. Tenemos que buscar algo *ilógico*… y eso nos deja con sólo una respuesta lógica.

Mallen esperó, y contempló a la mujer. Le miraba, con los brazos cruzados sobre su pecho cubierto por un delantal. De hecho, estaba mirando con odio. ¿Cómo puede estar enfadada conmigo?, pensó Mallen, ¿qué es lo que le he hecho?

—La única respuesta —dijo lentamente el vecino—, es que haya un agujero en algún sitio de por aquí. Un agujero en el continuo espacio-temporal.

—¿Qué? —profirió bruscamente Mallen—. Eso ya no lo sigo.

—Un agujero en el tiempo —explicó el vecino calvo—. O un agujero en el espacio. O ambos. No me pregunte cómo llegó aquí; está aquí. Lo que sucede es que una persona pisa ese agujero, y ¡blam!, ya está en otra parte. O en otro tiempo. O ambos. Naturalmente, ese agujero no puede ser visto, es tetradimensional, pero está ahí. Tal como veo yo las cosas, si uno siguiese los pasos de esa gente, averiguaría que cada uno de ellos llegó a un punto determinado… y se desvaneció.

—Ummm —Mallen pensó en ello—. Eso suena interesante; pero, sabemos que mucha gente desapareció en sus mismas casas.

—Ajá —aceptó el vecino—. Déjeme pensar… ¡Ya sé! El agujero del espacio-tiempo no está fijo. Vaga, se mueve. Primero está en la casa de Carpenter, y luego se mueve, sin rumbo…

—¿Por qué no se aparta de estas cuatro manzanas? —preguntó Mallen, extrañándose de que la esposa de aquel hombre aún siguiese mirándole mal, con los labios muy apretados.

—Bueno —dijo el vecino—. Debe de tener algunas limitaciones.

—Y, ¿por qué fueron devueltos los niños?

—Oh, por todos los cielos, Mallen, no puede pedirme que explique cada pequeño detalle, ¿no? Es una buena teoría, que sirve. Necesitamos más datos antes de que podamos integrar todo el asunto.

—¡Hola, qué tal! —dijo el señor Carter, saliendo del garaje. Llevaba dos hermosas truchas, muy bien limpiadas y lavadas—. La trucha es un magnífico luchador, y al mismo tiempo un excelente manjar. ¡El mejor de los deportes y el más excelente alimento!

Caminó sin prisas hacia la casa.

—Yo tengo una teoría mejor —dijo la esposa del vecino, estirando los brazos y colocándose la manos en sus amplias caderas.

Ambos hombres se volvieron a mirarla.

—¿Quién es la única persona que no está preocupada en lo más mínimo acerca de lo que sucede? ¿Quién pasea por todas partes con un zurrón y *dice* que lleva *pescado* en él? ¿Quién *dice* que se pasa todo el tiempo pescando?

—Oh, no —exclamó Mallen—. No Papá Carter. Tiene toda una filosofía acerca de la pesca…

—¡A mí que me importa la filosofía! —aulló la mujer—. ¡A los demás les engaña, pero no a mí! ¡Yo sólo sé que es el único hombre de este barrio que no está preocupado ni lo más mínimo, y que va por ahí durante todo el día y

que lincharlo sería demasiado bueno para él! —Con esto, dio la vuelta y se fue caminando patosamente hacia la casa.

—Escuche, Mallen —dijo el vecino calvo—. Lo siento, ya sabe como son las mujeres. Está asustada, a pesar de que Danny está seguro en el hospital.

—Claro —aceptó Mallen.

—No comprende lo del continuo espacio-temporal —prosiguió ansiosamente—. Pero se lo explicaré esta noche. Mañana, le pedirá excusas. Ya lo verá.

Los hombres se estrecharon las manos y regresaron a sus casas respectivas.

La oscuridad cayó rápidamente, y se encendieron reflectores por todo el suburbio. Los rayos de luz iluminaban las calles, los patios, se reflejaban en las ventanas cerradas. Los habitantes de Vainsville se quedaron esperando nuevas desapariciones.

Jim Mallen deseó poder poner sus manos encima de quienquiera que lo estuviera haciendo. Sólo un segundo… eso era todo lo que necesitaba. Pero, tener que sentarse y esperar… Se sentía tan desvalido… Los labios de su mujer estaban pálidos y sus ojos cansados. Pero el señor Carter estaba alegre, como siempre. Frió las truchas en un hornillo de gas, sirviéndoles a todos.

—Hoy he encontrado un estupendo estanque tranquilo —anunció el señor Carter—. Está cerca de la desembocadura del Arroyo Viejo, en un pequeño tributario. Pesqué allí durante todo el día, recostándonse sobre la orilla herbosa y contemplando las nubes. ¡Son una cosa fantástica, las nubes! Debo ir allí mañana, para pescar de nuevo. Luego, buscaré otro sitio. Un pescador consciente no acaba con toda la pesca de un arroyo. La moderación forma parte del código del pescador. Tomar un poco, dejar otro poco. A menudo he pensado…

—¡Oh, papá, por favor! —chilló Phyllis, y estalló en llanto. El señor Carter agitó tristemente su cabeza, sonrió comprensivo y se acabó su trucha. Luego, salió a la sala de estar para trabajar en otra mosca.

Exhaustos, los Mallen se fueron a la cama…

Mallen se despertó y se sentó en la cama. Vio que su mujer seguía durmiendo a su lado. Las manecillas luminosas de su reloj marcaban las cuatro cincuenta y ocho. Casi de mañana, pensó.

Salió de la cama, se puso una bata y bajó silenciosamente al piso inferior. Los reflectores estaban iluminando la ventana de la sala de estar, y podía ver a un centinela fuera.

Aquélla era una visión reconfortante, pensó, y se dirigió a la cocina. Moviéndose en silencio, se sirvió un vaso de leche. Había un pastel reciente en la parte de arriba de la nevera, y cortó un pedazo.

Secuestradores, pensó. Maníacos. Marcianos. Agujeros en el espacio. O cualquier combinación de todo ello. No, no era nada de esto. Deseaba poder recordar lo que había querido preguntarle al señor Carter. Era importante.

Aclaró el vaso, volvió a meter el pastel en la nevera y caminó hacia la sala de estar. Repentinamente, fue empujado violentamente hacia un lado.

¡Algo lo había asido! Lanzó golpes, pero no había nada que golpear. Algo lo estaba aferrando como con una mano de hierro, levantándolo del suelo. Se echó hacia un lado, buscando un asidero. Sus pies abandonaron el suelo y colgó por un momento, pateando y estremeciéndose. El apretón alrededor de sus costillas era tan fuerte que apenas si podía respirar, que no podía emitir un sonido. Inexorablemente, estaba siendo alzado.

Agujero en el espacio, pensó, y trató de gritar. Sus brazos, que agitaba locamente, alcanzaron un ángulo del sofá, y se agarró a él. El sofá fue alzado con él. Dio un tirón, y el apretón se relajó por un momento, dejándolo caer al suelo.

Gateó a través de la estancia, hacia la puerta. El apretón lo cogió de nuevo, pero estaba cerca del radiador. Se asió con ambos brazos a él, tratando de resistir al tirón. Hizo un nuevo esfuerzo, y logró sujetarlo también con una pierna y luego con la otra.

El radiador crujió horriblemente cuando aumentó el tirón. Mallen notó como si se le fuese a partir la cintura, pero resistió, con cada uno de sus músculos tenso hasta el punto de ruptura. Repentinamente, el apretón cesó por completo.

Se derrumbó al suelo.

Cuando recuperó el conocimiento ya era de día. Phyllis estaba echándole agua a la cara, mordiéndose el labio inferior. Parpadeó, y se preguntó por un momento donde estaba.

—¿Sigo aún aquí? —preguntó.

—¿Estás bien? —inquirió Phyllis—. ¿Qué sucedió? ¡Oh, cariño! Vámonos de este lugar…

—¿Dónde está tu padre? —preguntó aún atontado Mallen, poniéndose en pie.

—Pescando. Ahora, por favor, siéntate. Voy a llamar a un médico.

—No. Espera —Mallen se dirigió a la cocina. En el refrigerador estaba la caja del pastel. Decía: *Pastelería Johnson. Vainsville, Nueva YorK*. Una K

mayúscula en el Nueva York. Realmente un error muy pequeño.

¿Y el señor Carter? ¿Estaba allí la respuesta? Mallen corrió hacia el piso de arriba y se vistió. Arrugó la caja del pastel y se la metió en el bolsillo, apresurándose hacia la puerta.

—¡No toques nada hasta que regrese! —le gritó a Phyllis. Ésta lo vio meterse en el coche y acelerar calle abajo. Tratando de no llorar, se metió en la cocina.

Mallen llegó al Arroyo Viejo en quince minutos. Aparcó el coche y comenzó a caminar corriente arriba.

—¡Señor Carter! —gritó mientras lo hacía—. ¡Señor Carter!

Caminó y gritó durante media hora, penetrando en un bosque cada vez más espeso. Los árboles se cruzaban ahora sobre el torrente, y tenía que vadearlo para poder ir un poco deprisa. Aceleró el paso, chapoteando, resbalando sobre las piedras, tratando de correr.

—¡Señor Carter!

—¡Hola! —oyó la voz del viejo. Siguió el sonido, por un afluente del arroyo. Allí estaba el señor Carter, sentado en la pendiente de la orilla de un pequeño estanque, asiendo su larga caña de bambú. Mallen se apresuró a ir a su lado.

—Tómatelo con calma, hijo —comentó—. Me alegra ver que seguiste el consejo acerca de la pesca.

—No —jadeó Mallen—. Quiero que me diga algo.

—De mil amores —dijo el viejo—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Un pescador no agotaría la pesca de un estanque, ¿no?

—Yo no lo haría. Pero algunos puede que sí.

—Y el cebo. ¿Usaría cebo artificial un buen pescador?

—Me enorgullezco de mis moscas —dijo el señor Carter—. Trato de aproximarme a las verdaderas. Aquí, por ejemplo, tengo una bella réplica de una avispa. —Desenganchó un anzuelo amarillo de su sombrero—. Y aquí hay un bello mosquito.

De pronto, su sedal se estremeció. Con facilidad y tranquilamente, el viejo lo recogió. Aferró la boqueante trucha y se la mostró a Mallen.

—Un muchachito… no me lo quedaré. —Le quitó cuidadosamente el anzuelo, desprendiéndolo de la palpitante agalla, y colocó al pez de nuevo en el agua.

—Cuando los devuelve… ¿cree que se enteran? ¿Qué se lo cuentan a los demás?

—Oh, no —dijo el señor Carter—. La experiencia no les enseña nada. A mí me ha picado el mismo pez joven dos o tres veces. Tienen que crecer un poco antes de que empiecen a darse cuenta.

—Eso es lo que pensaba —Mallen miró al viejo. El señor Carter no se daba cuenta del mundo que lo rodeaba, no había sido alcanzado por el terror que había caído sobre Vainsville.

Los pescadores viven en un mundo propio, pensó Mallen.

—Pero debieras haber estado aquí hace una hora —dijo el señor Carter—. Le eché el anzuelo a una hermosura. Un ejemplar magnífico, de casi un kilo. ¡Qué batalla para un viejo guerrero como yo! Y se escapó. Pero ya vendrá algún otro… Hay, ¿a dónde vas?

—¡De regreso! —gritó Mallen, chapoteando por el arroyo. Sabía lo que había estado buscando en el señor Carter: un paralelismo. Y ahora todo le parecía claro.

El inofensivo señor Carter, pescando sus truchas, tal como el otro gran pescador, pescaba sus…

—¡De vuelta, para avisar a los otros peces! —gritó Mallen mientras se alejaba, tropezando por el lecho del arroyo. ¡Si al menos Phyllis no hubiera tocado ningún alimento! Se sacó la caja del pastel del bolsillo y la tiró tan lejos como pudo. ¡Cebo asqueroso!

Mientras, los pescadores, cada uno de ellos en su esfera respectiva, sonrieron y lanzaron de nuevo sus sedales al agua.



LA MUCHEDUMBRE

RAY BRADBURY

Cuando se iniciaba su brillante carrera, Ray Bradbury produjo algunas de sus ideas más inusitadas acerca de la gente y del mundo en que vivimos. Desde entonces, su talento se ha acrecentado y perfeccionado, pero no creo que las ideas de aquella primera fase inicial hayan sido sobrepasadas. Tomemos como ejemplo este relato, aparecido en su primera colección publicada. Reto a cualquiera a que me muestre otro que llegue tan directamente al meollo de una experiencia bastante desagradable, que a todos nos puede ocurrir en uno y otro momento.

El señor Spallner se cubrió el rostro con las manos.

Sintió la sensación del movimiento en el vacío, el alarido bellamente torturante, el impacto del coche con la pared, a través de la pared, arriba y abajo como un juguete, y él lanzado fuera del vehículo. Luego… silencio.

La muchedumbre llegó a la carrera. Débilmente, desde donde yacía, los escuchaba correr. Podía enterarse de su edad y tamaño por el ruido de sus numerosos pasos sobre la hierba de verano y sobre la acera, y sobre el asfalto de la calle, y abriéndose paso entre los amontonados ladrillos hasta donde su coche medio colgaba bajo el cielo nocturno, con sus ruedas aún girando con un movimiento centrífugo sin sentido.

No sabía de donde venía aquella muchedumbre. Trató de permanecer consciente y entonces los rostros de la muchedumbre formaron un círculo sobre él, colgando por encima como las grandes hojas brillantes de los árboles de ramas caídas. Era un anillo de rostros cambiantes, opresivos, mirando hacia abajo, mirando hacia abajo, leyendo el momento de su vida o muerte en su rostro, transformando su rostro en un reloj de luna, en el que la luna proyectaba la sombra de su nariz sobre su mejilla para mostrar el momento en que respiraba o dejaría de respirar para siempre.

Con qué rapidez se forma una muchedumbre, pensó, cual el iris de un ojo cerrándose, tras salir de la nada.

Una sirena. Una voz de policía. Movimiento. Sangre goteando de sus labios… Lo movieron hacia una ambulancia. Alguien dijo:

—¿Está muerto? —y otro contestó—: —No, no está muerto —y una tercera persona dijo:

—No va a morir, no morirá —y vio los rostros de la muchedumbre tras él en la noche y supo por sus expresiones que no moriría. Y aquello era extraño. Vio el rostro de un hombre, delgado, brillante, pálido; el hombre tragó saliva y se mordió los labios, muy mareado. También había una diminuta mujer, con cabello rojo y demasiado color en sus labios y mejillas. Y un niñito de rostro pecoso. Los rostros de otros. Un viejo con el labio superior arrugado; una vieja, con un lunar en la barbilla. Habían salido de… ¿de dónde? Casas,

coches, callejones, del mundo inmediato y alterado por el accidente. Salían de los callejones y de los hoteles y de los autobuses y aparentemente de la nada.

La muchedumbre lo miró y él devolvió la mirada, y no le gustó. Había algo muy equívoco en ellos. No podía decir qué era. Eran mucho peores que aquel accidente mecánico que acababa de ocurrirle.

Las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe. A través de las ventanillas vio a la muchedumbre mirando hacia dentro, mirando hacia dentro. Aquella muchedumbre que siempre se formaba tan velozmente, con extraña rapidez, para formar un círculo, para atisbar, para tocar, para embobarse, para interrogar, para señalar, para molestar, para perturbar la intimidad de la agonía de un hombre con su franca curiosidad.

La ambulancia arrancó. Se hundió hacia atrás y sus rostros aún miraban al suyo, aunque ya había cerrado los ojos.

Las ruedas del coche giraron durante días en su mente. Una rueda, cuatro ruedas, girando, girando y zumbando, vuelta tras vuelta.

Sabía que había algo raro. Algo raro en las ruedas y en todo el accidente y en el correr de los pasos y en la curiosidad. Los rostros de la muchedumbre se mezclaban y fundían en la loca rotación de las ruedas.

Se despertó.

Luz de sol, una habitación de hospital, una mano tomándole el pulso.

—¿Cómo se siente? —preguntó el doctor.

Las ruedas se difuminaron. El señor Spallner miró a su alrededor.

—Estupendamente… creo.

Trató de hallar palabras, sobre el accidente.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—Esa muchedumbre… ¿fue anoche?

—Hace dos días. Lleva aquí desde el jueves. No obstante, todo va bien. Se está recuperando normalmente. No trate de ponerse en pie.

—Esa muchedumbre… Y también había algo en las ruedas… Los accidentes, bueno… ¿Hacen que la gente se sienta un poco mal de la cabeza?

—A veces, pero temporalmente. Pasa con el tiempo.

Se quedó mirando al doctor.

—¿Pueden alterar el sentido del tiempo?

—El pánico lo hace a veces.

—¿Hacen que un minuto parezca como una hora, o que quizá una hora parezca un minuto?

—Sí.

—Déjeme entonces que se lo explique —notaba la cama bajo él, la luz del sol sobre su rostro—. Creerá que estoy loco. Conducía demasiado deprisa, lo sé. Ahora lo lamento. Tomé mal la curva y di contra aquella pared. Estaba herido y atontado, lo sé, pero aún recuerdo cosas. Principalmente… la muchedumbre —esperó un momento, y decidió continuar, pues repentinamente sabía qué era lo que le preocupaba—. La muchedumbre llegó demasiado aprisa. Treinta segundos después del impacto ya estaban encima de mí, mirándome… No parece adecuado que corran tanto, a una hora tan tardía de la noche…

—Sólo en su mente fueron treinta segundos —dijo el doctor—. Probablemente fueron tres o cuatro minutos. Sus sentidos…

—Ajá, ya sé: mis sentidos, el accidente. ¡Pero estaba consciente! Recuerdo una cosa que lo liga todo y que lo convierte en extraño. Por Dios, tan extraño… Las ruedas de mi coche, que estaba boca abajo. ¡Las ruedas seguían girando cuando la muchedumbre llegó allí!

El doctor sonrió.

El hombre de la cama prosiguió:

—¡Estoy seguro! ¡Las ruedas giraban, y giraban deprisa… las ruedas delanteras! Y las ruedas no giran durante mucho tiempo, la fricción las frena. ¡Y ésas giraban deprisa!

—Está usted confundido —dijo el doctor.

—No estoy confundido. La calle estaba vacía. No había ni un alma a la vista. Y entonces tuve el accidente, y las ruedas aún giraban, y todos esos rostros encima de mí, rápidamente, de improviso. Y la forma en que me miraban. Yo *sabía* que no iba a morir…

—Simple shock —dijo el doctor, marchándose bajo la luz del sol.

Le dieron de alta del hospital dos semanas más tarde. Fue a casa en un taxi. La gente había ido a visitarlo durante aquellas dos semanas de cama, y a todos ellos les había contado su historia. El accidente, las ruedas girando, la muchedumbre. Todos habían reído con él del asunto, sin prestarle atención.

Se inclinó hacia delante y golpeó el cristal del taxi.

—¿Qué sucede?

El taxista miró hacia atrás.

—Lo siento, amigo. Ésta es una maldita ciudad para conducir por ella. Hay un accidente ahí delante. ¿Quiere que demos un rodeo?

—Sí. ¡No, no! Espere. Siga adelante. Demos… demos una mirada.

El taxi siguió adelante, tocando la bocina.

—Es una cosa bien rara —dijo el taxista—. ¡Hey, *usted*! ¡Saque esa caja de piojos del camino! —En voz más baja—: Es extraño… más maldita gente. Curiosos.

El señor Spallner bajó la vista y vio cómo sus dedos temblaban sobre su rodilla.

—¿También se dio cuenta de eso?

—Seguro —dijo el taxista—. Todas las veces. Siempre hay una muchedumbre. Uno diría que fue su propia madre la que tuvo el accidente.

—Llegan a toda prisa —dijo el pasajero del taxi.

—Lo mismo ocurre con un fuego o una explosión. No hay nadie por allí. Bum. Montones de gente alrededor. No entiendo.

—¿Vio alguna vez un accidente… por la noche?

El taxista asintió.

—Seguro. No hay ninguna diferencia. Siempre hay una muchedumbre.

Llegaron a la escena del accidente. Un cadáver yacía sobre la acera. Uno sabía que era un cadáver aunque no pudiera verlo, a causa de la muchedumbre. Una muchedumbre que le daba la espalda mientras él permanecía sentado en el taxi. Dándole la espalda. Abrió la ventanilla y casi empezó a dar alaridos. Pero no tuvo el valor necesario. Si gritaba, quizá se diesen la vuelta.

Y tenía miedo de ver sus *rostros*.

—Parezco tener una propensión hacia los accidentes —dijo en su oficina. Era a última hora de la tarde. Su amigo estaba sentado frente al escritorio, escuchándole—. Salí del hospital esta mañana y la primera cosa con que nos encontramos, camino de casa, fue un accidente.

—Las cosas van en ciclos —dijo Morgan.

—Déjame hablarte de mi accidente.

—Ya lo he oído. Lo he oído todo.

—Pero fue extraño, debes admitirlo.

—Debo admitirlo. ¿Y que te parecía ahora un trago?

Hablaron durante media hora o más. Y mientras hablaban, en la parte de atrás del cerebro de Spallner tictaqueaba un pequeño reloj, un reloj que nunca necesitaba que le diesen cuerda. Era el recuerdo de algunas cosillas. Ruedas y rostros.

Alrededor de las cinco treinta se oyó un estrépito metálico en la calle. Morgan asintió y miró fuera, hacia abajo.

—¿Qué es lo que te decía? Cielos. Un camión y un Cadillac color crema. Sí, sí.

Spallner fue a la ventana. Sentía mucho frío y, mientras permanecía allí, miró su reloj, al segundero. Uno dos tres cuatro cinco segundos, gente corriendo, ocho nueve diez once doce, llegaba gente corriendo de todas partes, quince dieciséis diecisiete dieciocho segundos, más gente, más coches, más bocinas sonando. Sintiéndose curiosamente lejano, Spallner contemplaba la escena como si se tratase de una explosión marcha atrás, en la que los fragmentos de la detonación fuesen siendo sorbidos de vuelta al punto de impulsión. Diecinueve veinte veintiún segundos y la muchedumbre estaba formada, Spallner les hizo un gesto, sin palabras.

La muchedumbre se había formado *demasiado* rápidamente.

Vio el cuerpo de una mujer un momento antes de que la muchedumbre lo tragase.

—Tienes mal aspecto —dijo Morgan—. Toma. Acábate el trago.

—Estoy bien, estoy bien. Déjame tranquilo. Estoy bien. ¿Puedes ver a toda esa gente? ¿Puedes ver a alguno de ellos? Me gustaría verlos más de cerca.

—¿Dónde infiernos *vas*? —gritó Morgan.

Spallner estaba en la puerta. Morgan, tras él, bajando las escaleras tan deprisa como podía.

—Sígueme, y apresúrate.

—¡Tómatelo con calma, aún no estás bien del todo!

Salieron a la calle. Spallner se abrió camino. Creyó ver a una mujer con cabello rojo y demasiado color en los labios y mejillas.

—¡Allí! —Se volvió impetuosamente hacia Morgan—. ¿La viste?

—¿Ver, a quién?

—Maldita sea, ha desaparecido. ¡La muchedumbre se la ha tragado!

La muchedumbre estaba alrededor, respirando y mirando y moviéndose y mezclándose y murmurando e interponiéndose cuando trataba de abrirse paso. Evidentemente la pelirroja lo había visto y había escapado.

¡Vio otro rostro familiar! Un muchachito pecoso. ¡Pero hay demasiados niños pecosos en el mundo! Y, de todas maneras, no le sirvió de nada, antes de que llegase hasta él, aquel muchachito corrió y desapareció entre la gente.

—¿Está muerta? —preguntó una voz—. ¿Está muerta?

—Está muriéndose —replicó alguien—. Morirá antes de que llegue la ambulancia. No deberían haberla movido. No deberían haberla movido.

Todos los rostros de la muchedumbre: familiares y sin embargo desconocidos, inclinándose, mirando, mirando.

—Hey, señor, deje de empujar.

—¿Quién le persigue, amigo?

Spallner salió, y Morgan lo aferró antes de que cayese.

—Maldito estúpido. Aún te encuentras mal. ¿Por qué infiernos tenías que bajar? —le preguntó.

—No lo sé, realmente no lo sé. La movieron, Morgan, alguien la movió. Uno nunca tiene que mover a una víctima de un accidente de tráfico. Eso la mata. La mata.

—Ajá. Así es la gente. Los muy estúpidos.

Spallner dispuso cuidadosamente los recortes de periódicos.

Morgan le miró.

—¿Qué buscas? Desde tu accidente te sientes identificado con cada siniestro automovilístico. ¿Qué es todo eso?

—Recortes de los choques de automóviles, y fotos. Míralas. No te fijes en los coches —dijo Spallner—, sino en las muchedumbres de alrededor —señaló—. Aquí. Compara esta foto de un accidente en el Distrito de Wilshire con ésta en Westwood. Nada en común. Pero ahora toma esta foto de Westwood y compárala con la otra tomada en el Distrito de Westwood hace diez años —señaló de nuevo—. Esta mujer está en ambas fotos.

—Coincidencia. Sucedió que esa mujer estaba presente en 1936 y de nuevo en 1946.

—Una coincidencia en una ocasión, puede ser. Pero doce veces en un período de diez años, cuando los accidentes ocurrieron en un radio de cinco kilómetros, no. Aquí —le entregó una docena de fotografías—. ¡Está en *todas* ésas!

—Quizá sea una pervertida.

—Es algo más que eso. ¿Cómo resulta que *siempre* está tan inmediatamente después de cada accidente? Y, ¿por qué lleva las mismas ropas en todas las fotos tomadas en un período de una década?

—¡Condenación, es cierto!

—Y, por último, ¿por qué estaba encima *de mí* la noche del accidente, hace dos semanas?

Se tomaron un trago. Morgan repasó el dossier.

—¿Qué es lo que hiciste, contratar a un servicio de información mientras estabas en el hospital para que repasasen los periódicos por ti? —Spallner asintió. Morgan dio un sorbo a su bebida. Se estaba haciendo tarde. Las luces de la calle estaban siendo encendidas bajo la oficina—. ¿Qué es lo que resulta de todo esto?

—No lo sé —dijo Spallner—. Excepto que hay una regla universal acerca de los accidentes: *se reúnen muchedumbres*. *Siempre* se reúnen. Y la gente, como tú y yo, siempre se ha preguntado, año tras año, por qué se reunían tan rápidamente, y *cómo*. Yo tengo la respuesta. ¡Aquí está!

Tiró los recortes sobre la mesa.

—Me aterroriza.

—Esa gente… ¿no serán buscadores de emociones, personas pervertidas que ansíen ver sangre, espectáculos mórbidos?

Spallner se alzó de hombros.

—¿Explica eso el que estén en *todos* los accidentes? Fíjate que se limitan a ciertas áreas. Un accidente en Brentwood atrae a un grupo. Uno en Huntington Park a otro. Pero hay una cierta norma en los rostros. Un cierto porcentaje de los que aparecen en cada siniestro son siempre los mismos.

—¿No *todos* los rostros? —preguntó Morgan.

—Naturalmente que no. Los accidentes también atraen a la gente normal, al cabo de un tiempo. Pero ésos, según he averiguado, son siempre los *primeros* en llegar.

—¿Quiénes son ellos? ¿Qué es lo que buscan? Lo insinúas una y otra vez, pero nunca afirmas nada. Buen Dios, debes tener alguna idea. Te has aterrorizado tú, y ahora me estás asustando a mí.

—He tratado de llegar a ellos, pero siempre hay alguien que me lo impide. Siempre llego demasiado tarde. Se introducen entre la muchedumbre y desaparecen. La muchedumbre parece ofrecer protección a algunos de sus miembros. Me ven venir.

—Parece como si se tratase de algún grupo secreto.

—Tienen una cosa en común: siempre aparecen juntos. En un fuego o explosión o en los linderos de una guerra, en cualquier demostración pública de esa cosa llamada muerte. Buitres, hienas o santos, no sé lo que son; simplemente no lo sé. Pero voy a ir a la policía con esto, esta tarde. Ya dura demasiado tiempo. Uno de ellos movió el cuerpo de esa mujer antes. No deberían haberla tocado. Eso la mató.

Colocó los recortes en un maletín. Morgan se puso en pie y tomó su chaqueta. Spallner cerró el maletín.

—Oh, acaba de ocurrírseme…

—¿Qué?

—Quizá la *quisieran* muerta.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe? ¿Vienes conmigo?

—Lo siento, es demasiado tarde. Te veré mañana. Suerte —salieron juntos—. Da mis saludos a los polizontes. ¿Piensas que te creerán?

—Oh, sí que me creerán. Buenas noches.

Spallner condujo lentamente hacia el centro.

—Quiero llegar allí —se dijo a sí mismo—, vivo.

No obstante, no se sorprendió demasiado cuando el camión salió de un callejón, directo hacia él. Se estaba felicitando por su agudo sentido de la observación y pensando en lo que diría en el departamento de policía, cuando el camión hizo impacto contra su coche. Lo más molesto del asunto era que en realidad no era su coche. Se sintió preocupado mientras era lanzado de aquí a allá, pensando: Qué vergüenza, Morgan me ha dejado su otro coche durante unos días hasta que el mío esté arreglado, y hete aquí que vuelvo a las andadas. El parabrisas golpeó su rostro. Fue echado hacia delante y atrás por varios tirones fulminantes. Luego se detuvo todo movimiento y cesó todo ruido y sólo quedó el dolor.

Oyó sus pasos corriendo y corriendo y corriendo. Trasteó la puerta del coche. Hizo clic. Cayó atontado sobre el pavimento y quedó yacente, con la oreja aplastada contra el asfalto, escuchándoles llegar. Era como una gran tormenta con muchas gotas, gruesas, medianas y pequeñas, cayendo a tierra. Esperó unos segundos y oyó cómo se acercaban y llegaban. Luego, débil, expectantemente, movió su cabeza hacia arriba y miró.

La muchedumbre estaba allí.

Podía oler sus respiraciones, la mixtura de olores de mucha gente sorbiendo y sorbiendo el aire que un hombre necesita para vivir. Se acumularon y empujaron y sorbieron y sorbieron todo el aire de alrededor de su rostro jadeante, hasta que trató de decirles que se echasen atrás, que estaban creando un vacío a su alrededor. Le sangraba la cabeza de mala manera. Trató de moverse y se dio cuenta de que algo iba mal con su columna vertebral. No había notado demasiado el impacto, pero su columna estaba dañada. No se atrevía a moverse.

No podía hablar. Abrió la boca, pero no salió de ella más que un jadeo.

Alguien dijo:

—Échenme una mano. Le daremos la vuelta para ponerlo en una postura más confortable.

El cerebro de Spallner estalló.

—¡No! ¡No me muevan!

—Lo moveremos —dijo la voz, sin darle importancia.

—¡Idiotas, van a matarme, no lo hagan!

Pero no podía decir nada de esto en voz alta. Sólo musitarlo.

Las manos lo aferraron. Empezaron a alzarlo. Gritó y la náusea le hizo ahogarse. Lo estiraron dejándolo en una rigidez agónica. Lo hicieron dos hombres. Uno de ellos era delgado, pálido, alerta, un hombre joven. El otro era muy viejo y tenía el labio superior arrugado. Había visto sus rostros ya antes.

Una voz familiar preguntó:

—¿Está… está muerto?

Otra voz, una voz memorable, respondió:

—No. Aún no. Pero lo estará antes de que llegue la ambulancia.

Era todo un plan loco y estúpido. Como cada accidente. Gimoteó histéricamente ante el sólido muro de rostros. Estaban rodeándolo completamente, aquellos jueces y jurados cuyos rostros había visto antes. Entre su dolor, contó los rostros.

El muchacho pecoso. El viejo del labio superior arrugado.

La mujer pelirroja, de mejillas demasiado coloreadas. Una vieja con un lunar en su barbilla.

—Sé para que están aquí —musitó—. Están aquí como están en todos los accidentes. Para asegurarse que los que han de morir mueren y los que han de vivir vivan. Por eso es por lo que me alzaron. Sabían que eso me mataría. Sabían que sobreviviría si me dejaban tranquilo. Y así ha sido desde que se iniciaron los tiempos, cuando se reúnen muchedumbres. De esta forma, asesinan con más facilidad. Su coartada es muy simple: no sabían que era peligroso mover a un hombre herido. No querían hacerle daño.

Los miró, encima de él, y se sintió curioso como un hombre bajo aguas profundas cuando mira a la gente de encima de un puente.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen y cómo llegan tan pronto? Son ustedes la muchedumbre que siempre está interfiriendo, usando el buen aire que necesitan los pulmones de un hombre agonizante, usando el espacio que debería utilizar para yacer, solo. Aplastándolo para estar seguros de que muere. Eso son ustedes. Los conozco a *todos*.

Era como un monólogo. Ellos no decían nada. Rostros. El viejo. La pelirroja.

Alguien recogió su maletín.

—¿De quién es esto? —preguntaron.

—¡Es mío! ¡Son pruebas en contra de todos ustedes!

Ojos, mirándole. Ojos brillantes bajo cabellos desgreñados o bajo sombreros.

Rostros.

En alguna parte… una sirena. Llegaba la ambulancia.

Pero, mirando a los rostros, a la expresión, el moldeado, la forma de los rostros, Spallner supo que era demasiado tarde. Lo leyó en sus rostros. *Lo sabían*.

Trató de hablar. Logró decir algo:

—Pa… parece que me… uniré a ustedes… Cre… creo que seré miembro de su… grupo… ahora.

Entonces cerró los ojos, y esperó al forense.



ÉL

H. P. LOVECRAFT

¿Vivimos realmente en un mundo que es la lógica consecuencia de las eras que nos han precedido? ¿Es esta época rugiente, estrepitosa y polucionada la normal descendencia de la lenta y ordenada progresión de los siglos? ¿O se ha producido un crecimiento anormal? Así lo creía H. P. Lovecraft. Y, aunque vivía en nuestros tiempos, le agradaba pensar en sí mismo como alguien cuyo corazón pertenecía al pasado. Este relato nos cuenta el por qué.

Lo vi en una noche insomne, cuando caminaba desesperadamente para salvar mi alma y mi visión. El venir a Nueva York había sido un error; pues donde había buscado asombro e inspiración, en los concurridos laberintos de las antiguas calles que zigzaguean sin fin desde patios, plazas y muelles olvidados hasta otros patios, plazas y muelles igualmente olvidados, y en las ciclópeas torres modernas y espiras que se alzan oscuramente babilónicas bajo lunas menguantes, tan sólo había hallado una sensación de horror y opresión que amenazaba con dominarme, paralizarme y aniquilarme. La desilusión había sido gradual. Al llegar por primera vez a la ciudad, la había visto en el atardecer desde un puente, majestuosa sobre las aguas, con sus increíbles picos y pirámides alzándose como flores, delicadamente, desde estanques de niebla violeta, para jugar con las llameantes nubes doradas y las primeras estrellas de la noche. Luego, se había iluminado, ventana a ventana, por encima de las destelleantes olas en las que cabeceaban y se deslizaban las linternas, mientras las graves sirenas mugían extrañas armonías, y la ciudad misma se había convertido en un estrellado firmamento de ensueño, con la fragancia de la música de las hadas, con las maravillas de Carcasona y Samarkanda y El Dorado y todas las ciudades gloriosas y míticas. Poco después fui llevado a través de aquellos antiguos caminos tan caros a mi fantasía: callejones estrechos y sinuosos, y pasadizos en los que hileras de ladrillos rojos de Georgia parpadeaban con pequeñas buhardas sobre puertas columnadas, que habían contemplado relucientes berlinas y carruajes artesanados, y, con la primera euforia de la realización de aquellas cosas largo tiempo deseadas, pensé que al fin había conseguido unos tesoros que con el tiempo me convertirían en poeta.

Pero el éxito y la felicidad no iban a ser míos. La deslumbradora luz del sol me mostró sólo escualidez y extrañeza, y la nociva elefantiasis de la piedra que trepa y se extiende, allá donde la luna había sugerido belleza y magia antigua; y las masas de gente que hormigueaban por las calles parecidas a cañadas estaban compuesta por macizos y atezados extraños de rostros endurecidos y ojos pequeños, astutos extraños sin sueños y sin parentesco con los escenarios de su alrededor, que nunca podían significar

nada para un hombre de ojos azules de la antigua raza, que llevaba el amor de los bellos campos verdes y de los blancos campanarios de los pueblos de la Nueva Inglaterra en su corazón.

Así que, en lugar de los poemas en que había confiado, únicamente sentí un estremecedor vacío y una inefable soledad; y al fin comprendí una terrible verdad que nadie se había atrevido a susurrar antes: el inmencionable secreto de los secretos, el hecho de que esta ciudad de piedra y estridor no es una perpetuación sensible del Viejo Nueva York, como Londres lo es del Viejo Londres y París del Viejo París, sino que en realidad está muerta, con su yacente cuerpo imperfectamente embalsamado e infestado de extrañas cosas animadas que no tienen nada que ver con lo que fue cuando estuvo en vida. Al realizar este descubrimiento, cesé de dormir apaciblemente; aunque algo de la tranquila resignación volvió a mí cuando gradualmente adquirí el hábito de permanecer alejado de las calles durante el día, aventurándome únicamente en ellas por la noche, cuando la oscuridad hace surgir lo poco del pasado que, cual un fantasma aún permanece, y los viejos portales blancos recuerdan las fornidas figuras que en otro tiempo pasaron por ellos. Gracias a esta especie de paliativo, hasta llegué a escribir unos pocos poemas, y aun logré contener mis deseos de regresar a casa, con mi gente, para que no pareciese que volvía arrastrándome, miserablemente derrotado.

Entonces, durante el paseo de una noche insomne, me encontré con el hombre. Estaba en un grotesco patio oculto del barrio de Greenwich, pues en mi ignorancia era allí donde me había afincado, habiendo oído que el lugar era el hogar natural de los poetas y artistas. Ciertamente, las calles y casas arcaicas me habían encantado, así como los inesperados retazos de plaza y patio, y cuando descubrí que tales poetas y artistas no eran sino pretenciosos charlatanes cuyas rarezas son oropeles y cuyas vidas son una negación de toda aquella pura belleza que es la poesía y el arte, seguí allí por amor hacia aquellas cosas venerables. Me las imaginaba como fueron en su momento de esplendor, cuando Greenwich era un plácido pueblecito aún no absorbido por la ciudad; y en las horas previas a la madrugada, cuando todos los trasnochadores se habían esfumado, yo acostumbraba a vagar solitario por sus crípticas revueltas, elucubrando sobre los extraños arcanos que incontables generaciones debían de haber depositado allí. Esto mantenía viva mi alma, y me ofrecía algunos de aquellos sueños y visiones por los que sollozaba el poeta que tenía muy dentro de mí.

El hombre se acercó a mí hacia las dos de una nublada noche, mientras estaba caminando por una serie de patios separados que no eran accesibles

sino a través de los oscuros corredores de los edificios intermedios, pero que antes formaban una red continua de pintorescos callejones. Había oído hablar de ellos en ciertos rumores y me di cuenta de que no debían de estar en ningún mapa actual; pero el hecho de que estuvieran olvidados sólo logró acrecentar mi interés por ellos, y los había buscado con el doble de mi habitual ahínco. Ahora que los había hallado, mi interés se redoblaba de nuevo; pues algo en su disposición indicaba vagamente que pudieran formar parte de un gran conjunto, y que otros similares, oscuros y enmudecidos, estuviesen atrapados entre altas paredes lisas y alojamientos traseros abandonados, o acechando, desprovistos de faroles, tras arcos, no traicionados por las hordas de habla extranjera, o guardados por fugitivos artistas cuyas actuaciones están reñidas con la publicidad o la luz del día.

Me habló sin previa presentación, notando mi estado de ánimo y mi curiosidad, mientras estudiaba ciertas puertas con aldabones sobre escaleras con barandillas de hierro, mientras el pálido brillo de claraboyas con tracerías iluminaba débilmente mi rostro. Su propia faz estaba en sombras, y llevaba un sombrero de ala ancha que, de alguna forma, se combinaba perfectamente con la anticuada capa que lo envolvía; pero yo ya estaba sutilmente inquieto antes de que se dirigiese a mí. Su figura era muy frágil, delgada hasta casi ser esquelética; y su voz resultó ser extraordinariamente suave y hueca, aunque no particularmente profunda. Habíase, dijo, fijado en mis paseos en varias ocasiones; e infería que me asemejaba a él en el amor a los vestigios de tiempos pasados. ¿No me gustaría contar con la guía de alguien muy habituado a tales exploraciones, y en posesión de una información local obviamente mucho más profunda que la que hubiera podido obtener cualquier recién llegado?

Mientras hablaba, pude dar una ojeada a su rostro a la amarilla luz de la solitaria ventana de un ático. Era un semblante noble, anciano, casi hermoso; y tenía las señales de un linaje y refinamiento poco usuales en aquel tiempo y lugar. Y sin embargo, algo en él me perturbaba casi tanto como me complacían sus facciones; quizá fuera demasiado blanco, o demasiado desprovisto de expresión, o demasiado acorde con la localidad, para que me sintiese tranquilo. A pesar de todo, lo seguí; pues en aquellos lúgubres días mi búsqueda de las bellezas y misterios de la antigüedad era lo único que mantenía viva mi alma, y consideré un valioso favor del Destino el hallarme con alguien cuyas búsquedas, similares a las mías, parecían haber profundizado mucho más.

Algo en la noche constreñía al hombre de la capa a guardar silencio, y durante una larga hora me guió sin palabras innecesarias, haciendo sólo los comentarios más breves posibles acerca de antiguos nombres, fechas y cambios, y dirigiendo mi camino principalmente mediante gestos, mientras nos apretujábamos por intersticios, caminábamos de puntillas por corredores, escalábamos paredes de ladrillo… En una ocasión incluso tuvimos que avanzar a gatas por un pasadizo de piedra en arco, cuya inmensa longitud y tortuosas revueltas borraron por fin cualquier noción de localización geográfica que había logrado preservar. Las cosas que vimos eran muy antiguas y maravillosas, o al menos así parecían bajo los tenues rayos de luz que las iluminaban, y nunca olvidaré las tambaleantes columnas jónicas, los pilares estriados y los postes de hierro, rematados por urnas, de las verjas, y las deslumbrantes ventanas con dintel y decoraciones en abanico que parecían hacerse más fantásticas y extrañas a medida que avanzábamos por aquel laberinto inacabable de desconocida antigüedad.

No encontramos a nadie, y a medida que pasaba el tiempo las ventanas iluminadas se hacían cada vez más raras. Las farolas que habíamos encontrado al principio eran de aceite, y con antigua forma de losange. Luego me di cuenta de que algunas eran de velas; y al fin, tras atravesar un horrible patio sin iluminación por el que mi guía tuvo que conducirme asido de su mano enguantada, a través de la total oscuridad, hasta una estrecha puerta de madera situada en una alta pared, llegamos a un fragmento de callejón iluminado, increíblemente, sólo por linternas frente a cada séptima casa. Linternas de la época colonial, de latón, con tapas cónicas y agujeros perforados en los costados. Este callejón subía en abrupta pendiente; mucho más abrupta de lo que me hubiera imaginado en aquella parte de Nueva York, y el extremo superior estaba totalmente cerrado por la pared, recubierta de hiedra, de una mansión privada, tras la cual podía ver una pálida cúpula y las copas de los árboles agitándose contra una vaga claridad en el cielo. En esta pared había un pequeño arco con una puerta de madera de cedro negro claveteado, que el hombre abrió con una enorme llave. Me guió, en la total oscuridad, por lo que parecía ser un sendero de grava, y finalmente subimos unos escalones de piedra hasta la puerta de una casa, que abrió dejándome entrar. Nos introducimos y, al hacerlo, me sentí asaltado por un súbito mareo debido a un hedor de infinito enmohecimiento que salió a recibirnos, y que debía de ser el fruto de incontables siglos de deterioro. Mi anfitrión no pareció darse cuenta de ello, y por cortesía yo permanecí callado; lo seguí por una escalera en espiral, a través de una sala, y finalmente, al interior de una

habitación cuya puerta le oí cerrar detrás de nosotros. Entonces corrió las cortina de tres ventanas con celosías, que apenas si se recortaban contra el cielo que se iba iluminando; seguidamente se dirigió hacia la repisa de la chimenea, golpeó un pedernal, encendió dos velas de un candelabro de doce brazos, e hizo un gesto que invitaba a una queda conversación.

Bajo aquella débil iluminación vi que estábamos en una espaciosa, bien provista y artesonada biblioteca que databa del primer cuarto del siglo XVIII, con espléndidas cornisas en las puertas, una deliciosa cornisa dórica y un adorno sobre la chimenea magníficamente tallado. Sobre las repletas estanterías, a intervalos a lo largo de las paredes, había varios retratos familiares, deslustrados hasta adquirir una enigmática lobreguez, que mostraban un inequívoco parecido con el hombre que ahora me indicaba un sillón junto a una grácil mesa chippendale. Antes de sentarse, al otro lado de la mesa, mi anfitrión hizo una pausa, como turbado; luego, quitándose lentamente los guantes, el sombrero de ala ancha y la capa, dejó al descubierto su completo atavío de la época georgiana, desde la peluca con tirabuzón y gola hasta los calzones cortos, medias de seda y zapatos de hebilla, en los que no me había fijado previamente. Entonces, hundiéndose lentamente en un sillón con respaldo en forma de lira, comenzó a mirarme fijamente.

Sin su sombrero, adquirió un aspecto de extrema ancianidad, que apenas si resultaba visible antes, y me pregunté si este aspecto no percibido de singular longevidad no habría sido una de las fuentes de mi inquietud primera. Cuando al fin habló, su voz suave, hueca y cuidadosamente contenida, temblaba con frecuencia; y de vez en cuando tenía grandes dificultades para entenderlo, mientras lo escuchaba con un estremecimiento de incredulidad y una alarma medio consciente que crecía a cada instante.

—Contempla usted, caballero —comenzó mi anfitrión—, a un hombre de hábitos muy excéntricos, por cuyo atuendo no es necesario ofrecer apologías a una persona de su sagacidad e inclinaciones. Reflexionando sobre mejores tiempos, no he sentido escrúpulo alguno en investigar sus costumbres y adoptar sus usos y forma de vestir; una indulgencia que no ofende a nadie si es practicada sin ostentación. A mi buena fortuna debo el haber conservado el predio rural de mis antepasados, a pesar de que fue tragado por dos ciudades, primero Greenwich, que lo rebasó después de 1800, y luego Nueva York, que llegó aquí hacia 1830. Había muchas razones para que este lugar siguiera perteneciendo a mi familia, y yo no he omitido cumplir con tales obligaciones. El gentilhombre que heredó la propiedad en 1768 estudió ciertas

artes y llevó a cabo ciertos descubrimientos, todos ellos referentes a influencias que residían en este terreno en particular y que merecían la más cuidadosa de las guardias. Me propongo ahora mostrarle algunos curiosos efectos de esas artes y descubrimientos, bajo el más absoluto de los secretos; y creo que puedo fiarme lo bastante de mi capacidad para juzgar a los hombres a simple vista como para no desconfiar ni de su interés ni de su fidelidad.

Hizo una pausa, pero yo sólo pude asentir con la cabeza. Ya he dicho que estaba alarmado, y no obstante, no había nada más mortífero para mi alma que el materialista mundo diurno de Nueva York, y, se tratase aquel hombre de un inofensivo excéntrico o de un practicante de peligrosas artes, no tenía otra elección que seguirlo y apaciguar mi ansia de lo maravilloso en aquello que tuviera para ofrecer. Así que le escuché.

—Mi… antepasado —continuó suavemente—, pensaba que en la voluntad humana residían algunas cualidades muy peculiares; cualidades que tenían un dominio insospechado, no solamente sobre los actos de uno mismo y de los demás, sino sobre cada variedad de fuerzas y sustancias de la Naturaleza, y sobre muchos elementos y dimensiones considerados más universales que la misma Naturaleza. Me atrevería a decir que se mofaba de la santidad de cosas tan excelsas como el espacio y el tiempo, y de que dio extraños usos a los ritos de ciertos pieles rojas mestizos que en otro tiempo acamparon sobre esta colina… Esos indios mostraron su cólera cuando la casa fue edificada, e insistieron tercamente en solicitar poder visitar el terreno durante el plenilunio. A lo largo de los años, saltaban la tapia cada mes, cuando les era posible, y furtivamente llevaban a cabo ciertos actos. Luego, en 1868, el nuevo gentilhombre los sorprendió en plena realización de los mismos, pero no dijo nada de lo que vio. Más tarde, tuvo tratos con ellos y les concedió libre acceso a su terreno a cambio del conocimiento exacto de lo que hacían, a cambio de la sabiduría que sus abuelos obtuvieron, en parte a través de las costumbres de sus antepasados piel roja y en parte de un viejo holandés, en los tiempos de la primitiva colonia. Y, apestado sea, me temo que el gentilhombre les sirviese un ron monstruosamente malo, intencionadamente o no, pues una semana más tarde de enterarse del secreto era el único hombre vivo que lo conocía. Usted, caballero, va a ser el primer extraño al que se le cuente que hay un secreto, y voto a bríos que nunca hubiera corrido el riesgo de entrometerme tanto en… los poderes, si vos no hubierais mostrado tal aprecio por las cosas pasadas.

Me estremecí mientras el hombre se tornaba locuaz, con unos manierismos que eran de otro tiempo. Prosiguió:

—Pero debéis saber, caballero, que lo que el gentilhombre obtuvo de aquellos salvajes mestizos no fue sino una pequeña parte de la sabiduría que llegó a poseer. No por nada había estudiado en Oxford, y no había malgastado el tiempo que había pasado hablando con un antiguo alquimista y astrólogo en París. Resumiendo, llegó al convencimiento de que todo el mundo no es sino el humo de nuestros intelectos… Fuera del alcance de la voluntad del vulgo, pero que puede ser sorbido y expulsado por los sabios como cualquier nube de buen tabaco de Virginia. Aquello que queremos, lo podemos crear a nuestro alrededor; y aquello que no deseamos, lo podemos hacer desaparecer. No diré que esto sea totalmente cierto, pero lo es lo bastante como para poder ofrecer un excelente espectáculo de tiempo en tiempo. Usted, creo, se sentiría dichoso ante una mejor visión de ciertos años pasados, superior a la que le permite su imaginación; así que hágame la cortesía de contener el pavor ante lo que pienso mostrarle. Venga a la ventana y permanezca en silencio.

Entonces, mi anfitrión me tomó de la mano para llevarme a una de las dos ventanas de la parte más larga de la habitación maloliente y, al primer toque de sus dedos sin guantes, me quedé helado. Su carne, aunque dura y firmé, tenía el tacto del hielo; y casi me desasí de su apretón. Pero de nuevo pensé en la vacuidad y horror de la realidad, y temerariamente me preparé a seguirlo a dondequiera que me llevara. Una vez en la ventana, el hombre apartó las cortinas de seda amarilla y dirigió mi mirada a la oscuridad exterior. Por un momento no vi sino una miríada de pequeñas luces danzantes, lejos, muy lejos… Luego, como en respuesta a un solapado movimiento de la mano de mi anfitrión, un destello de luz y calor recorrió la escena, y vi un mar de lujuriante follaje; follaje no polucionado, y no el mar de tejados que hubiera esperado cualquier mente normal. A mi derecha, el Hudson destellaba malévolamente y enfrente, a lo lejos, vi el poco saludable resplandor de una gran ciénaga salobre constelada de nerviosas luciérnagas. El resplandor murió y una diabólica sonrisa iluminó el cerúleo rostro del anciano nigromante.

—Eso fue antes de mis tiempos… antes de los tiempos del nuevo gentilhombre. Le ruego me permita intentarlo otra vez.

Me sentía débil, mucho más incluso de lo que me hacía sentir la odiosa modernidad de aquella maldita ciudad.

—¡Buen Dios! —susurré—. ¿Puede hacer eso con *cualquier tiempo*?

Y, mientras asentía, y desnudaba las ennegrecidas raíces de lo que en otro tiempo fueron colmillos amarillentos, me así a las cortinas para evitar

desplomarme. Pero él me sujetó con aquella terrible garra helada, y una vez más hizo el solapado gesto.

De nuevo destelló el relámpago, pero esta vez sobre una escena no totalmente extraña. Era Greenwich, el Greenwich que otrora fue, en el que aquí y allá se veían un techo o una hilera de casas tal cual son ahora, y no obstante con bellos paseos verdes y campos y parcelas de pastos comunales. La ciénaga aún brillaba más allá, pero en la lejanía veía los campanarios de lo que en aquel entonces era Nueva York: Trinidad y San Pablo y la Iglesia de Ladrillo que dominaba a sus hermanas, y una tenue humareda de madera ardiendo que flotaba sobre el conjunto. Respiré profundamente, pero no tanto a causa de la visión misma como ante las posibilidades que mi imaginación conjuró aterrorizada.

—¿Puede… se atreve… a ir *lejos*? —Hablé con espanto, y creo que lo compartió durante un segundo, pero la diabólica sonrisa volvió.

—¿*Lejos*? ¡Lo que yo he visto le convertiría a usted en una enloquecida estatua de piedra! ¡Hacia atrás, hacia atrás… Hacia adelante, *hacia adelante*… Mire, niñato!

Mientras mascullaba la frase entre dientes hizo un nuevo gesto, haciendo aparecer en el firmamento un relámpago más cegador que cualquiera de los anteriores. Durante más de tres segundos pude contemplar aquella visión pandemónica, y en aquellos segundos vi una escena que siempre me atormentará en sueños. Vi los cielos infestados de extrañas cosas voladoras, y bajo ellas una infernal ciudad negra de gigantescas terrazas de piedra con impías pirámides lanzadas salvajemente hacia la luna, y luces demoníacas ardiendo en innumerables ventanas. Y hormigueando repugnantemente por las galerías aéreas vi a las gentes amarilla y de ojos oblicuos de la ciudad, horriblemente ataviados de rojo y naranja, y danzando locamente al tamborileo de enfebrecidos timbales, al repiqueteo de obscenos crótalos, y bajo el maníaco mugir de apagados cuernos cuyos incesantes cantos fúnebres se alzaban y caían ondulantemente como las olas de un sacrílego océano de bitumen.

Contemplé la visión, digo, y escuché como con el oído de la mente el blasfemo estrépito de cacofonía que la acompañaba. Era la ululante culminación de todo el horror que en aquella ciudad-cadáver había estremecido alguna vez mi alma, y olvidando cualquier intimación de silencio, aullé y aullé y aullé cuando mis nervios cedieron y las paredes giraron a mi alrededor.

Entonces cuando se apagó el relámpago, vi que mi anfitrión también temblaba; una mueca de alucinante horror medio borraba de su rostro la reptilesca expresión de ira que mis alaridos habían causado. Se tambaleó, se aferró a las cortinas tal como yo había hecho antes, y agitó locamente su cabeza, como un animal acorralado. Y Dios sabe que tenía motivo, pues cuando se fueron apagando los ecos de mis gritos, se oyó otro sonido tan diabólicamente sugestivo que sólo mi estado de anonadamiento me mantuvo cuerdo y consciente. Era el continuo y furtivo crujir de las escaleras al otro lado de la puerta cerrada, como si subiese por ella una horda de pies descalzos o enfundados en piel; y luego el decidido tabletear del pasador de bronce que brillaba a la débil luz de las velas. El viejo extendió sus garras y me escupió a través del pútrido aire, y ladró cosas en el interior de su garganta mientras oscilaba con la cortina amarilla a la que se aferraba.

—¡La luna llena… Maldito sea… mal… dito perro ladrador… Les llamó, y vienen a por mí! Pies con mocasines… hombres muertos… ¡El diablo os lleve, diablos rojos, os aseguro que no envenené aquel ron…! ¿Acaso no he conservado el secreto de vuestra endemoniada magia…? Os embriagasteis hasta caer muertos, malditos seáis, y no obstante le echáis las culpas al gentilhombre… ¡Dejadlo ya! Soltad ese pasador… Nada tenéis que hacer aquí…

En aquel punto tres golpes lentos y muy deliberados agitaron los paneles de la puerta, y una espuma blanca se formó en la boca del frenético mago. Su terror, transformándose en férrea desesperación, hizo recrudecerse su ira contra mí, y dio un paso tambaleante hacia la mesa en cuyo borde yo me apoyaba. Las cortinas, que aún aferraba con su mano derecha mientras con la izquierda formaba una garra con que atraparme, se pusieron tensas y finalmente cayeron de sus altos soportes, dejando paso a una inundación de la luz de la luna llena que había presagiado el resplandor del cielo. Bajo aquellos rayos verdosos palidecieron las velas, y una nueva sensación de decrepitud se extendió sobre la hedionda habitación, sobre su carcomida madera, su combado suelo, su maltrecha repisa sobre la chimenea, su destartalado mobiliario y andrajosos cortinajes. Se extendió también sobre el viejo, y ya fuera a causa de ello o debido a su miedo y vehemencia, vi cómo se marchitaba y ennegrecía mientras se acercaba a mí tratando de alcanzarme con sus encorvadas garras. Tan sólo sus ojos seguían intactos, y brillaban con una incandescencia dilatada e impulsiva que aumentaba mientras el rostro, a su alrededor, se carbonizaba y consumía.

La llamada en la puerta fue repetida con mayor insistencia, y esta vez tenía un sonido metálico. La cosa negruzca que se me enfrentaba no era ya más que una cabeza con ojos, que trataba impotentemente de reptar sobre el suelo que se hundía, y que emitía ocasionalmente débiles esputos de maldad imperecedera. Entonces, rápidos y astillantes golpes estremecieron los envejecidos paneles, y vi el brillo de un tomahawk que hendía la lacerada madera. No me moví, porque no podía; pero contemplé ofuscado como la puerta caía hecha pedazos para dejar paso al flujo informe de una sustancia parecida a la tinta, tachonada de brillantes y malévolos ojos. Fluía espesa, como una oleada de aceite que hubiese hecho reventar un tanque podrido, hizo caer una silla mientras se extendía, y finalmente corrió bajo la mesa y a través de la sala, hasta donde estaba la cabeza ennegrecida, cuyos ojos aún me miraban con ira. Se cerró sobre la cabeza, tragándola completamente, y al cabo de un momento comenzó a retroceder; llevándose su carga invisible sin tocarme, y fluyendo de nuevo por aquella puerta negra, escaleras abajo, haciendo crujir los escalones como antes, aunque al revés.

Entonces, se hundió por fin el suelo, y caí jadeando a la oscura cámara de abajo, casi ahogándome en telas de araña y medio loco de terror. La luna verde, que brillaba a través de rotas ventanas, me mostró que la puerta estaba semiabierta; y, mientras me alzaba del suelo cubierto de yeso, y me libraba de los restos del techo, vi cómo la atravesaba un repugnante torrente de oscuridad, con puñados de funestos ojos brillando en él. Buscaba la puerta del sótano, y cuando la encontró, se desvaneció por ella. Entonces noté como el suelo de la habitación de abajo se hundía tal como lo había hecho el de la de arriba, y un estrépito en lo alto fue seguido por el desplomarse, a través de la ventana oeste, de algo que debía de haber sido la cúpula. Liberado momentáneamente de los cascotes, corrí hacia la puerta delantera y, siéndome imposible abrirla, tomé una silla y rompí una ventana, saltando como un demente al descuidado jardín en el que la luz de la luna danzaba sobre hierbas y arbustos. La tapia era alta, y todas las puertas estaban cerradas; pero llevando un montón de cajas a un rincón logré alcanzar la parte alta y asirme a la gran urna de piedra que allí había.

Exhausto, sólo podía ver a mi alrededor extrañas paredes y ventanas y viejos techos a la holandesa. No se distinguía por parte alguna la empinada calle por la que habíamos llegado, y lo poco que veía desapareció rápidamente bajo una niebla que subía del río, a pesar de la brillante luz de la luna. De pronto, la urna a la que me aferraba comenzó a temblar, como si

compartiese mi mareo; y al cabo de un instante mi cuerpo cayó, desplomándose hacia no sé que destino.

El hombre que me encontró dijo que debí arrastrarme largo trecho a pesar de mis huesos rotos, pues un rastro de sangre se extendía tan lejos como se atrevió a mirar. La lluvia pronto borró ese nexo con el escenario de mi desventura, y los informes no pudieron decir más que había aparecido, procedente de un lugar ignoto, en la entrada de un pequeño patio ciego, junto a la calle Perry.

Nunca pensé en regresar a aquellos tenebrosos laberintos, ni enviaría allí a un hombre cuerdo, aunque pudiera. Quién o qué era aquel anciano ser, es algo de lo que no tengo ni idea, pero repito que la ciudad está muerta y repleta de horrores insospechados. No sé a dónde fue, pero yo he regresado a casa, a las puras praderas de Nueva Inglaterra sobre las que soplan fragantes vientos marinos al atardecer.


¡BANG!



¡BANG!

Revista de los tebeos españoles.

Publicación especializada en el estudio y la difusión de la historieta. En sus páginas hallará análisis estéticos, estudios sociológicos, la historia de los comics, documentación y bibliografía, ediciones cuidadas de los mejores comics españoles e internacionales y, en general, todo lo que se refiere a las formas de expresión gráficas y afines.

Para información y solicitudes de condiciones de suscripción, escribir a:

¡BANG!

Apartado Correos 9331
Barcelona — ESPAÑA



EL EXTRAÑO CASO DE LEMUEL JENKINS

PHILIP M. FISHER

La densidad de la población y la complejidad de la vida están obligando, cada vez más, a que el individuo se adapte a la norma. La tendencia a ser absorbidos por la multitud, a moverse siguiendo la corriente, a permitir que nuestras emociones y ambiciones sean dictadas por la muchedumbre que se agita y mueve a nuestro alrededor, se hace cada día más difícil de resistir. En este relato nos encontramos con un hombre que trató de seguir sus teorías hasta el límite… y se encontró con algo que no se esperaba.

Estábamos en pleno paseo matutino por el campus cuando de pronto, sin ninguna razón aparente, Burns se detuvo en seco. Permaneció un momento rígido, alerta, como un perro perdiguero a la muestra. Luego, alzó el bastón y señaló.

—¿Ves a ese tipo en aquel banco, P. M? —preguntó.

Miré donde indicaba, y sonreí.

—Si te refieres a ese desamparado y desteñido despojo que algún guarda descuidado ha dejado sobre los maderos verdes… pues sí —le respondí.

—Bueno —prosiguió—, ese despojo, como tú lo llamas, es un hombre tan brillante como lo puedes ser tú… y además muy extraño. Es Lemuel Jenkins.

Burns susurró este último dato como si esperase que tal revelación me llenara de asombro.

—Ah… Lemuel Jenkins —repetí secamente. Y, no obstante contemplé con cierta curiosidad al angustiado individuo del que hablaba, pues ya conocía la propensión de mi amigo a entablar extrañas amistades. Y, no pude evitar añadir, para sonsacarle la historia que imaginaba—: Realmente ése es un nombre bastante extraordinario: Lemuel Jenkins. Al menos debe de ser un magnate ruso del platino. O alguna otra de las personas experimentadas que tanto te gusta…

—¡Alto! —susurró con fiereza mi amigo. Luego, me tomó del brazo—. Ven y te presentaré al hombre. Fíjate en la forma en que me saluda. Observa cuidadosamente cada detalle. Le hablaré un rato para que puedas hacerlo. Luego, lo dejaremos en su banco y te diré algo… algo más.

Me alcé de hombros, pues nunca me agrada mostrar un interés demasiado repentino por las aventuras de Burns. En cierta ocasión lo hice, y en diez minutos había farfullado un extraordinario relato con fondo metafísico, que, debidamente narrado, debiera haberme mantenido en tensión durante una hora. Si había algo interesante en aquel fláccido y desmadejado espantapájaros que se acurrucaba frente a nosotros, reflexioné, lo mejor era dejar que me lo contase lentamente y con fruición.

—Fíjate en todo lo que haga —me previno Burns una vez más, mientras pisaba la arena del sendero—… Su forma de actuar… Todo.

Al sonido de nuestros pasos, un estremecimiento sacudió al extraño. Luego, lentamente, aún recogido sobre sí mismo como un conejo asustado, giró su cabeza, y sus ojos se cruzaron con los míos.

¡Aquellos ojos! ¿Podré alguna vez olvidar la mirada de extrema súplica, el miedo embargante, la esperanza desesperada, que flotaba en aquellos brillantes y profundos ojos? La esperanza desesperada… y luego, mientras mis propios ojos seguían fijos en los suyos, ya que en realidad no podía apartar la vista, el repentino terror que sumergió esa esperanza, y ahogó cualquier luz de racionalidad que hubiera habido en los ojos del extraño. Noté como los dedos de Burns apretaban aún más fuerte mi brazo.

Luego, los entornados ojos pasaron temerosos a mi compañero, y entonces se produjo otra transformación. Pues se iluminaron en ese mismo instante; y el terror dejó paso a un alivio tan repentino como el que pueda destellar en los de un náufrago enloquecido por el mar cuando, por fin, divisa una vela. La luz brilló, ardió con una alegría que reconfortaba ver, y mi corazón latió de simpatía, aunque todavía no comprendía nada.

Lancé una mirada hacia mi compañero. ¿Acaso Burns no iba a hablar con aquel hombre? ¿Por qué contemplaba de aquella forma tan inexpresiva a aquel desgraciado… como si no estuviera frente a nosotros? Volví la vista hacia el extraño del banco, a tiempo para ver como la luz de sus ojos palidecía de nuevo bajo una lisa ola negra de renovada desesperación, de miedo, de esperanza perdida.

Así, en un momento, aún no sé por qué, me sentí en agonía por él, mientras la mirada de Burns se concentraba en los matorrales situados detrás del banco. Luego, repentinamente, Burns apretó de nuevo mi brazo, dio un respingo y adelantó enérgicamente la mano.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Vaya, si estás aquí, Jenkins! ¡El bueno de Lem Jenkins! No esperaba encontrarte aquí.

La marea de ansiosa alegría que barrió todo el temor del rostro del hombre, fue algo impresionante. Lemuel Jenkins se desenredó y saltó en pie como si las palabras de mi compañero hubieran accionado un resorte oculto. Aferró las manos de Burns entre las suyas y las estrechó con febril jovialidad.

—¡Oh! —jadeó—. Temía…

Burns se soltó una mano y la puso en el hombro del otro. Parecía casi ignorar las palabras del hombre.

—Me alegra que estés aquí —gritó. Luego, tomó mi brazo con un apretón más fuerte, que comprendí—. Mira —le dijo al hombre—, quiero que los dos, que sois buenos amigos míos, os conozcáis —nos presentó.

La mano que estreché se aferró a la mía durante un momento mucho más largo del que era necesario, y los ojos del hombre me miraron brillantes, en forma extraña, hasta que asentí con la cabeza y sonreí. Entonces, el señor Jenkins sonrió también, demasiado brillantemente, soltó mi mano, y aferró de nuevo la de Burns. Dirigiéndome una mirada, mi compañero inició una cháchara sin importancia en la que, al menos en la voz de Burns, creí discernir la velada intención de tranquilizar al extraño. Luego, extendió de nuevo su mano.

—Adiós, Lem —dijo, sonriendo muy peculiarmente. Después añadió—: Me ha encantado haberte visto.

Contemplaba al señor Jenkins mientras Burns decía esas últimas palabras. El hombre se sobresaltó de nuevo, y vi una vez más como un destello de dolor recorría sus ojos. Luego, su boca se apretó, puso rígidos los hombros, y contestó con énfasis:

—Sí, amigo mío, me alegra que me hayas visto.

Entonces yo murmuré algo así como que estaba encantado por nuestro encuentro, y nos fuimos. Al cabo de una docena de pasos, seguí la insinuación de Burns y miré hacia atrás. El hombre seguía aún en pie con sus ansiosos ojos clavados en nosotros. Burns me tocó con el codo de nuevo.

—¡Salúdalo con el brazo… Rápido! —casi me ordenó. Mientras lo hacía el rostro del hombre se iluminó de nuevo con aquella sonrisa de felicidad tan curiosa. Su brazo se agitó espasmódicamente en contestación… pero en seguida lo dejó caer cansino y se derrumbó de nuevo en el banco.

Continuamos nuestro paseo, yo profundamente ensimismado en mis pensamientos. Así que aquél era Lemuel Jenkins, ¿no? Bueno, y ¿quién era Lemuel Jenkins? ¿Por qué se acurrucaba zarrapastrosamente en un banco del campus a aquella hora tan temprana? ¿Por qué esa sombra suplicante en sus ojos, esa esperanza que tantas veces parecíamos haber destruido, esa mirada que uno ve tan a menudo en el perro perdido que busca a su dueño, o simplemente a un rostro amistoso? ¿Por qué aquella actitud del hombre hacia mí, una actitud que expresaba el temor de que yo rehusase fijarme en él, o estrechar su mano? ¿Por qué el dolor ante las últimas palabras de Burns… y el énfasis de la despedida de Jenkins cuando había repetido tras Burns: «Sí, amigo mío, *me* alegra que me hayas visto»? Me alcé de hombros… Era sólo otro de los extraños conocidos de Burns, decidí. Únicamente otro individuo varado que, en un momento u otro, había expuesto su historia a los siempre atentos oídos de mi amigo. Me pregunté cuál podía ser esa historia. Quizá otra… Un suspiro de mi compañero interrumpió mis pensamientos.

—Bueno —dijo, mientras yo me volvía inquisitivamente hacia él—, ése era Lemuel Jenkins.

Evidentemente, no deseaba respuesta, ni ésta era necesaria. Simplemente asentí y seguimos caminando.

—¿Lo contemplaste? —continuó Burns.

Asentí de nuevo en un silencio que no me comprometía a nada.

—Entonces, naturalmente, viste lo que quería que vieses —prosiguió mi amigo—. Viste los cambios mientras yo hacía una pausa frente a él como si dudase reconocerle o no. Viste…

Fue mi turno de interrumpir.

—¿Hiciste eso a propósito? —no pude evitar el gritar—. ¿Lo torturaste?

Burns me asió de nuevo por el brazo.

—Quería que creyeras lo que voy a contarte —declaró ansiosamente—. Quería que me creyeses. Y para creerme, tenías que ver… ver por ti mismo. Así que tuve al pobre Jenkins unos momentos en suspenso antes de dejarle saber que lo veía. Y actuó como yo sospechaba que lo haría… Y lo *viste*.

Apenas si podía contener mi impaciencia ante la forma casi despiadada con la que Burns recitaba su actuación.

—Pero, ¿y sus ojos? —grité—. La desesperación, la esperanza y luego el horrible terror cuando miraste más allá de él. No estuvo bien, amigo, tratarlo así; el ignorar una amistad tan antigua como dices…

Burns se giró hacia mí.

—¡Ignorarlo! —estalló, con su rostro repentinamente enrojecido y sus ojos chispeando irritados—. No iba a ignorar a Jenkins… Ni siquiera lo estaba ignorando en aquel momento. Somos demasiado viejos amigos para hacerle esto. Vaya, Jenkins no se sintió herido porque pensase que iba a ignorarlo, o porque creyese que no lo conocía en aquel momento. Jenkins sabe eso tan bien como yo. Jenkins…

—Entonces, ¿por qué se agitó así? —insistí—. ¿Qué es lo que lo mantuvo de aquella manera, en suspenso? Y, ¿por qué se mostró tan repentinamente alegre cuando por fin hablaste, si no fue porque al principio creyó que no ibas a fijarte en él, acurrucado en el banco?

Burns sonrió gravemente.

—Ahora ya estás llegando al punto adecuado, viejo amigo —dijo—. Jenkins no temía que no le reconociese… era imposible. Pero Jenkins *temía* que no me fijase en él.

Me alcé de hombros.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¿Diferencia, P. M.? —prosiguió fríamente Burns—. Bueno, te haré una pregunta: ¿Se fija uno en algo que no puede ver?

Me quedé mirándolo.

—¿Qué no puede ver? —repetí.

—Eso es lo que he dicho —asintió seriamente mi compañero—. Y Jenkins…

Le interrumpí con gran sarcasmo.

—Y Jenkins temía que no lo pudieses *ver*, ¿eh? No temía que no lo hicieras, sino que no pudieras. ¡Bah! Recuerda que ya he oído otros de tus relatos. Lo siguiente que vas a decirme es que Jenkins cree que estás loco, o ciego o algo así. O bien que… —me detuvo un momento antes de lanzar la culminación de mi ironía.

—Prosigue —ordenó gravemente Burns—. Sé lógico. Prosigue.

—O bien que Jenkins piensa que no puede ser visto. Que él mismo es… ¡oh, tonterías! Me estás tomando el pelo, amigo, y eso no me gusta; especialmente después de contemplar un verdadero dolor en los ojos de aquel tipo.

Burns dio media vuelta.

—Tomaremos este otro sendero que regresa a través del campus y te hablaré de ese individuo —indicó—. Ya viste como actuaba Jenkins… Eso, al menos, lo viste y tienes que creerlo. Ahora te explicaré el por qué. —Miró entre los eucaliptos hacia el reloj del campanario—. Tenemos mucho tiempo, y puedo explicarte la razón.

»Jenkins era, o podemos decir que es, un biólogo de esta universidad, muy cuerdo en su trabajo… como lo era, y aún lo es, en todo lo que hace. Casi demasiado cuerdo, y demasiado decidido a crearse un nombre en su profesión. Un hombre puede, ya lo sabes, ser así: demasiado cuerdo; demasiado cuerdamente confiado en sus creencias.

Burns hurgó con su bastón unas matas. Luego, se alzó de hombros y murmuró de nuevo:

—Sí, ese hombre es demasiado cuerdo. Demasiado lógico. Eso es lo que puso esa mirada en sus ojos, o al menos ayudó a ponerla.

Le interrumpí.

—¿Quieres decir que… tiene los nervios alterados por un exceso de trabajo?

Mi compañero negó con la cabeza.

—No… no es eso. Fue que, a causa de su lógica, extrajo la conclusión que lo ha convertido en lo que es. Mira, no sólo es demasiado lógicamente cuerdo,

tercamente formal cuando sigue la pista de una gran idea, sino que también es impresionable. Eso ya lo viste.

Asentí, y reflexioné sobre el recuerdo de los ojos del extraño hombre.

—Sí —repetí—, eso vi. El hombre es impresionable… Eso es lo menos que se puede decir.

Burns me miró seriamente.

—También lo era antes. La cordura, la lógica, la imaginación, la impresionabilidad: son características que se dan en los grandes científicos; y él las tenía todas. Y lo hicieron agigantarse en su trabajo, tal como era de esperar; y era una gran promesa: ya sabes, Premio Nobel y todo eso. Entonces vino la ironía final de su acción concertada, o de su reacción, como quieras llamarlo —Burns volteó su bastón de nuevo y cuidadosamente apartó un arrugado trozo de corteza de eucalipto de nuestro camino. Luego, como para sí, prosiguió—: Y ahora… pobre Jenkins, pobre tipo —y luego en voz más alta—. Y sin embargo, sigue por aquí en la universidad… y va a lograr salir de eso. Saldrá con bien. Deberías haberlo visto, haber visto sus ojos, hace un mes.

Murmuré algo así como que, por mi propia cordura, me alegraba no haberle visto.

—¿Sabes? —prosiguió Burns—. Pasó hace sólo un mes; para ser exactos hizo cuatro semanas el pasado martes. Es por eso por lo que creí que quizá lo hubieras oído.

—En lo más espeso de los bosques de pinos gigantes del Humboldt uno no oye demasiadas noticias —le contesté—. El correo llega una vez a la semana, y ni siquiera hay periódicos…

—Naturalmente, lo había olvidado —mi compañero se excusó rápidamente—. Y lo mantuvimos oculto a los periodistas —exclamó con bastante amargura—. No valía la pena hacer que nos tomasen a todos por tontos. Y, además, temamos que pensar en el pobre Jenkins. Su posición… Teníamos que mantenerlo apartado de los periódicos. Fue necesario.

»Y además fue fácil hacerlo. Mira, pasó en el club, en el salón de fumadores de techo bajo y paredes de nogal. Ya sabes lo aislado que está aquel rincón oscuro; y cuán fresco y tranquilizante es. Y lo débiles que son las luces, y todo eso. Siempre que me hundo en uno de aquellos enormes sillones tapizados, junto a aquella pesada mesa oscura, noto que una gran paz me embarga. Hasta llega a suavizar las voces de los hombres, y también sus pensamientos; permitiendo que la imaginación se deslice suavemente sin el menor tropiezo. Si uno de los muchachos quiere deshacer un lío de sus

negocios, o trabajar en preparar sus clases, o lograr la inspiración y tranquilidad necesarias para imaginar una historia, aquél es el lugar. Y allí es donde le ocurrió aquello a Lemuel Jenkins. En ese lugar: fresco, oscuro, tranquilizante.

Burns me miró serio, pensativamente.

—Viste sus ojos… Al menos, crees en *ellos*. Me pregunto si…

—¡Sigue! —grité—. ¡Sigue!

—Bueno —dijo Burns, después de una profunda inspiración, mientras pasábamos junto a un grupo de fragantes acacias—. Estábamos cómodamente aposentados en la semioscuridad, fumando lentamente nuestros cigarros, simplemente saturados con la calma y comodidad del ambiente. Era a últimas horas de la tarde. La cena había sido satisfactoria, las digestiones seguían su curso, y la mutua satisfacción de amigable paz y tranquilidad no formaba el clima más apropiado para entablar conversación. De vez en cuando alguno de los muchachos —estábamos la media docena habitual— decía una palabra solitaria y una risa apagada recorría al grupo, una risa profunda, rica y también tranquilizante, como las aguas de uno de los ocultos cañones de tus bosques del Humboldt, P. M. Esto, y algún profundo suspiro ocasional, o el ligero susurro de los almohadones cuando alguien se inclinaba a tirar la ceniza, eran los únicos sonidos.

»De pronto, y estalló tan asombrosamente sonoro como el rugido de un puma de ese mismo oscuro cañón tuyo del Humboldt, viejo amigo… de pronto, digo, desde las profundidades de su propio excelente sillón, el puño de Jenkins saltó y golpeó la mesa. Al mismo tiempo, gritó atronadoramente.

—¡Puede hacerse… *puede* ser! ¡Digo que es posible… puede hacerse!

Burns hizo una pausa reflexiva, y se volvió hacia mí con una seca sonrisa.

—¿Crees que el rugido del puma te hubiera asustado? —me preguntó en voz baja—. ¿Si hubiera atronado entre la sempiterna paz de un húmedo, oscuro bosque de Humboldt?

Mi sonrisa apreciativa fue suficiente respuesta.

—Entonces —prosiguió mi compañero—, entonces comprenderás cómo nos sentó aquel puñetazo. Y comprenderás también por qué le gastamos la broma unos minutos más tarde… la broma que iba a dar tan terribles resultados, y que llevó a Jenkins a convertirse en lo que viste en ese banco.

—Sigue —le dije de nuevo.

—Bien —continuó Burns—. Aún puedo ver los asombrados y pálidos rostros y ojos muy abiertos en la oscuridad del poco iluminado salón cuando todos los allí presentes fuimos arrancados de golpe de nuestro arrobamiento.

Entonces, mientras le mirábamos, el puño del hombre cayó de nuevo, y otra vez, como si discutiese con sus propias dudas, Jenkins gritó:

—¡Digo que *es* posible… que puede hacerse! ¡Y, por el cielo, yo hallaré el camino!

—Ridges… Ridges, el doctor, ya lo conoces.

P. M., se dejó caer finalmente sobre sus almohadones, dio una larga chupada a su cigarro negro y espetó con el tono más insultante que pudo conseguir:

—Pues sigue tu camino, mi desafortunado biólogo. Sigue tu camino.

Los ojos de Jenkins se desorbitaron.

—¿No te lo crees? —gritó.

Ridges se echó a reír, Harvey Gilson, frente a mí, lanzó una estrepitosa carcajada.

—¿Has estado diseccionando alguna cosa rara esta tarde, viejo? Los vapores, o algo así, parecen haberte…

Ridges coronó sus palabras con una nueva carcajada.

—Quizá —dijo de nuevo—, quizá si nuestro vehemente amigo expusiese su argumentación sin medio atontarnos antes, y nos explicase qué es lo que puede ser hecho, podríamos comprender por qué está tan seguro de su habilidad para resolver el problema.

—Ridges le podía hablar así, ¿sabes? —me dijo Burns, a manera de explicación—. Había introducido a Jenkins en nuestro círculo y, naturalmente, se sentía responsable. Y Jenkins, al que habíamos llegado a apreciar, era, aún es, tan endiabladamente serio acerca de las cosas… Ya viste sus ojos.

Asentí, pues llevaba grabada la imagen de esos ojos; demasiado grabada.

—Bueno —prosiguió mi amigo—. Jenkins miró parpadeando a Ridges durante un momento, y luego, aferrándose con las manos al sillón como si estuviese a punto de saltar sobre nosotros, se volvió lentamente y nos fue mirando, cara a cara, a cada uno de nosotros. Luego asintió abruptamente. Se inclinó hacia mí.

—Dame tus gafas —pidió perentoriamente.

Las saqué del estuche, y se las entregué. Jenkins las mantuvo en lo alto, para que todos las pudieran ver.

—¡Aquí está! —gritó, y agitó dramáticamente su otra mano.

Ridges rió de nuevo.

—Ah, sí —murmuró—, ahí… ahí.

—¿No podéis verlo? —gritó Jenkins, mirándonos a los demás.

Asentí.

—Si dejas caer esas gafas tendrás que mostrarme algo bastante sustancioso, amigo mío —dije, pues el estruendo de su primer estallido aún alteraba mis nervios.

—Pero podéis ver a través de ellas —gritó Jenkins mientras acallaba mi intento de ser gracioso con un gesto de la mano—. Os las colocáis ante los ojos para mejorar la visión. Veis a su través. Y sin embargo están hechas de una sustancia sólida, concreta, dura; uno de los compuestos más densos conocidos: el cristal. Y, no obstante las usáis para mejorar la visión… para *mejorarla*.

Bueno, por un momento temí que los estudios de aquel hombre lo hubieran vuelto repentinamente loco. Entonces, sus ojos se volvieron lentamente hacia mí, y me di cuenta de que me equivocaba, me equivocaba totalmente.

Gilson rió de nuevo.

—Desde luego, Burns no las usa como gafas oscuras, señor Jenkins —bramó desconsideradamente.

Ridges estaba silencioso, Y sin embargo, cuando al fin la mirada de Jenkins se apartó de la mía, pude ver que Ridges estaba mascando muy pensativo su cigarro. Entonces conocía a Lemuel Jenkins mejor que nosotros.

—Y, a pesar de todo —prosiguió el pequeño biólogo, aún manteniendo las gafas en alto—, a pesar de todo podéis ver a través de esta cosa, de una sustancia mineral sólida.

Esta vez todos asentimos. No sé por qué, pero supongo que fue porque pensamos que el hombre era totalmente sincero con respecto a algo. Asentimos. Y Jenkins sonrió.

—Y por eso —continuó—, y por eso digo: puede hacerse… es posible.

Sonrió de nuevo y con un tal aire de amable condescendencia que noté un renovado resentimiento hacia la repentina interrupción de nuestra calma. Miré a los otros, y vi lo bastante como para convencerme de que también ellos se sentían como yo. Nuestra paz había sido interrumpida. Y Hathaway, que aún no había hablado, se removía en su sillón, y daba vueltas una y otra vez a su cigarro entre sus manos y contemplaba las gafas que Jenkins había dejado sobre la mesa.

—¿Quieres decir…? —sugirió.

—¿Visteis alguna vez una medusa? —preguntó Jenkins.

—¡Sí, sí! —exclamó Hathaway.

—Ummm —gruñó suavemente Ridges mientras chupaba su cigarro.

—Son como el cristal… —respondió Jenkins.

El joven Gilson rugió:

—¡Va a hacer gafas con las medusas! ¡Oh, buen Dios… Ja, ja! ¡Gafas con medusas!

Hathaway fulminó al joven con una mirada. Luego se volvió hacia Jenkins, que estaba tamborileando impaciente el tablero de la mesa, y le habló rápidamente:

—¡Y la medusa es tan transparente como el cristal… Y no obstante no es una sustancia mineral como ese cristal, sino que es orgánica, un animal!

Jenkins sonrió.

—Ya has captado mi punto de vista —le felicitó, y asintió de nuevo con condescendencia—. La medusa es tan transparente como el cristal y, no obstante, es un organismo animal vivo, un cuerpo con vida. Estaba trabajando con una esta mañana y me puse a pensar sobre ello.

Se detuvo un momento. Ridges lanzó otro suave gruñido. Wilson volvió hacia mí su mirada divertida. El pensativo Hathaway buscaba por la alfombra su cigarro. Comencé a sentirme incómodo. Entonces, Jenkins prosiguió:

—Mientras abría al animal, se me ocurrió: si este ser puede vivir y ser transparente, casi invisible en su elemento natural, ¿por qué entonces no existen otros animales con esa misma propiedad?

Hathaway se inclinó hacia adelante.

—¡Sí, sí! —espetó de nuevo.

Jenkins agitó melodramáticamente su mano.

—Y, ¿por qué no puede ser hallada, digamos a través de una química orgánica más avanzada o mediante un estudio más profundo y analítico de los procesos biológicos, alguna sustancia que trasforme cualquier cuerpo animal… hasta los vuestros, en absolutamente invisibles? Invisible —repitió —, y, a pesar de ello, capaz de seguir viviendo.

Habiéndose liberado de aquella noción tan asombrosa, se echó hacia atrás, recogió su olvidado cigarro, y nos contempló calmosamente, mientras le mirábamos. Gilson fue el primero que rompió el silencio con alguna crítica absurda… pero se calló ante otra mirada de Hathaway.

—Eso es lo que quiero decir cuando exclamo: ¡Puede hacerse! —repitió Jenkins, ahora con más calma—. Y lo creo, lo creo: puede lograrse eso. La única pregunta es: ¿cómo? —Se detuvo un momento, y luego nos lanzó otra pregunta—. ¿Habéis visto alguna vez uno de esos pequeños lagartos que toman el color de lo que les rodea?

Hathaway se inclinó hacia adelante.

—¿Un camaleón? —exclamó—. Se coloca encima de una hoja verde y se vuelve verde. Sobre arena amarilla y se vuelve amarillo; en una sombra moteada, e inmediatamente cambia de color para estar acorde. Sí, lo he visto.

Jenkins se recostó satisfecho.

—¿Qué es lo que les va a impedir el hacerse totalmente transparente si eso les sirve más? —dijo en voz baja, alzando una ceja.

Gilson estalló en otra carcajada… y sin embargo, de alguna manera, me daba cuenta de que había una corriente oculta de algo que no era su buen humor habitual. Quizá Gilson estaba comenzando a pensar, y la risa no era sino una cobertura. Pero esto es algo que no puedo afirmar taxativamente. De cualquier forma, se inclinó hacia adelante y gritó, con un bien simulado horror en su voz:

—Y uno podría notar como ese viscoso lagarto se agitaba en su mano, sin ser capaz de verlo.

Ridges se agitó en su sillón. Los ojos de Jenkins se encendieron… tal como hicieron hoy cuando al fin lo reconocí.

—¿Por qué no? —saltó.

Ridges se aclaró la garganta.

—Entonces —dijo, hablando por primera vez desde que habíamos captado realmente la idea de Jenkins—. Entonces, ¿crees que un ser humano puede, mediante algún método, hacerse transparente y seguir viviendo? En otras palabras, ¿crees que pueda estar sentado tal cual tú lo estás en ese sillón, y que veamos los almohadones hundidos, la depresión hecha por su cuerpo… y que él, o tú, no pueda ser visto? ¿Sería invisible?

Jenkins asintió y nos miró a todos sucesivamente. Hathaway parecía perdido en sus pensamientos. Ni siquiera Gilson dijo palabra. Los otros simplemente se quedaron mirando al pequeño biólogo como si, repentinamente, hubiera perdido la razón.

—¿Por qué no? —exclamó de nuevo Jenkins.

Ridges se agitó en su sillón.

—¿Y crees que es posible hallar algo que inyectado a un hombre, y sin ser perjudicial, lo haga invisible? —preguntó ansiosamente.

—Si pones un poco de aceite en un papel, casi lo vuelves transparente, ¿no? —defendió tercamente Jenkins—. Si se pudiera hallar algo que afectase a los organismos animales, y un hombre pudiera hacer que su mente lo aceptase, que realmente lo aceptase en lo más profundo de su mente, sin esa eterna duda subconsciente que se opone, sin que nos demos cuenta, a aceptar o a creer las nuevas ideas, entonces eso podría llevarse a cabo. Como la

medusa, el papel aceitado y el camaleón, el hombre se haría casi invisible. Ésa —concluyó Jenkins con un grave movimiento de cabeza—, es la idea que tuve esta mañana en el laboratorio. Y la impresión de esa nueva idea fue tan fuerte que me pregunté cómo era que nunca antes había pensado en ella. Tan fuerte que, en lo que a mi respecta, puedo afirmar que realmente creo que la cosa es posible.

Hathaway miró fijamente a Jenkins durante un momento, y luego hizo un gesto con la cabeza y habló:

—Nada —dijo con tono suave—, nada, absolutamente nada es imposible en esta época.

Estas palabras siguieron tan solemnemente a la declaración de Jenkins que noté una curiosa comezón por toda la piel. Hasta Gilson se quedó mirando a la mesa. Luego, abruptamente, Jenkins se puso en pie y se estiró.

—He telefoneado a Santa Cruz este mediodía para pedirles algunas medusas blancas, después de que me convencí de la idea. Aún no me han contestado satisfactoriamente. Si… si me perdonáis un momento, deseo…

Cuando la pesada puerta se hubo cerrado tras él y la sala repleta de humo cayó de nuevo en el silencio, en el cavernario encanto de un silencio tranquilizante, nos miramos mutuamente a los ojos. Me pregunté qué era lo que había tras cada una de aquellas caras. Me pregunté qué pensaría Ridges, que fumaba tranquilamente, en aquel profundo pozo de sarcasmo y burla que se escondía tras sus penetrantes ojos negros. Me pregunté qué era lo que veía Hathaway, con aquella mirada perdida que dirigía hacia un semioscuro rincón del techo mientras hacía girar su cigarro entre las manos. Me pregunté qué ironía despreocupada estaba a punto de saltar de la siempre dispuesta lengua de Harvey Gilson mientras contemplaba el tablero de la mesa. Me pregunté si aún seguía afectado por la influencia moderadora de la seriedad de Jenkins.

—Y en cuanto a mi propia conclusión, P. M., debo confesar que no tenía ninguna. Aún no había tenido tiempo de formarla. Según nos había dicho Ridges demasiado a menudo antes de que finalmente invitásemos al biólogo a nuestro club, Jenkins era altamente imaginativo, muy sensible e impresionable; con una mente tan abierta como la misma naturaleza, siempre dispuesto a recibir cualquier nuevo desarrollo de la ciencia moderna. Naturalmente, había una cosa de la que estaba totalmente cierto: Jenkins no estaba jugando con nosotros. Creía realmente en su nueva idea. Pero hasta el momento, lo único que yo podía hacer era permanecer también con la mente abierta, y esperar nuevos acontecimientos.

Y de nuevo fue roto el tranquilizador y crepuscular silencio de nuestra sala. Esta vez por Ridges, situado al ángulo opuesto más lejano de la gran mesa de nogal.

—¿Y bien? —preguntó. Y tras esa palabra se quedó en silencio.

Todos se aclararon la garganta.

—¿Qué es lo pensáis? —de nuevo la voz de Ridges.

Durante varios minutos hubo un profundo y reflexivo silencio. Luego, con una hiriente risa, Gilson habló:

—Tengo una idea, que quizá sirva —las palabras iban dirigidas a Ridges.

—¿Sirva? —inquirió este último, alzando las cejas.

Gilson rió de nuevo, esta vez con una deliciosa risa que se transformó en un profundo cloqueo de pura diversión, que fue un alivio para todos nosotros. La comezón de mi piel fue sustituida por una sensación generalizada de certidumbre y cordura.

—Ejem, ejem —carraspeó Gilson—. Las cosas pueden hacerse invisibles, eso es lo que Jenkins dice… y cree. *Lo cree*. Dice que va a investigar con las medusas hasta que halle la causa de su transparencia y entonces va a aplicársela a otros animales. Ejem, acabo de tener una idea.

Ridges dejó su cigarro y se limpió cuidadosamente los labios con su pañuelo.

—¿Y bien? —preguntó con su anterior entonación sarcástica de nuevo en evidencia.

—El viejo Jenkins cree que puede hacerse —repitió el joven Gilson—. Cree que los animales, que los hombres pudieran ser invisibles. Menos mal que se ha enfadado con esa gente de las medusas, por teléfono. Eso nos da una oportunidad.

Gilson hizo una pausa y nos contempló con una amplia sonrisa, Hathaway frunció el entrecejo. Ridges tamborileó en la mesa.

—¿Y bien? —inquirió de nuevo este último, con sus pequeños ojos negros fijos en el joven situado a mi lado.

—Cree que hasta lo puede hacer él mismo —repitió Gilson. Luego alzó los brazos—. Bueno, ¿por qué no?

Nos quedamos mirándolo, y él se echó a reír.

—¡Oíd! —gritó—. El primer puñetazo que dio en la mesa me dejó medio sordo. Y aquí está nuestra oportunidad. Cuando vuelva Jenkins no lo veremos. ¿Comprendéis? Puede que hable, y pondremos cara de sorpresa. Pero no podremos verlo. De repente, se habrá vuelto invisible, ¿comprendéis?

Le gastaremos esa broma y pronto se cansará de la idea… y le habremos devuelto el susto. Su…

Un fuerte grito se alzó repentinamente entre los que preparaban la broma. Era Hathaway, con el rostro tan blanco, contra el sombrío fondo, como la luna tras las nubes que pasan rápidamente.

—¡No, no no! ¡Eso no, eso no! —gritó, con verdadera agonía en su voz—… ¡Yo no haría *eso*!

Gilson echó hacia atrás la cabeza y lanzó una exclamación de alegría.

—Serías el mejor actor del grupo —exclamó—, si pudieras conservar ese rostro y esa voz.

—Pero… pero, lo digo en serio. Yo… yo…

Gilson se volvió a mirarnos, afirmando con la cabeza y sonriendo.

—Entonces, ¿me comprendéis? Cuando oigamos llegar a Jenkins todos estaremos mirando a algún otro lugar. Luego, cuando nos giremos, estaremos esperando ver a Jenkins, y… no estará allí.

—¡Oh! —jadeó Hathaway, contemplándonos con rostro blanquecino. Yo no estaba tan seguro como Gilson de que estuviese actuando: era demasiado real. Pero éste prosiguió:

—Naturalmente, nos mostraremos horriblemente sorprendidos ante su condición y hablaremos. El pobre Jenkins se sentará ahí… Os aseguro que pronto se hartará…

De nuevo se oyó un grito de Hathaway.

—No, no, caballeros, no hagáis eso. No lo hagáis. Jenkins podría… Jenkins cree… él… —se le cortó la voz.

Ridges me miró por un momento, y alzó una ceja. Luego señaló interrogativamente a Hathaway. Yo me alcé de hombros; creía que lo mejor sería dejar que las cosas siguieran su curso sin mi interferencia, y prefería dejar el asunto en manos de Ridges; él conocía a Jenkins. Ridges contempló por un momento al hombre semiaterrorizado, y luego habló con convicción.

—No puede hacerle daño. Además, le debemos una respuesta por asustarnos con aquel puñetazo en la mesa. No le hará daño. Y conozco a Lem Jenkins. Le conozco.

—¡Estupendo! —gritó Gilson—. Entonces, queda convenido. Y además, le quitará esa loca idea. Jenkins…

Hathaway se inclinó hacia delante.

—No lo hagáis —susurró roncamente.

—Pero, ¿por qué no? —le atajó Gilson.

Hathaway se alzó de hombros.

—No lo sé… Yo mismo no acabo de comprenderlo. Pero… pero preferiría que no lo hicierais. Eso es todo. Oh, desearía…

—¡Tonterías! —rugió Gilson, ya decidido a que predominara su punto de vista.

Hathaway alzó los brazos y se dejó caer rígidamente contra el respaldo de su sillón. Los demás miramos pensativos al techo durante un momento. Luego Gilson, de nuevo entusiasmado, continuó:

—Veremos lo que hace —exultó—. Veremos que es lo que piensa de su idea de esta mañana. Veremos si le gusta. Y, sobre todo, comportaos seriamente. Todos debéis estar en el papel.

Ridges se aclaró la garganta. Uno de los otros dos, no recuerdo quién, encendió un nuevo cigarro, y vi cómo temblaba la mano con que sujetaba la cerilla. Después oímos aproximarse pasos apagados. Ridges saltó en pie y atizó los carbones de la chimenea. Gilson se puso a su lado.

—Está llegando —susurró y, de pronto, su voz se había puesto muy seria —. Recordadlo todos: no lo echéis a perder. Seriedad… seriedad.

Hathaway se inclinó, rígido.

—Preferiría… yo…

Pero Ridges se volvió y lo cortó con una mirada de sus ojos negros, y Hathaway se echó de nuevo hacia atrás. Luego, cuando se abría la puerta, Ridges habló, como si me estuviese contestando:

—Entonces, si un hombre cree lo bastante en una cosa, ¿opinas que podría ser, o hacer, aquello en que cree? ¿Es eso?

Asentí sin comprender. Entonces, me di cuenta de lo que pretendía.

—Absolutamente —afirmé. Luego, cité—: *Un hombre es aquello en lo que su corazón cree*. En los dichos populares hay más sabiduría de la que nos imaginamos. No son simples naderías. No todo es lenguaje figurado. Algunas de estas cosas deben ser tomadas literalmente, y creo que ese dicho es una de ellas: que un hombre es en realidad, o se transforma con el tiempo, en aquello que cree persistentemente que es. De esto no cabe la menor duda. Es el viejo concepto del cuerpo dominado por la mente: una verdad tan antigua como el mundo.

Nadie prestó la más mínima atención a Jenkins, que se había deslizado con un silencioso gesto de preocupación hacia su sillón, y estaba mirando fijamente la envoltura de su cigarro.

Junto al hogar, Gilson se rió. Hathaway se había alzado rígidamente, y me daba la espalda mientras miraba, con los otros, hacia el ardiente fuego. Gilson preguntó en voz baja:

—Habláis del poder de la mente… ¿llegaría incluso a hacerle a uno invisible?

Ésa era la señal. Ridges dio un extraño respingo y se inclinó sobre el fuego, comenzando a removerlo con los atizadores.

—Pregúntaselo a Jenkins —dijo sin darle importancia.

Jenkins, derrumbado en su sillón, tal como yo podía ver con el rabillo del ojo, había estado siguiendo nuestra conversación, tratando de captar el hilo de la misma, y ahora alzó su cabeza.

—¿Preguntar el qué? —interrogó en voz baja.

Ridges se inclinó y puso nuevos carbones.

—Sí —repitió, como si nadie le hubiera respondido—. Pregúntaselo a Jenkins.

Gilson se volvió hacia mí y me guiñó un ojo. Jenkins se había hundido de nuevo en sus almohadones.

—Lo haría si estuviera aquí —respondí con un pequeño bostezo.

Jenkins, que estaba sentado a un par de pasos más allá de la mesa, alzó rápidamente la vista.

—¿Y bien? —insinuó, mirándome.

Ridges se volvió lentamente, y con mirada parpadeante recorrió la sala en penumbras. Sus ojos hasta se detuvieron un momento sobre el pequeño biólogo, que no sospechaba nada.

—Vaya —murmuró, casi como pidiendo excusas—. Creí que Jenkins había vuelto.

El rostro de Jenkins se alteró ligeramente, y una lucecilla de interés brilló en su mirada.

—Creí que había regresado. Es extraño. Seguramente… —Ridges dudó un momento, y miró con aire ausente al sillón de Jenkins. Luego añadió—: Pero, cuando vuelva, nos dará una opinión muy válida. Os aseguro, caballeros, y lo digo completamente en serio, que cuando Lemuel Jenkins tiene un presentimiento, como diría nuestro amigo Gilson aquí presente, vale la pena escucharle. Habitualmente sabe de lo que habla. Y cuando dice, como ahora, que una cosa puede estar viva y al mismo tiempo ser invisible, lo dice en serio… Y hay muchas posibilidades de que sea cierto. Cuando regrese…

Jenkins le miró, ahora bastante asombrado. Sin embargo, al cabo de un momento se echó a reír, aunque de una forma un tanto forzada. Ridges miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Esa puerta —dudó de nuevo—. Juraría que la oí abrirse hace un momento.

Se quedó contemplándonos.

—¿Quién acaba de reírse? —inquirió con voz seca, y su tono parecía algo asustado. Su actuación era perfecta, su rostro una maravilla de expresión—. ¿Quién se rió…? ¿Quién de vosotros?

Jenkins cloqueó en forma extraña. Seguidamente, mientras nuestros ojos se centraban, sin ver, en él, los suyos se desorbitaron de una forma que mostraba algo más que asombro.

—¡Eso! —gritó Ridges de nuevo—. ¡Otra vez!

Nos estudió irritadamente.

—¿Quién hizo eso? ¿Quién está burlándose de nosotros? Esa puerta… Jenkins debe de haber entrado. Tiene que saber ventriloquia, aunque nunca lo sospeché. ¿O es que sois vosotros los que os estáis burlando de *mí*? —Hizo una pausa, y luego gritó—: Hathaway, mira tras ese biombo. Tú, Burns, tras esos cortinajes. Debe…

Ridges se detuvo de nuevo y se quedó mirando directamente a Jenkins. El rostro de este último estaba ahora bastante pálido, y tenía tal expresión de asombro y miedo, que mi corazón casi me delató. Su boca se abría y cerraba convulsivamente, y parecía estar tratando de tragar saliva. Pero me di cuenta de que se trataba de verdadero miedo, y no de la ira causada por nuestra broma. Si lo hubiera sabido, desde luego que no hubiera dejado proseguir el asunto.

Ridges se inclinó y miró bajo la mesa. Cuando se irguió de nuevo su rostro estaba enrojecido e irritado, y le chisporroteaban los ojos.

—¡Jenkins! —gritó, con sus ojos corriendo locamente por la habitación—. Lee, enciende todas las luces. ¡Maldita sea! Toda esa cháchara de ese loco acerca de la invisibilidad me ha puesto los pelos de punta. ¡Jenkins! ¡Jenkins!

El pequeño biólogo se había ido haciendo una bola en su gran sillón. Sus ojos brillaban blanquecinos y sus manos estaban clavadas, como garras, sobre el tapizado de los brazos del sillón. Ahora podía ver que la impresionabilidad del hombre lo había dominado; era eso o una terrible ira. De todas maneras, sabía que ya habíamos ido demasiado lejos.

—Diría —le susurré roncamente a Ridges—, diría que ya hemos ido demasiado lejos.

Ridges, a propósito, no quiso comprender mis palabras.

—Desde luego que ha ido demasiado lejos. Buen Dios… ¡*Todas* las luces, Lee! He dicho todas. Quiero *ver*. ¡Jenkins! *¡Jenkins!* Por lo más sagrado, voy a…

Se detuvo en seco, pues había puesto su mano sobre la del encogido científico que, pálida, se aferraba al brazo del sillón. En ese instante, su rostro logró asustarme a causa de la sorpresa y el abisal horror que supo reflejar cuando su mano se cerró sobre la de Jenkins. Jadeó. Los demás también le miraban. Su actuación era más que admirable. Hasta Hathaway se quedó mirándole, pálido.

—¡Dios! —espetó Ridges, y su otra mano saltó hacia mí—. ¡Toca… toca! —y luego, más fuerte y secamente—: ¡Jenkins!

Al fin, el mísero hombre del sillón logró hablar:

—Aquí… aquí estoy. Aquí… ¿No me veis? ¿No *podéis* verme? —Y, mientras lo mirábamos incrédulos—: ¡Oh, por Dios, que alguien me diga que es tan sólo una broma; oh, decidlo, decidlo!

Comencé a adelantarme para tomarle de la mano y asegurarle que lo veía, pero Ridges me aferró del brazo. Jenkins se hundió de nuevo, con las manos sobre los ojos.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—. ¿Qué me ha pasado, qué me ha *pasado*?

Ridges palpó ciegamente la forma acurrucada. Luego, cuando sus manos hallaron el cuerpo de Jenkins, lanzó una exclamación de asombro y se retiró hacia atrás.

—Lem… Lemuel… ¿eres… eres… tú? —tartamudeó—. ¿Estás… ahí?

El pequeño biólogo sollozaba en el sillón.

—No pueden… no pueden verme. No pueden… no… pueden… pueden…

Los otros estallaron en excitados comentarios. Pero yo no podía seguir soportando la broma. Tomé una de las manos de Jenkins y me volví hacia Ridges.

—¡Esto tiene que terminar, ahora! —dije enfáticamente—. Ya ha ido bastante lejos. Vas a conseguir que enloquezca si prosigues. Tienes…

Entonces me di cuenta de que los ojos de Ridges no estaban clavados en los míos, sino que estaban vidriosamente fijos en Jenkins. Vidriosos por un verdadero, y no simulado, horror, por la consternación y la incredulidad. Y, de pronto, la habitación se quedó muy silenciosa. Miré a los otros y me di cuenta de que también tenían los ojos fijos, como hipnotizados, en Jenkins. Luego, se oyó otro grito. Era Hathaway, aunque no sé como logré reconocer su voz, pues no era la suya, sino un verdadero gemido de dolor y angustia.

—¡Ah…, mirad! ¡Mirad! Va a… a…

Volvió a invadirme aquella extraña sensación de cosquilleo que había notado antes. Me giré rápidamente. Entonces, con el corazón

tamborileándome en el pecho, y mis cuerdas vocales repentinamente paralizadas, me di cuenta de que, realmente, no podía ver al hombre del sillón. Sin embargo, mientras miraba a los demás, oí la voz de Jenkins a mis espaldas.

—¡Mi mano… me las has retorcido!

Seguía con su mano entre las mías. Bajé la vista, y no vi nada. Parecía tener algo aferrado entre mis manos, algo sólido, y no obstante me resultaba imposible ver aquel objeto tangible, cálido, pulsante de vida. Todas las palabras de aviso de Hathaway, el mismo conocimiento de la naturaleza impresionable de Jenkins, sus teorías del poder mental del hombre sobre su propio cuerpo se arremolinaron en mi cerebro. Lancé un agudo alarido:

—*¡Jenkins!*

—¡Oh! —dijo la voz del sillón vacío frente a mí—. No pueden verme… *no pueden verme*. ¡No pueden! —y luego, con un repentino aullido de horror—: Y yo tampoco puedo verme. No puedo… Aaah…

La voz de Jenkins se convirtió en un sollozo.

Gilson, ahora tan pálido como la misma muerte, con el rostro perlado de sudor, estaba con los brazos extendidos, temblando. Una solitaria gota de sangre se destacaba sobre su labio inferior. Ridges estaba de rodillas, palpando locamente lo que parecía ser el espacio situado entre los brazos del sillón de Jenkins. Hathaway se había desplomado en el sillón, y con la cabeza hundida en sus brazos gemía una y otra y otra vez:

—¡Lo sabía! ¡Os avisé! Oh, qué estúpido fui por dejaros siquiera intentarlo. ¡Estúpido, estúpido, estúpido! Pobre Jenkins. No hay derecho… no hay derecho. Os lo dije… No debíamos intentarlo. Es tan formal en sus cosas… Se lo creyó. No deberíamos haberlo hecho… Yo… yo… nosotros… Oh, Dios mío, ¿qué hemos hecho? ¿¡Qué hemos hecho!?

Sus palabras eran más una oración que un lamento o un reproche. Si en aquel momento hubiera entrado un extraño en la sala nos habría tomado por un grupo de hombres enloquecidos. Mientras, yo seguía palpando y estrechando la cosa que notaba tan cálidamente viva entre mis manos, la cosa que no podíamos ver y que, no obstante, debía ser Lemuel Jenkins; Lemuel Jenkins, embargado de terror, angustia y desesperación, y tan invisible para nosotros como el mismo aire.

Burns hizo una pausa en su relato y golpeó con su bastón una rama que surgía de la acacia dorada situada junto al camino. Tras ello, se volvió

seriamente hacia mí, pues había lanzado una débil exclamación de incredulidad. Me dijo:

—Lo viste en el banco, P.M. Viste lo que es ahora. Sus ojos… lo viste.

—Sí —repetí—. Vi sus ojos.

—Viste la desesperación, el terror, y luego la esperanza que pasaban por ellos mientras contemplaba nuestros rostros. Y luego la inenarrable tortura que aparecía en ellos cuando miré sin verlo a las matas que había detrás de él.

—Sí —repetí de nuevo—. Lo vi.

Burns asintió con la cabeza.

—Yo… No podíamos creerlo, al principio, ni nosotros mismos. Pensamos que Jenkins habría adivinado nuestra broma y nos la estaba devolviendo. Que nos había hipnotizado para que creyésemos que no podíamos verlo. Le gustaba practicar el hipnotismo, ya sabes, cualquier cosa psicológica o mental. Pero no era así; Jenkins no estaba gastándonos una jugarreta, no había sospechado nada. Había aceptado nuestras palabras con indudable seriedad. Aquello se posesionó de su mente, del consciente y del subconsciente. Y nunca le dijimos que todo era una broma. Ni se lo diremos… Al menos yo no se lo diré.

Recuerdo que Ridges se volvió hacia mí con un rostro gris como el de la Parca.

—La hemos hecho buena —susurró, entrecortada y desesperadamente—. Ya la hemos hecho. Nunca soñé en… en esto —lanzó una mirada a Gilson que, también, estaba palpando el sillón de Jenkins—. So bobo —exclamó amargamente—, sería mejor que mostrases más remordimientos, como los demás.

Ridges hizo una pausa momentánea. Luego, volviéndose rápidamente, dijo en voz baja:

—¡Jenkins! ¿Puedes verme, Jenkins?

Una sollozante y gimiente voz le contestó desde el sillón, aparentemente vacío.

—S-í-í-í, pero no puedo ver… no puedo verme. He enloquecido, o algo así. O aquella estúpida idea mía me ha transformado. No sé… Oh, no sé. Al principio no comprendía de qué estabais hablando… Creí que os habíais vuelto locos. Pero ahora, no puedo ver mi… mi…

—Toma mi mano —dijo Ridges, situándola frente al sillón como si fuera un ciego—. Cógela. ¡Así… Ah, santo cielo!

Ridges jadeó mientras apretaba sus dedos alrededor de lo que evidentemente era la mano de Jenkins. Era horriblemente pavoroso el ver

como los nudillos de Ridges se ponían blancos al apretar lo que parecía ser puro aire.

—Ahora, ponte en pie —prosiguió.

Los almohadones del sillón sonaron débilmente, y el tapizado se alzó; ése era el único signo de que Jenkins se había erguido. Entonces, Ridges echó el brazo, torpemente, sobre lo que debían de ser los hombros de Jenkins, y caminó hacia el fuego. Recuerdo la extraviada mirada que Hathaway me dirigió cuando vimos moverse únicamente a Ridges y, sin embargo, oímos las pisadas apagadas de dos personas caminando sobre la alfombra. Recuerdo también cómo miré fascinado para ver si podía discernir, ante el brillo de los carbones, la figura del hombre afectado. Pero no podía, no podía ver ni la más ligera sombra o silueta.

—Aquí —dijo Ridges, colocándose frente al hogar—. ¿Notas su calor?

—Claro que sí —se oyó un apagado grito junto a él—. Pero no puedo verme la…

La voz terminó en un gruñido.

El apretón de Ridges se hizo convulsivo sobre la forma invisible. Luego, el brazo que mantenía alrededor de Jenkins dio un tirón como si repentinamente hubiesen colgado un peso de él. Al mismo tiempo, su rostro se volvió un poco más gris y se endureció con la ansiedad.

—¡Rápido! ¡Rápido! —exclamó—. Se ha desmayado. Se ha quedado tan desmadejado como un trapo. Venid… venid, ayudadme. Pongámoslo sobre la mesa. Tú, Hathaway…

Hathaway se echó hacia atrás por un instante y luego, con los ojos repentinamente llenos de lágrimas, se inclinó y tomó entre sus brazos las piernas que no podía ver. Tiró hacia arriba, y los músculos de su cuello denotaron su esfuerzo.

—Un almohadón —gritó Ridges.

Gilson salió de su trance, y arrebató uno de un sillón. Entonces, mientras Ridges alzaba la mano, lo colocó cuidadosamente cerca de ésta. Gilson estalló en un arrebato de excusable ira.

—¡Ahí no, so estúpido! Aquí, aquí —y manteniendo la mano aún en alto, acercó más el almohadón, bajando después el brazo. En el acto quedó marcada una depresión… pero no pudimos ver la cabeza que la ocasionaba—. Ahora, traed agua… ¡Rápido! —ordenó Gilson.

—¡Buen Dios! —gritó Gilson—. ¿Está… está… tan sólo desmayado?

—¡Toca! —gritó Ridges. Cogió violentamente la mano de Gilson y la bajó con fuerza sobre un punto situado a un palmo por encima de la mesa,

justo al lado del almohadón—. Aquí —dijo con voz fría y dura—. Nota como respira… El corazón…

La mano y el brazo de Gilson se movían lentamente, arriba y abajo, siguiendo la respiración del hombre invisible situado sobre la mesa; y su propia respiración se hizo un jadeo.

—¡El agua! —gritó Ridges; Ridges siempre es el primero en dar ayuda a pesar de su burlón, y a veces fuera de lugar, sarcasmo. Hizo una seña a Lee que había corrido a buscar el mejor restaurativo de la naturaleza—. ¿No le habrás dicho nada de esto a nadie?

El otro negó con la cabeza.

—Ni una palabra —declaró.

—¡Bien! —le alabó Ridges.

Y Gilson, sobre el que recaía pesadamente la responsabilidad de todo aquello, medio sollozó.

—¡Gracias a Dios! —luego, gimoteó—: Pero si… si… algo… pa… pasa… estoy… estoy aquí. Aquí mismo, y…

—¡Cállate! —atajó Ridges—. Cállate, y ayúdame a darle agua. Ven, aguántale la cabeza. No… ahí no, así no. Aquí…

Tomó las manos de Gilson y las colocó, con las manos enfrentadas a unos treinta centímetros de distancia la una de la otra y por encima de la depresión del almohadón.

—Mantenlo así —ordenó, y luego apartó las suyas y las movió hasta detenerlas sobre la depresión—. Ahora tráelas al lado de cada una de las mías… Rápido, muchacho, estamos perdiendo el tiempo. Ahora lentamente, uno hacia el otro, nada más faltaría que le diésemos un susto ahora que está así… No sabemos…

Las temblorosas manos de Gilson se detuvieron repentinamente.

—He… he tocado algo… Parece cabello. Sí, sí, es su cabeza —su mano palpó suavemente más abajo, y formó una copa—. Ya está. Tengo la cabeza del pobre Jenkins.

—¡Déjate de gimoteos! —explotó Ridges—. Levántala.

Gilson la alzó y Ridges tanteó buscando con sus dedos la boca de Jenkins, luego inclinó suavemente el vaso. Ésa fue quizá la escena más asombrosa de aquella terrible noche. Imagínate, P.M., estaba vertiendo agua. Podíamos ver bajar el nivel de la misma. Podíamos verla salir del vaso… y después, imagínate, desaparecía. Era como si la echase en el aire, uno se esperaba verla chorrear sobre la mesa. Pero, en lugar de eso, era como si se evaporase

instantáneamente… desaparecía. El pensamiento que me invadió fue bastante extraño. Me incliné y examiné la superficie de la mesa, y vi que tenía razón.

Donde el cuerpo de Jenkins tocaba el duro y encerado nogal, se veía una ligera depresión. Con crecientes sospechas, extendí una mano como para ayudar a Gilson, y vi que cuando mis dedos tocaban aquel cuerpo invisible, también desaparecían las puntas de los mismos. Era como si unos tres milímetros de los mismos hubiesen sido segados. Me incliné y examiné las manos de Gilson y vi que a él también le ocurría lo mismo. Le di un codazo a Hathaway, y le llamé la atención sobre aquel extraordinario fenómeno. Miró en silencio, y luego estalló:

—Eso es lo que me temía… es por eso por lo que yo tenía miedo. Lo que hace que el pobre Jenkins esté así es probablemente una vibración, una vibración que puede haber sido motivada por un convencimiento por parte de Jenkins… eso es lo que temía que hiciese. Y ahora cada minúscula partícula de su cuerpo está vibrando de forma que se vuelve invisible, tal cual lo hacen las hojas de un ventilador eléctrico. Y es por eso por lo que no podemos verle… He estado pensando en ello desde que… desde que pasó. Y ocurre lo mismo con la superficie de cualquier cosa que toque su cuerpo; por ello, lo que lo toca también se convierte en invisible. Oh, temía que sucediese esto mismo: Jenkins se impresiona tanto, y cree, cree, cree, tan profundamente en algunas de sus locas ideas que…

Le interrumpió una exclamación de asombro de Ridges.

—¿Está volviendo en sí? —susurró entonces.

—Está volviendo a aparecer… ¿Podéis verlo? —gritó Gilson, aunque su boca estaba a un palmo de la oreja de Ridges—. Oh, gracias al…

Ridges le lanzó una mirada asesina.

—Escuchadme, todos —nos dijo con una voz débil y sepulcral—. Cuando os lo diga, jurad por todo lo que hay de santo en este mundo que podéis ver su mano. Hicisteis una buena actuación antes… y lo metisteis en esto. Por Dios os ruego que la repitáis ahora, y lo saquéis de ello. Es la única forma: a través de sus propias creencias. La misma vida de Jenkins puede depender de ello. Se encuentra en esa condición a causa de su confianza en esa estúpida teoría, y de haber tomado nuestra broma como un hecho real. La única forma de sacarlo de ella es hacerle creer, con la misma fuerza, que podemos verlo de nuevo. Entonces empezará… ojo, se está moviendo… está recuperando el conocimiento… ¡Pssst! ¡Callaos todos! Y acordaos.

Ridges se detuvo y contempló la mano invisible que aferraba. Luego se volvió con energía hacia nosotros y gritó en voz muy alta:

—¡Mirad, mirad… su mano! La mano de Jenkins. Los dedos… ¿veis? Y ahora la mano, toda la mano. La muñeca… se está volviendo a ver… ¡Gracias a Dios, se está volviendo visible! —Ridges gritaba ahora a pleno pulmón—. Mira Jenkins, se te ve; míralo tú mismo. ¡Ah, buen Dios, buen Dios, muchacho, vuelves con nosotros!

Yo aún no podía ver nada, y sabía que Ridges tampoco, pero añadí mi voz a la de los demás, con una alegría que no sentía, pues las cosas parecían irremediables. Entonces la mano de Ridges dio un tirón como si la otra, invisible, que aferraba, se hubiese movido.

Entonces, débilmente, se oyó una voz que reconocimos como la de Jenkins.

—No puedo verla… —sollozó patéticamente, mientras los brazos de Ridges se movían hacia arriba como si el cuerpo que soportaban se hubiese sentado.

—¡Tonto… *mira*! —atronó Ridges—. ¡Mira esa mano!

Y entonces Jenkins de nuevo:

—Oh, pero si no puedo, no puedo…

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios, estás volviendo a ser visible! —exclamó Ridges con verdaderos sollozos, y yo podía notar la dolorida y palpitante simpatía de su llanto. Jadeamos una declaración similar, y sin embargo durante todo el tiempo estuvimos temblando por miedo a que el engaño no resultase tan eficaz ahora como lo había sido en nuestra sádica broma de antes.

—¡No puedo! —gimió Jenkins, medio histérico.

—¡Rápido! —susurró Ridges hacia nosotros—. Su pulso es horriblemente lento. ¡Si queréis salvarle la vida, haced que lo crea!

—Oh, no puedo… yo… yo… —sollozó una vez más Jenkins.

—Pero debes… *¡debes!* —aulló Gilson, el bromista—. Debes verla. Es imposible que no la veas… Nosotros la vemos, la vemos. *Debes* verla. Mírala bien…

La voz de Jenkins intervino de nuevo, algo más fuerte, y con un mínimo de confianza y credulidad.

—¿Estáis… estáis seguros? —Me lo imaginé, mirándonos con sus ojos asustados, totalmente desorbitados. Luego, con un débil gemido que nos llegó al corazón—: Mi… mi mano, veo dedos… creciendo, creciendo… puedo… creo que puedo.

Un fuerte suspiro salió de la garganta de Ridges. Los nuestros no tardaron en seguirle. Débilmente, nos unimos a sus parabienes.

Pues, tal cual una fotografía va apareciendo en un papel blanco, tal como la escarcha crece sobre una ventana, tal como una sal se cristaliza en una disolución transparente, así Jenkins volvió a ser visible ante nuestros ojos. Primero la punta de los dedos, tal como le habíamos hecho creer. Luego la mano que sostenía Ridges. Luego su brazo derecho creciendo de manera inverosímil hasta el hombro. Y, al volverle totalmente la confianza a Jenkins, su cuerpo entero apareció de la nada al mundo de la visión normal.

Yo, al menos, me hundí en uno de los grandes y tranquilizantes sillones, y permití que mi cuerpo tembloroso quedase, poco a poco, de nuevo en paz. Creo que todos debimos de hacer lo mismo, pues podía oír a Gilson sollozando histéricamente junto a mí, con la cabeza oculta en sus brazos, y su cuerpo estremeciéndose con la violencia de su emoción. Ridges se sentó sobre el borde de la mesa con su amigo estrechado entre sus brazos, abrazándolo, consolándolo y animándolo como hace una madre con su hijo que ha tenido una pesadilla. Hathaway, rígido en su sillón, daba vueltas a un nuevo cigarro y contemplaba cada movimiento de Jenkins, mientras las lágrimas rodaban libremente por sus mejillas.

Permanecimos así largo tiempo, creo que horas. En una ocasión tuvimos un terrible susto. Jenkins, en un momento de duda, declaró repentinamente que se iba de nuevo, y alzó una mano sin dedos como prueba. Pero, llamando a un botones para que trajera agua le quitamos toda duda, pues el chico, cuando le dijimos para quien era la bebida, se dirigió directamente al tembloroso biólogo y le presentó el vaso. Y, mientras Jenkins extendía su mano para tomarlo, ésta apareció de nuevo; Jenkins tenía que creer entonces, pues el chico no había dado señales de fijarse en nada fuera de lo usual. Después seguimos media hora o así esperando, e intentamos entablar una voluble conversación acerca de la pesca en la Sierra que, decididamente, no tuvo ningún éxito.

Entonces, nos fuimos a casa; y Ridges acompañó al aún tembloroso Jenkins, que le rogó que pasase la noche con él.

La voz de Burns se detuvo abruptamente. Nuestro paseo nos había llevado hasta el campanario, y la biblioteca en la que esperaban a mi compañero se alzaba a sólo un centenar de metros más allá, con su blanco y brillante granito que formaba un imponente contraste con el claro cielo azul de California por encima y el delicado verde y el maravilloso dorado de las primaverales acacias que se erguían a lo largo de los paseos de abajo.

Mientras hacíamos una pausa, Burns extendió su mano, como si le hubiese asaltado una reflexión tardía.

—¿Ves esta mano? —dijo en voz baja—. Fíjate en la piel seca en las puntas de los dedos, y la apariencia rugosa de la palma. Las manos de Ridges se veían así, y las de Gilson, las de todos los que tocamos a Jenkins mientras estuvo de aquella manera. Era como si se hubiesen ampollado. Pero no fue doloroso, aunque aquella misma noche, cuando me las lavé, una buena parte de la cutícula superficial saltó. Igualmente, el tablero de la mesa en la que yació Jenkins estaba curiosamente podrido hasta una profundidad de unos tres milímetros. E igual ocurrió con el tapizado del sillón de Jenkins. No estaba quemado, ni tampoco podrido, sino quebradizo, seco, descolorido.

»Hathaway fue el que más se acercó, de entre nosotros, a la causa del fenómeno, cuando lo discutimos luego. La vibración del cuerpo de Jenkins, comunicando su temblor, casi infinitamente rápido, a todo lo que su cuerpo tocaba, cristalizó la piel, la madera, la tela… del mismo modo que quedan cristalizadas las partes metálicas de un coche por la vibración del motor y el camino. Ridges nos contó al día siguiente lo mal que lo pasó para llevar a Jenkins a su casa sin problemas; pues la misma ropa del biólogo se desmoronó, deshilachó e hizo trizas a cada paso.

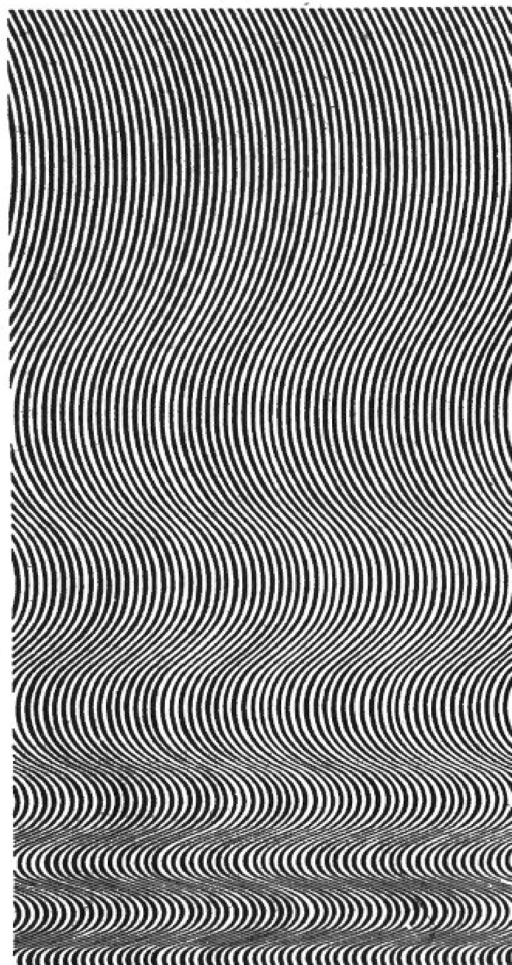
Ahora estábamos en la entrada de la biblioteca, y Burns hizo una nueva pausa y miró hacia los eucaliptos que se extendían graciosamente a lo largo del camino. A continuación, se volvió y su mirada cubrió la espléndida masa de granito situada ante nosotros. Y murmuró algunas palabras; únicamente pude captar algunas:

—Piedra de la Sierra… sólida… sólida… y como Jenkins… —después algunas otras palabras que no pude oír. Y, con un curioso alzarse de hombros —: ¿Quién puede decirlo… quién puede decirlo…?

De pronto, se volvió de nuevo hacia mí.

—Eso —dijo—, explica lo que viste en los ojos de Lemuel Jenkins: la alegría casi de éxtasis cuando supo que podíamos verle. ¿Sabes?, vive en un miedo continuo de que sus dudas le embarguen de nuevo, y de que le vuelva a suceder otra vez la misma cosa. Está absolutamente aterrorizado… pero, gracias a Dios, mejora; está mejor cada día que pasa. Por cierto —Burns se volvió con un pie en el escalón—. Jenkins se acordará de ti. La próxima vez que lo veas, por lo que más quieras, ve directamente a él, tiéndele la mano y exprésale tu placer al haberlo encontrado, de forma bien visible. No lo olvides, P.M., no lo olvides.

Estreché su mano con simpatía y asentí. Después de ver los ojos de Jenkins, tal como los había visto aquella mañana… ¿cómo iba a olvidar? ¿Cómo podría olvidar?







SATÁN 2000

LUIS VIGIL

El mito de la presencia invisible que vigila nuestros actos y pensamientos (para premiarnos o castigarnos en consecuencia) es tan antiguo como el hombre. Pero las posibilidades de la moderna informática, basada en sutiles técnicas de observación coordinadas por computadoras, convierte el mito en algo viable, en un futurible a corto plazo (recuérdese Multivac*, de Asimov).*

En este relato, mito y futurible se funden en una simbiosis alegórica, no por lo humorística menos alarmante.

Fernando Beato sufría de insomnio.

Fernando se pasaba las noches en blanco; leía, hacía crucigramas y escuchaba la radio. Sólo cuando el sol apuntaba ya sobre los tejados de la ciudad lograba Fernando echar un corto sueño, que pronto era interrumpido por los ruidos de la metrópoli comenzando sus mil y un trabajos cotidianos.

Pero Fernando tenía algo de gamberro.

Por ello, a las cuatro de la madrugada, cuando la ciudad reposaba en silencio y paz, Fernando tomaba el listín telefónico por su sección de calles y lo abría en una página cualquiera, dejando que su dedo se posase sobre el número de uno de los edificios de la calle en que había quedado abierto.

Entonces, asía el teléfono y comenzaba a marcar los números de aquella casa, situada en alguna parte de la gran ciudad.

Su técnica era siempre la misma: marcaba, esperaba mientras el timbre del teléfono resonaba estrepitosamente en aquel hogar desconocido al otro extremo del hilo, y cuando una voz pastosa y soñolienta contestaba:

—¿Diga?

Fernando colgaba, sonreía, y comenzaba a marcar el siguiente número de la casa que el azar había señalado.

Así hasta agotar todos los números telefónicos de aquel edificio.

A Fernando le gustaba pensar que, con su acción, había logrado que toda la escalera, todo un grupo de vecinos, estuviesen despiertos como él, a aquellas altas horas de la noche.

Recordaba las voces: si habían sido de hombre o mujer, lo cansadas, lo irritadas, lo asustadas que habían sonado; e imaginaba las maldiciones, los insultos, el intento de recuperar el sueño de algunos y el agitarse desvelados de otros.

Aquello le hacía más llevadero el insomnio.

Fernando Beato leía, hacía crucigramas, escuchaba la radio y hacía gamberradas telefónicas. Ésas eran las noches de Fernando Beato.

El que fuera martes y trece debería haberle avisado, pero Fernando, que vivía de noche, prestaba poca atención a los días, que únicamente eran para él un aburrido pasar ocho horas en aquella vetusta oficina municipal en la que justificaba, y no se ganaba, un sueldo con el que vivir.

Así pues, aquel martes y trece Fernando sacó el listín, el muy manoseado listín, del mueblecito-bar sobre el que el negro teléfono de sus gamberradas nocturnas parecía presidir el reducido comedor-living.

Sacó el listín y lo abrió al azar, apuntando con el dedo, sin mirar, una línea de una de las páginas abiertas.

El segundo aviso debiera habérselo dado el nombre y número de la calle, pero, por aquel entonces, Fernando ya llevaba tan metido en la sangre el juego de cada noche que apenas si daba una ojeada al nombre de la calle y a su número, a diferencia de las primeras noches de diversión malévola, en las que hasta llegaba a localizar el edificio objeto de sus llamadas, en un mapa mural de la ciudad, con chinchetas rojas.

El nombre de la calle era Hades, y el numero otra vez trece, como la fecha de aquel martes de infortunio.

Pero, como ya hemos dicho, Fernando sólo veía ya los números de los teléfonos del edificio designado por el azar. Lo demás ya casi ni lo miraba, ni nombre de la calle, ni número de la casa, ni nombre de los abonados.

Fernando se fijaba ya únicamente en los números de los teléfonos, para irlos marcando en meticuloso orden, tal cual aparecían en la guía.

Marcaba. Esperaba. Oía descolgar y luego el:

—¿Diga?

Y colgaba para pasar al siguiente número.

Era todo un ritual, un ritual tan inflexible que nada más se permitía una sonrisa tras cada llamada. El regocijo venía luego, al acabar con los números de la casa, al pensar en toda la escalera despierta.

Sí, Fernando tan sólo miraba los números de los teléfonos.

A causa de esto se perdió, en aquella ocasión, el tercer y último aviso.

De haber mirado algo más que los números de los teléfonos, de haber mirado los nombres de los abonados, habría visto apellidos tan poco comunes y significativos como: Baal, Belcebú, Belfegor…

Quizá tampoco se hubiera detenido, pero, al no mirar los nombres, ni siquiera se enteró de esta tercera advertencia.

Así que marcó el primero de los números de la casa.

Si hubiera tenido unos poderes de observación más agudos, la premura de la respuesta le hubiera podido servir de indicación; pero su inteligencia era la normal en las personas que se dedican a esta clase de pasatiempos: baja, y no hizo más que seguir el ritual ya establecido:

—¿Diga?

—Clic —y su dedo ya señalaba el siguiente número en el listín.

Al ser cortada la comunicación telefónica, los relés de alerta comunicaron todo el sistema del edificio con el gran computador de los sótanos. La máquina dedicó un circuito de análisis y una unidad auxiliar de memoria en cinta al problema, y siguió, a otros niveles, trabajando en las materias programadas.

Fernando acabó de marcar el segundo de los números del edificio.

—¿Diga? —como antes, la respuesta fue inmediata.

—Clic —esta vez, hasta una mente tan poco dada a la concatenación de hechos como era la de Fernando registró un inicio de extrañeza ante la aparente vela mantenida por dos vecinos de una misma casa.

Pero su dedo ya había bajado al renglón inferior del listín.

El computador había logrado enviar un impulso de rastreo por el cable telefónico en las milésimas de segundo que habían precedido al corte de la comunicación. Al producirse ésta, naturalmente, se había perdido la pista, pero el camino recorrido ya había dado una primera indicación, eliminando a una gran parte de las subcentrales telefónicas de la ciudad.

Fernando, metido de lleno en su asocial pasatiempo, ya estaba marcando el tercero de los teléfonos.

No había acabado de sonar el primer timbrazo y ya:

—¿Diga? —otra voz, dura y grave como las anteriores.

—Clic —el convencimiento de que algo diferenciaba a la «sesión» de aquella noche de las otras noches comenzaba a abrirse camino en la dura mente de Fernando. Pero aún no con la fuerza necesaria como para hacerle desistir.

Esta vez el impulso había llegado hasta la subcentral correcta, y, aún más, había seleccionado el grupo de bancadas de conexiones al que pertenecía el teléfono del misterioso autor de las llamadas nocturnas. El computador puso en alerta a las unidades periféricas móviles, que rondaban por la gran ciudad, sirviéndole de ojos y oídos viajeros.

Fernando iba por la tercera llamada, sin acabarse de decidir por abandonar su gamberrada a medias… ¿despertar sólo a parte de la casa? ¡Aquello haría trizas su maravilloso record anterior! No, seguiría. Y sin embargo…

Marcó el siguiente número.

—¿Diga? —esta vez no cabía duda: había algo muy raro en aquella casa en la que una serie de abonados, todos ellos de voz dura, grave y alerta… ¡a las cuatro de la mañana!, contestaban al teléfono antes de que hubiera acabado de sonar la primera llamada.

—Clic —esta vez apretó el pulsador con un cierto pánico, decidido a mandar al diablo su record y olvidarse de aquella casa…

¿Al diablo?

El computador había localizado el teléfono. Una señal láser puso en marcha a la unidad periférica móvil más cercana, para intentar un contacto y comprobación visuales, al tiempo que otro impulso daba el aviso a uno de los ejecutivos por si se presentaba la posibilidad de una acción directa.

Fernando se recostó al sofá y se secó el sudor que le corría por la frente. Del bolsillo de su batín sacó un paquete de tabaco negro, y de encima de la mesita baja tomó las cerillas. Encendió y sorbió humo.

¡Era una tontería!, pensó al cabo, cuando unas chupadas al cigarrillo le hubieron calmado algo aquellos escalofríos que le habían estremecido al oír la cuarta respuesta. Lo que debía pasar es que en aquella casa debía haber una fiesta, una verbena o algo así, y por eso estaban todos despiertos.

Sí, eso debía ser. Casi le daban ganas de seguir marcando los números que quedaban, para no cortar su lista de «triunfos».

La unidad periférica móvil llegó a la ventana. Había luz en ella. Dentro, un individuo que fumaba, con un listín abierto en la mesa, delante de él. La gran capacidad telescópica de los ojos de la unidad le permitió leer los nombres de las calles de las páginas abiertas:

Guipúzcoa. Guiter. Gustavo Becquer. Habana. Hades…

Avisó al computador del sótano de Hades 13. Una señal de éste puso en marcha al ejecutivo.

Fernando se acabó el cigarrillo, y decidió no proseguir por aquella noche su juego de las llamadas. Más valía estar seguro.

Buscó en el diario de la noche el crucigrama y comenzó a leerlo: «Horizontales.— 1: Culebras africanas de color gris con manchas negras…».

Sonó el timbre de su puerta.

Se sobresaltó pero, tras arreglarse el batín, fue a abrirla. Seguro que era la vecina de al lado, a pedirle un optalidón para aliviar su dolor de muelas; la pobre señora llevaba tres días sin pegar ojo, y no estaba acostumbrada, como él.

Sonrió. ¡Si ella supiera en que pasaba las noches su vecino!

Abrió la puerta.

Un olor penetrante. Azufre. Una figura alta, tanto como la alta puerta.

Traje oscuro, capa negra con vueltas de seda roja, dos pequeños y elegantes cuernos.

La imagen clásica del diablo que habita entre nosotros, en nuestros días. *El ejecutivo*.

El ejecutivo hizo una señal hacia la ventana. Los puntos rojos que eran los ojos del súcubo desaparecieron de ella. Éste, antes de orbitar de nuevo sobre su zona de vigilancia asignada, envió una señal al computador. La señal indicaba: misión cumplida, esta unidad periférica móvil vuelve a su patrulleo habitual.

Fernando abrió mucho los ojos, tragó saliva y dio unos pasos atrás. Con voz quebrada preguntó:

—¿Qué quiere? —no había necesidad de preguntar la identidad de su visitante nocturno, no podría haberlo confundido con nadie.

—Nos ha estado llamando —contestó el diablo, con voz dura, grave y alerta—, pero no ha logrado comunicarse. Ahora estableceremos contacto personal, sin necesidad de eso…

Un dedo largo y fino apuntaba al teléfono, del que salió una voluta de humo y un hedor a baquelita quemada.

Fernando dio nuevos pasos hacia atrás, hasta que su espalda tocó la pared del exiguo recibidor.

Estaba atrapado. No había necesidad de palabras. Ya desde pequeño se lo habían enseñado: «Las malas acciones tienen siempre su castigo».

Se acabaron las llamadas nocturnas.

Ahora venía su castigo.

El ejecutivo sonrió, y abrió una puerta cuatridimensional que daba al subsótano de Hades 13, a las Zonas de Concentración y Represión de Humanos Perversos. El computador, Satán 2000 hizo una nueva anotación en sus unidades de memoria:

Nombre: Fernando Beato. Motivo inclusión: Llamadas nocturnas (Ver apartado Gamberradas).

Hades 13.

¿Acaso creían ustedes que el Infierno no iba a saber adaptarse a las necesidades de la Era de la Informática?



El Miserere

de GUSTAVO ADOLFO BECQUER

CARLOS GIMENEZ


HACE YA MUCHOS AÑOS, EN UNA NOCHE LLUVIOSA Y OSCURA, LLEGÓ A LA PUERTA DE UNA ABADÍA UN ROMERO Y PIDIÓ UN POCO DE LUMBRE UN PEDAZO DE PAN Y COBIJO DURANTE LA NOCHE


SU MODESTA COLACIÓN, SU POBRE LECHO Y SU ENCENDIDO HOGAR PUSO EL HERMANO A DISPOSICIÓN DEL CAMINANTE
SOY MÚSICO. HE NACIDO MUY LEJOS DE AQUÍ, Y EN MI PATRIA GOCÉ DE GRAN RENOMBRE


EN MI JUVENTUD HICE DE MI ARTE UN ARMA PODEROSA DE SEDUCCIÓN Y ENCENDÍ CON ÉL PASIONES QUE ME ARRASTRARON A UN CRIMEN. EN MI VEJEZ QUIERO CONVERTIR AL BIEN LAS FACULTADES QUE EMPLEÉ PARA EL MAL


UN DÍA SE FIJARON MIS OJOS POR CASUALIDAD SOBRE UN LIBRO. EN ÉL ENCONTRÉ UN SALMO DE DAVID, EL QUE DICE: MISERERE MEI DEUS...


DESDE QUE LEÍ SUS ESTROFAS MI ÚNICO PENSAMIENTO FUÉ HALLAR LA FORMA DE HACER UN MISERERE TAN SUBLIME Y TAN DESGARRADOR COMO NADIE HAYA PODIDO OIR JAMÁS


...DESPUÉS DE RECORRER TODA ALEMANIA, TODA ITALIA Y PARTE DE ESTE PAÍS AÚN NO HE OÍDO UN MISERERE EN QUE PUEDA INSPIRARME Y CREO HABER OÍDO TODOS


¿TODOS?... ¿A QUE NO HABÉIS OÍDO EL MISERERE DE LA MONTAÑA?
¿...DE LA MONTAÑA? ¿QUÉ MISERERE ES ÉSE?


ES UNA HISTORIA MUY ANTIGÜA. EN LO MÁS FRAGOSO DE ESTAS MONTAÑAS HUBO UN MONASTERIO FAMOSO. UNA NOCHE DE JUEVES SANTO EN QUE LOS MONJES CANTABAN EL MISERERE UNOS BANDOLEROS ARRASARON EL MONASTERIO, MATANDO A TODOS LOS FRAILES...


...LAS LLAMAS REDUJERON EL MONASTERIO A ESCOMBROS, DE LA IGLESIA AÚN QUEDAN EN PIÉ LAS RUINAS...
¡PERO...! ¿Y EL MISERERE?


TODOS LOS AÑOS, EN LA NOCHE EN QUE SE CONSUMÓ EL CRIMEN, SE VEN BRILLAR LUCES A TRAVÉS DE LAS ROTAS VENTANAS DE LA IGLESIA, SE OYE UNA MÚSICA EXTRAÑA Y UNOS CANTOS LÚGUBRES Y ATERRADORES...



...SON LOS MONJES, LOS CUALES, MUERTOS TAL VEZ SIN HALLARSE EN ESTADO DE GRACIA, VIENEN DEL PURGATORIO A IMPLORAR MISERICORDIA CANTANDO EL MISERERE
¿Y DECÍS QUE ESE PORTENTO SE REPITE AÚN?
DENTRO DE TRES HORAS COMENZARÁ SIN FALTA, PORQUE ESTA NOCHE ES JUEVES SANTO Y ACABAN DE DAR LAS OCHO EN EL RELOJ DE LA ABADÍA
¿A QUÉ DISTANCIA SE ENCUENTRA EL MONASTERIO?
A UNA LEGUA Y MEDIA... PERO... ¿ADÓNDE VAIS CON ESTA MALA NOCHE?
¿ADÓNDE VOY...?
¡A OIR ESA MÚSICA MARAVILLOSA!
¡A OIR EL GRANDE, EL VERDADERO MISERERE!
EL MISERERE DE LOS QUE VUELVEN AL MUNDO DESPUES DE MUERTOS
¿ME HABRÁ ENGAÑADO?
TAN
TAN TAN TAN

TAN TAN
TAN TAN

TAN TAN
TAN TAN TAN

Miserere mei. Deus. Secundum magnam...

misericordiam tuam!

In iniquitatibus

conceptus sum: et in pec-

catis concepit me mater mea..


Auditui meo
dabis gaudium
et lætitiam :
et
exulta-
bunt ossa
humiliata









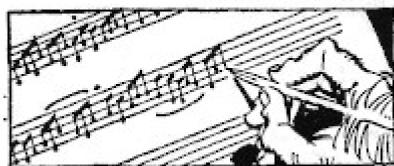
ESCRIBIÓ UNO, DOS, CIEN... DOSCIENTOS BORRADORES: TODO INÚTIL. SU MÚSICA NO SE PARECÍA A AQUELLA...

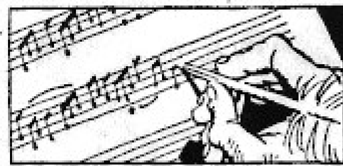






Y LA FIEBRE SE APODERÓ DE SU CABEZA... ¡Y SE VOLVIÓ LOCO...!

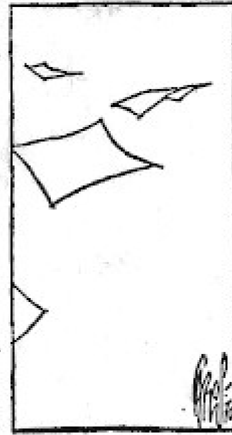












HOMENAJE A GUSTAVO ADOLFO BECQUER EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

SE PIENSA

EL TERROR MODERNO

Las historias de fantasmas de hoy han logrado una forma casi tan estilizada como la de un soneto. Puesto que se derivan de las leyendas y supersticiones de un mundo más viejo y primitivo, se basan en una forma de producir miedo ligada a un tipo de existencia que la Humanidad ya ha dejado atrás. Es el miedo del individuo solitario en un mundo cuyas fuerzas naturales eran desconocidas e impredecibles, cuya geografía no había sido cartografiada, cuyas creencias, religiosas y sociales, aún tenían sus raíces profundamente clavadas en el antiguo animismo de los antepasados salvajes.

En tal mundo, escasamente poblado según los estándares actuales, los caminos y calles estaban oscuros por la noche (o muy mal iluminados), el campo estaba repleto de lobos, osos y los sonidos de los merodeadores de la oscuridad, el paisaje estaba dominado por grandes y feos montones de piedras colocados en los lugares más inaccesibles. En aquellas repelentes estructuras grises, sin calefacción y casi sin ventanas, vivían, o habían vivido en otro tiempo, hombres crueles, hombres que se situaban aparte y por encima de los que araban la tierra, hombres que, como señores feudales, exigían tributo, imponían su voluntad como ley, y aparecían cubiertos de aterradoras armaduras para rechazar los ataques de los merodeadores de más allá de las montañas. En los sótanos de aquellos terribles castillos había maléficos agujeros en los que más de un desgraciado había perdido la vida entre aullidos. En los salones del castillo, la muerte y el derramamiento de sangre eran acontecimientos habituales.

Aún después de que aquellos castillos se hubieran convertido en ruinas, después de que el último oso y lobo hubieran sido acorralados y hechos pedazos, los nativos de la región no lograron olvidar los terrores que en otro tiempo habían sido realidades. Su tierra apenas había variado, sus noches seguían siendo igual de oscuras, sus dirigentes tan volubles y peligrosos como antes. Era lógico y natural que aquellas gentes creyesen que los espíritus alojados en la piedra y la madera aún sobrevivían, que tomaban las formas de fantasmas ululantes en la noche, de malignos nobles, muertos pero aún sedientos de sangre. Que en la oscuridad de las calles y campos en tinieblas aún vagaban, si no lobos, al menos hombres lobos, vampiros y otras criaturas de la noche. La magia negra y la brujería, los trasgos y las hadas, los zombies y los ogros, todo era creíble porque los confines aún no habían sido

cartografiados, persistía el miedo a lo desconocido, el analfabetismo y la ignorancia del creciente pero aún no difundido mundo de la ciencia; todo ello seguía siendo aún la parte predominante de una vida normal.

De todas estas cosas, de las leyendas del pueblo y los cuentos de las viejas, de los fragmentarios recuerdos del prohibido paganismo, de las tergiversadas versiones de la historia semiolvidada, de los mal comprendidos fenómenos naturales, se alimentó la oscura trama de los cuentos de brujas. Y, a medida que nuestras ciudades crecían, a medida que nuestra civilización comenzaba a entrar en la era industrial, gran parte de este acervo popular fue trasladado a la literatura, dando lugar a unas «recetas» para hacer relatos, que se adaptaron al tipo de ambiente con el que el nuevo auditorio estaba familiarizado.

El paso de castillos encantados a mansiones de campo encantadas fue fácil. Del ensangrentado calabozo feudal a la misteriosa mancha de sangre en una residencia desierta de Londres sólo había un paso. El vampiro que aterrorizaba al campesino de Transilvania se transformó en el espectro sediento de sangre de una taberna de la costa británica. Y, dado que los hombres aún se sentían solos y sus calles seguían estando mal iluminadas y su conocimiento era aún precario, aquellas fórmulas del terror conservaban su validez.

El relato de fantasmas, con toda su variedad estilística, apareció en su forma definitiva a finales del siglo XIX. Se han compilado docenas de gruesos volúmenes de esos relatos, y muchos han sido firmados por autores de fama; y, sin embargo, se hallan limitados al escenario de una era pasada. Siguen caminos ya muy trillados en cuanto a la forma, y deben hacernos creer en cosas que la ciencia y la sociedad actuales, y la práctica moderna de la religión, han rechazado. El que lo logren tan a menudo es un verdadero tributo a la habilidad de los autores.

Mas en realidad esas historias están ya anticuadas. Aunque podamos disfrutar con ellas, no logramos acabar de creérnoslas. ¿Debemos estremecernos ante la gimiente ira de algún duque muerto hace trescientos años porque fuera, supongamos, asesinado sin obtener venganza cuando hoy en día los asesinatos no resueltos son cosa común? ¿Cómo, nosotros que hemos vivido en una época reciente en la que seis millones de personas fueron torturadas o liquidadas a sangre fría, sin juicio ni culpa, al capricho de un tirano fanático… cómo vamos a tomarnos en serio la ridícula ira de un fantasma, antiguo y olvidado? ¿Cómo podemos, nosotros que vivimos en un mundo en el que docenas de grandes ciudades fueron bombardeadas y

arrasadas por asesinos remotos que cabalgaban en el cielo de medianoche, tomamos en serio las correrías nocturnas de un jinete sin cabeza? ¿Cómo podemos nosotros, los estadounidenses, en cuyas calles están al acecho los psicópatas, asesinos sexuales, y drogadictos cuyas acciones llenan día a día las crónicas policiales de listas interminables de inexcusables actos malignos, aterrorizarnos ante las consecuencias de la maldición de una bruja? ¿Cómo nos va a inquietar la sed individual de un Drácula, cuando en todas partes proliferan los bancos de sangre destinados a ponernos a cubierto de previstas futuras calamidades?

No, el relato de brujas está pasado de moda. Pero el miedo a lo desconocido, el terror ante el mundo que nos rodea, no ha desaparecido. Hemos construido un nuevo tipo de mundo, diferente del viejo, y en este nuevo mundo también hay horrores. Aceptamos la matanza de millones de hombres por obra de un gobierno, nos alzamos de hombros ante la muerte de una ciudad en la noche, fruncimos el entrecejo pero admitimos la inevitabilidad de la guerra biológica y radiactiva. Llevamos a cabo nuestras tareas cotidianas, sabiendo que estamos condenados por las bombas A o H que un día caerán. Todo ello es parte de nuestra vida normal, y en este ambiente proyectamos nuestros sueños personales, nuestros asuntos familiares, y nuestro ganarnos el pan de cada día.

Somos tan humanos como nuestros antepasados. En nuestros corazones aún subsiste el animismo primitivo. Creamos nuevas formas de terror, edificamos una demonología totalmente nueva derivada de la ciencia y de la seudociencia, nos enfrentamos con nuevas maldiciones derivadas de la brujería política, nuestra misma alma se estremece ante las monstruosidades bajo las cuales nos cobijamos.

En el campo de la literatura, entre los narradores de cuentos, se ha ido produciendo un lento darse cuenta de esta nueva demonología. Restringida por los viejos moldes de la historia de fantasmas, tuvo considerables dificultades para abrirse paso. La visión estaba oscurecida por las antiguas premisas. No obstante, logró manifestarse. Uno de los primeros logros en el esfuerzo por crear un tipo de relato de terror apropiado a nuestro tiempo se produjo con la aparición de la ciencia ficción, cuyo subsiguiente desarrollo ha sobrepasado y, en la mayoría de los casos, dejado a un lado su primitiva faceta terrorífica. En los escritos de H. G. Wells, a inicios de nuestro siglo, aunque la estructura pueda ser de predicción científica, la atmósfera y el efecto creados eran de terror, como en el mundo inhumano de *Cuando el*

durmiente despierte o en los gemidos de las vivisecciones practicadas en *La isla del Dr. Moreau*.

Pero el hecho de que se estuviese preparando el terreno para la aparición de una nueva demonología quedó ensombrecido por el gigantesco hongo de las proezas espaciotemporales, que también nacieron de esas raíces wellsianas. Mas el nuevo siglo clamaba por nuevas formas de terror, que hallaron su camino en los escritos de otros autores.

Arthur Machen logró una síntesis parcial de las formas antigua y moderna en sus largos relatos sobre Londres. En el escenario de una moderna ciudad con sus autobuses y comodidades, Machen susurró la nueva de la supervivencia de la olvidada mitología. Los últimos vestigios de enanos, las brujas y maldiciones aún se aferraban a la vida, escondidos entre las piedras y sótanos de nuestra civilización. Pero hasta el mismo Machen demostró que se daba cuenta de que aquellas pervivencias casi olvidadas estaban perdiendo la batalla. Siempre tendría que haber una reliquia, algo tangible que sobreviviera de los días anteriores a la existencia de un Londres, para que pudieran manifestarse. No podían, y Machen no les obligo a ello, manifestarse en las cosas *nuevas*.

Después de Machen aparecieron aquí y allá relatos basados en los nuevos objetos, en los terrores de la psicología, en los terrores de los nuevos monstruos de la máquina y el gas, del estado y la sociedad, del humo y del polvo, de la onda de radio y el telescopio, del aún más amenazador futuro. Aquí, por fin, estaba el origen de un nuevo tipo de historia de terror, el abandono del estúpido fantasma para pasar a las amenazas modernas, mucho más sutiles.

Me di cuenta, por primera vez, de esta nueva forma de relato terrorífico en 1937 cuando leí *El jugador de croquet* de Wells. Por encima del atronador resonar de los tambores de guerra, Wells logró hacer sonar una nota que halló respuesta en mí. Aquí, escribía, se halla un fantasma nuevo y real, derivado de lo que nos atemoriza a nosotros en lugar de lo que atemorizó a nuestros tatarabuelos. La aterradora atmósfera de esa novela corta, una de las últimas grandes obras imaginativas de Wells, parecía real. Pero nunca hubiera podido ser relacionada con la fórmula establecida del relato de fantasmas. Desde aquel momento, como coleccionista y experto en ficción fantástica, comencé a catalogar relatos similares, cuentos que reflejaban el terror en los tiempos modernos.

Allí estaba Franz Kafka, con sus novelas sobre hombres despedazados por torturadores y fuerzas que ni siquiera podía vislumbrar. Allí estaba, a un nivel

diferente, H. P. Lovecraft, escribiendo relatos que aparentemente seguían la tradición de los de brujas, y que no obstante fundamentaba persistentemente sus demonios en los hechos marginales de la astronomía y la geología, vistiéndolos con ropajes tejidos por la ciencia ficción. Allí estaban Fritz Leiber y Ray Bradbury y Philip M. Fisher moviéndose entre escenarios modernos y hallando brotes de terrores que nunca antes habían crecido en la Tierra.

De hecho, había relatos que pertenecían a nuestros tiempos y no a eras pasadas. Esos terrores eran diferentes a los otrora conocidos. En vez de las entidades físicas del campesinado supersticiosos, eran preferentemente sutilezas psicológicas; *alteraciones* del pensamiento y el ser, en lugar de sustancias. Nadie puede aún fijar y sistematizar la nueva demonología, pues aún está evolucionando y sus formas son diferentes a cualquier otras. Puede manifestarse más en una ausencia que en una presencia, por una sombra en lugar de una sustancia, por una oscuridad en vez de un amanecer.

Estamos viviendo en un mundo bien extraño, un mundo que hicimos nosotros. Ningún antepasado compartió jamás este escenario moderno. Debemos continuar zambulléndonos en él porque ya no somos capaces de volver hacia atrás. Nuestra paz es más tensa que cualquier otra paz anterior, nuestras guerras más inconcebiblemente horribles, nuestras ciudades mucho más mortíferas que la más salvaje de las junglas vírgenes, nuestras mansiones mucho más lujosas que los más fabulosos palacios, y nuestro futuro mucho más explosivamente incierto que cualquiera con el que se enfrentasen nuestros antepasados.

En este contexto creamos nuevos fantasmas, hallamos nuevos terrores, no para sobrepasar las realidades de nuestros terribles días, sino para susurrar locuras más sutiles. En esta selección de relatos, he intentado reunir por primera vez algunas de esas historias del terror en los tiempos modernos. En estas páginas no encontrarán un solo fantasma, hombre lobo o vampiro, sino que hallarán una parte de la maldición de nuestra época. Se encontrarán con lo innombrable que está entre nosotros.

DONALD A. WOLLHEIM

AVISO A LOS LECTORES

Deseosos de promocionar la SF española e hispanoamericana, y en vista de que la afluencia espontánea de originales no nos suministra el material suficiente y adecuado para dedicar en cada número unas páginas a la producción vernácula,

hemos decidido crear una sección fija, abierta a todos, con objeto de estimular el envío de relatos.

Nuestro colaborador Carlo Frabetti se compromete a mantener correspondencia (o contacto personal, cuando el caso lo permita) con los autores, a fin de comentar y discutir sus obras.

Importante: dado el poco espacio que podremos dedicar a esta sección, publicaremos preferentemente relatos cortos, y sobre todo «cortísimos», que ofrecen además la ventaja, para un novel, de que su realización no exige un gran dominio de la técnica narrativa.

Agradeceríamos que los originales fueran acompañados de una copia y de unos cuantos datos personales del autor (edad, profesión, opiniones, etc.).

Escribir a:

EDICIONES DRONTE
Sección Experimental
Merced, 4
Barcelona - 2
ESPAÑA

HORROR, ERGO SUM

Horror, ergo sum. Pero, ¿qué horror?

Vivimos en una lábil frontera de pesadillas. Las perspectivas de nuestra realidad parecen dictadas por una mentalidad científica… que depende de los diablos. El antiguo demonio Abigor (era un diablo superior, que mandaba sesenta legiones infernales; tomaban la apariencia de un apuesto caballero, con lanza, cetro y estandarte, montado sobre un blanco corcel alado; conocía los senderos del futuro y todos los secretos de la guerra) ha cedido su puesto a entidades luciferinas que visten batas blancas, llevan gafas, manejan complejos cuadrantes, manipulan genios…

El horror, antaño encerrado dentro de nosotros, ahora está fuera. Es algo cotidiano, se encuentra al hojear el periódico, al doblar la esquina, está oculto tras el neón del estanco, en la espiral rodante que indica la peluquería, tiene el aliento de los tubos de escape de los vehículos, corre entre el metro de Milán y los sucios rincones de Nueva York, fuma en astrosas chabolas de Méjico, se inyecta sustancias venenosas en un ático romano, en una buhardilla marsellesa. Hace enloquecer la Historia, contamina los antiguos filosofemas, lleva al delirio la palabra, desdobla, complica y trastorna las imágenes claras.

Hablar de horror ya no inspira horror, porque la diaria costumbre de lo horrible nos ha condicionado. El horror como diversión ya no es más que un fácil estetismo de salón. Tal vez seamos todos fantasmas que leemos, escuchamos, asistimos a otras historias, de otros fantasmas que fuman, que podríamos ser nosotros, pero que en todo caso consideramos objetos de contemplación no partícipes de un mismo destino.

«No estoy seguro ni siquiera de que el mundo exista, de que la materia exista, de que yo exista. No me asombraría lo más mínimo si alguien me demostrara que no existe nada. Yo no creo que haya un devenir, un progreso. El Universo es un conjunto de fuerzas finito y sin aumento: susceptible sólo de nivelaciones según la teoría de los vasos comunicantes. Supongamos muchos tubos incomunicados llenos de líquido; abrimos la comunicación: en seguida se establece un nivel único, pero más bajo. Es decir: cada ganancia presupone una pérdida, cada logro presupone dolor…».

Así hablaba, hace cinco años, un gran poeta italiano, Eugenio Montale, en una entrevista.

El horror (*horror vacui*, el más antiguo del mundo, más antiguo que cualquier mundo posible) es evidente. El hombre se licúa en los alambiques de sus propias conjeturas. Y el diablo, que mucho tiempo antes puso en marcha el mecanismo que nos llevaría hasta este punto, lo mira. Naturalmente, ni siquiera el diablo existe, pero está reflejado en un espejo, el mismo espejo en el que nosotros nos escrutamos. Él también es una imagen de nuestra no-esencia.

Relatar el horror, inventarlo, hacerlo cuajar en tramas lógicas es, hoy en día, una empresa tentadora. Horror en el horror (como novela de la novela) en busca de un nuevo recodo de lo horrible, de una dimensión tan inhumana como para enriquecer el abanico de las posibilidades humanas, en verdad infinitas.

Pero la empresa literaria no es sencilla. Se camina sobre mojado, sobre losas infernales constituidas por modelos y arquetipos que parecen archimanidos. Cada vampiro es ya tan familiar como una vieja tía y su famosa tarta. Cualquier inquietud mental se trivializa si se la compara con la realidad de los alucinógenos. Y el pobre Frankenstein desciende a un nivel de maníaco de pueblo. El miedo ya no es exquisito, ya no pulsa en las venas, sino que circula libremente entre las crónicas negras y los encuentros casuales, en los aspectos más obvios de nuestra cotidianeidad. Se ha convertido en un elemento (un alimento) de nuestras semanas, que concluyen con sangrientos *week-ends*. La velocidad de la información y la rapidez con que corren las noticias ponen a la Hermana Muerte mucho más cerca de nosotros, como un nuevo tipo de secretaria.

El problema, por tanto, es estilístico: estriba en cómo narrar este horror que, siendo demasiado nuestro, demasiado cotidiano y demasiado reconocible, precisa de elegancia, armonía, extremado gusto interior para que el relato se sostenga.

El diablo fue cornudo, cojo y monstruoso, y luego fue también hermoso, persuasivo, elegantemente enfermizo y serpentino. El último aceptable, el de Bulgakov en *El Maestro y Margarita*, era más bien sucio, comedor de pepinos, de poderosa nigromancia y doctos recursos históricos, pero dotado de mal gusto: un profesor de escuelas nocturnas desaliñadamente vestido con trajes de confección, genialoide pero carente de educación. Precisamente por esto, creíble.

Estilísticamente, es necesario devolverle al horror su fuerza originaria. Rechazando su continua presencia exterior, hay que volver a sacarlo de nuestros intestinos, si acaso queda algo en ellos. Todo el horror que se ha

instalado fuera de nosotros ya no nos asusta. La invención, agrediendo la realidad exterior y distorsionándola hasta hacerla más verdadera, también aquí es indispensable. O nunca más tendremos miedo de nosotros mismos, y entonces, adiós.

Hemos trastornado el mundo, volviendo objetivo cuanto en él había de arcano. O le devolvemos un equilibrio fantástico, con muchos horrores creíbles, o naufragaremos en el bar de enfrente, donde el viejo horror es consumido mediante fichas[1].

GIOVANNI ARPINO

EL TERROR ESTÁ DE MODA

La afición por lo terrorífico (que en su forma actual se puede decir que arranca de la novela «gótica» de principios del siglo pasado) ha sido objeto de numerosas interpretaciones. Una de las funciones más claras e importantes del género de terror es la de *exorcizar* (que entronca con los más ancestrales ritos y religiones): para ahuyentar a los «malos espíritus» hay que darles nombre y forma, y las características conferidas al «demonio» (o, en nuestro caso, al monstruo o a la situación terrorífica) aluden siempre, de una forma más o menos directa o simbólica, a los terrores latentes en una determinada sociedad y circunstancia.

No hay espacio para examinar a fondo el fenómeno, pero es interesante señalar cómo en los últimos decenios las «modas» por lo terrorífico se han dado en significativa concomitancia con determinadas situaciones sociohistóricas.

Siegfried Krakauer ha analizado detalladamente cómo el tenso clima psicológico de la Alemania prehitleriana se manifiesta claramente en el obsesivo cine expresionista, reflejo de la neurosis de la sociedad germana frente al hundimiento del imperio, el fracaso de los movimientos proletarios y la crisis de la burguesía.

Igualmente significativo es el hecho de que el «boom» del cine de terror se produjera en Estados Unidos al comienzo de los años treinta, como reacción a la crisis de Wall Street. En ambos casos mencionados, la masa presiente la crisis, vive inmersa en ella, pero desconoce sus raíces; en cierto modo, se halla en la misma situación que el salvaje: en un medio hostil cuyos mecanismos desconoce. Ya no es la tormenta o la enfermedad el inaprehensible enemigo que hay que conjurar, sino el fantasma de la guerra o la inestabilidad económica, cuyas causas profundas son tan misteriosas para el ciudadano medio como para el salvaje el origen del rayo o la naturaleza de la fiebre.

Esta vaga inquietud que una situación crítica como las aludidas induce en la sociedad debe ser exorcizada, igual que los «malos espíritus», y para eso es necesario darle nombre y forma. Surge así el mito del Enemigo con mayúscula, oscura causa de todos los males; el mito del azar adverso, la fatalidad, la naturaleza hostil, etc. (reflejado en obras como King Kong, aunque tal interpretación dista mucho de agotar el contenido de este

interesante film); el mito de Frankenstein (recuérdese que la famosa versión cinematográfica de Whale, con Boris Karloff, es de 1931), clara expresión del terror irracional a la ciencia como «profanadora de sagrados misterios»…

Sería muy interesante analizar cómo algunos mitos han sido y son manipulados para desviar la atención de las raíces de determinados problemas hacia presuntas causas exteriores y fatales. Pero ello sería salirse del tema de esta breve nota, que lo único que pretende es llamar la atención sobre un hecho sintomático: el terror está de moda. En los últimos años han proliferado las películas, las series de TV, las novelitas, los magazines y los tebeos terroríficos (huelga dar ejemplos por sobradamente conocidos). Tenemos incluso uno de los pocos festivales del mundo dedicados al género: la «Semana Internacional del Cine Fantástico y de Terror» de Sitges, que el pasado otoño alcanzó su tercera edición.

El terror está de moda y, a la luz de las consideraciones anteriores, creo que es interesante preguntarse por qué. No me parece aventurado responder que estamos atravesando momentos críticos, que hay una inquietud indefinida (indefinida para el ciudadano medio, acrítico y apolítico) «flotando en el ambiente», una oscura sensación de que «algo está pasando», algo importante que escapa al control y a la comprensión de las mayorías, y que por su mismo carácter de desconocido origina una inquietud más o menos consciente.

SF Y TERROR

Al estudiar las relaciones entre el género de terror y la SF, habría que empezar distinguiendo entre el terror que utiliza elementos de SF y la SF terrorífica propiamente dicha, distinción, por supuesto, no siempre clara y tajante.

A nivel de *masscult*, (películas, comics, etc.), está muy generalizado el empleo meramente «coreográfico» de algunos símbolos y convenciones de la SF —como el robot, el xenoide o el mutante— en relatos terroríficos completamente tópicos, cuyas tramas no suelen ser más que burdas trivializaciones de los esquemas característicos de las narraciones «góticas», entroncadas a su vez con los más antiguos mitos y leyendas. Sólo varían los decorados: el castillo lúgubre ha sido sustituido por el laboratorio siniestro, el perverso hechicero por el científico loco, y los fantasmas y vampiros por los monstruos extraterrestres y los robots homicidas…

La gran difusión de este subgénero de la SF es muy significativa, pues, entre otras cosas, refleja la persistencia del salvajismo en nuestra sociedad.

La situación del ciudadano medio en el actual contexto sociotecnológico no es muy distinta a la del salvaje rodeado por una naturaleza hostil cuyos mecanismos sólo conoce vagamente. Ambos son manipulados por oscuras fuerzas cuyas raíces desconocen, ambos tienen que luchar implacablemente para sobrevivir, ambos se sienten acosados por extrañas entidades, poderes y amenazas… Y ambos tienen miedo. Por eso, ambos —cada uno a su manera — necesitan de los ritos y exorcismos. Y, naturalmente, entre todo hay que explicitar esos vagos temores, hay que darles nombre y forma para luego poder conjurarlos. De este modo, las características formales de los mitos —cuya estructura permanece prácticamente invariable— expresan en cada época y circunstancia los terrores latentes en la sociedad.

He señalado antes que las características formales de los mitos expresan en cada momento histórico los terrores específicos de una sociedad. No debe extrañarnos, por tanto, que la subSF difundida actualmente a nivel popular —al igual que los «pulp» de los años treinta— suela tender hacia lo terrorífico, y que sus características más frecuentes sean la xenofobia y la tecnofobia.

La posibilidad de introducir en la trama seres extraterrestres es un buen pretexto para llevar al límite la xenofobia y el maniqueísmo: los xenoides suelen ser presentados como monstruos horrendos y perversos, o como seres hieráticos carentes de sentimientos dispuestos a exterminar a la Humanidad. La relación entre dicha xenofobia y el mito del Enemigo (tan útil al sistema) es obvia.

La tecnofobia (claramente relacionada con el mito de Frankenstein, y emparentada con los arcaicos mitos de Prometeo y el Árbol de la Ciencia) es la versión contemporánea del eterno terror irracional a la ciencia como posible profanadora de sagrados misterios y desencadenadora de maldiciones sobrenaturales. No es extraño que en nuestra era tecnológica, bajo la constante amenaza de una hecatombe nuclear, dicho terror haya cuajado en símbolos como el robot homicida, el científico loco que quiere adueñarse del mundo, o el monstruoso mutante radiactivo, surgido como consecuencia de las explosiones atómicas (y tampoco hay que extrañarse de que tales monstruos engendrados o vueltos a la vida por la radiactividad hayan proliferado precisamente en el Japón).

A nivel de *masscult,* puede decirse, por tanto, que entre la SF y el terror hay una relación meramente formal, de simple recubrimiento: la SF ha

suministrado nuevos decorados, nuevas apariencias y nuevos nombres a antiguos esquemas y planteamientos, directamente entroncados con los mitos arcaicos.

Con respecto a este subgénero de la SF, es válida la afirmación de que se trata de una neomitología (neo sólo en cuanto a la forma) racionalizada. Pero el referir tal afirmación a la SF en general, como hacen algunos comentaristas, constituye un grosero error de apreciación, pues la SF más específica se caracteriza precisamente por su actitud contramitológica, progresiva[2].

¿Y cuál es la relación de esta SF —la realmente especulativa— con el género de terror? Es decir, ¿cuáles son las características de la SF terrorífica propiamente dicha?

La SF terrorífica pone en evidencia —mediante extrapolaciones, transposiciones, etc.— e interpreta el terror subyacente en la vida cotidiana; nos previene contra las trampas y peligros que acechan tras una apariencia de confort y libertad. En este sentido, supone una ruptura con el terror tradicional de ascendencia mitológica, pues mientras éste expresa simbólicamente los vagos temores de la sociedad, de una forma casi ritual y con una finalidad exorcística, la SF terrorífica intenta mostrar las raíces de tales temores y amenazas, analizar sus causas, prevenir sus posibles consecuencias, llamar la atención sobre los aspectos monstruosos de ciertas cosas que la rutina y la alienación nos hacen considerar normales…

En el terror tradicional predomina la actitud mística, mitificadora. En la SF terrorífica predomina la actitud crítica, esclarecedora.

Por eso, la SF terrorífica —de la que son una buena muestra algunas utopías negativas— más que asustar *preocupa*, más que el miedo despierta la *inquietud*.

De la presente antología, el relato que mejor ejemplifica la unión de SF y terror es «La Chica de los ojos hambrientos», en el que, a través de un personaje casi alegórico, el autor denuncia la esclavización psicológica de las masas por los hipnóticos mecanismos de persuasión de la sociedad de consumo.

CARLO FRABETTI

ESA DROGA LLAMADA TERROR

Todos hemos sentido alguna vez en nuestra vida ese sutil estremecimiento que recorre nuestra columna vertebral cuando nos imaginamos una puerta oscura que se abre chirriante, cuando leemos la descripción de una mano engarfiada apareciendo entre antiguos cortinajes a espaldas de una persona desapercibida, o cuando leemos, al final de una apocalíptica historia, cómo el protagonista se derrumba muerto y su rostro empieza a descomponerse horriblemente hasta convertirse en una espantosa máscara deforme. Nos complacemos sintiendo el miedo apoderarse de nuestro interior, y esto nos hace felices. El diccionario describe ya el cuento de terror como «el relato literario que busca, a través de la producción del miedo, el hallazgo de un cierto placer». Lo que no describe es el mecanismo que produce en nosotros esa agradable y extraña sensación.

Porque lo cierto es que el terror forma parte de la propia naturaleza humana. Ha formado siempre parte de ella, es tan viejo como la propia Humanidad. Lo llevamos con nosotros desde el momento de nacer, y aunque aparezca en diversos grados a todo lo largo de nuestra vida no lo desechamos completamente hasta nuestra muerte. Las sociedades primitivas, equiparables a niños a este respecto, se enfrentaban ante elementos desconocidos y atemorizantes y temblaban. Pero no gozaban con este temblor. Cuando leemos un relato terrorífico, en cambio, temblamos también, pero experimentamos un cierto placer.

Ésta es la sutil pero importante diferencia entre el *terror* a secas y el terror literario (o en sus vertientes gráfica, cinematográfica, etc., aunque utilicemos la literatura como base). En realidad, el gusto hacia los relatos terroríficos no es más que una exteriorización de la superación del miedo. El niño pequeño no goza con un relato de miedo porque cree en él, lo siente dentro de sí. Para gozar con el miedo hay que haberlo vencido.

La inefable droga que nos produce este cosquilleo no es más, pues, que un asentamiento de la razón. Gozamos de lo que sabemos que podemos dominar, aunque sigamos creyendo en ello.

Por todo ello, el terror como género literario es una invención moderna. Si examinamos la historia de las literaturas observaremos que en la antigüedad no existe el cuento de miedo. Existirán, dentro del contexto de otras obras más amplias, o aún formando unidades autóctonas, relatos de leyendas

fantásticas o historias sobrenaturales. Pero su misión (y en esto se diferencian de los relatos de terror propiamente dichos) no es provocar el miedo. Durante la Edad Media, el oscurantismo trajo consigo el florecimiento de multitud de leyendas acerca de brujos y demonios, seres sobrenaturales al acecho de sus presas humanas. Sin embargo, para las mentalidades de la época, aquellas historias no eran invenciones, sino testimonios verídicos que pasaban de boca en boca como advertencia de posibles peligros. No existen *relatos* medievales de pactos con el diablo, tan sólo *testimonios*.

El cuento de terror como tal, no aparece hasta la llegada del racionalismo. Solamente cuando el hombre consigue empezar a dominar su miedo se atreve a jugar con él. Su sensación de dominio le da una seguridad que le impele a divertirse a su costa, y como este dominio no es aún completo (nunca llegará a serlo) disfruta sintiendo el cosquilleo de un terror que sabe que ya no lo posee. Éste es el nacimiento del placer por el miedo: nos estremecemos ante una terrible historia de aparecidos porque sabemos que no existen tales aparecidos, pero algo recóndito dentro de nosotros mismos nos dice que, a pesar de todo, tal vez sí existan… Con el racionalismo, y su secuela literaria del romanticismo, entra en el mundo la *literatura* de terror. Y su éxito se evidencia desde un principio con tan sólo el somero examen de los nombres que lo han abordado, desde Dickens hasta el gran clásico Poe, y por otros nombres que se convierten en maestros del género: Le Fanu, Stocker, Machen, Lovecraft…

Sin embargo, el terror, como género literario —y precisamente por sus propias características— tiene una clara dependencia hacia nuestros propios terrores ancestrales. En realidad, como una superación de nuestro propio terror, *necesita* de este mismo terror para existir. En realidad, lo explota.

Y, por ello mismo, podemos seguir a lo largo de su transcurso una clara evolución del género terrorífico, de acuerdo con las épocas y las circunstancias que lo rodean. Como una secuela del oscurantismo medieval, el terror literario amanece arrastrando una carga de diablos, brujas, monstruos demoníacos, vampiros y demás criaturas licantrópicas. Más tarde, la aparición y el auge del espiritismo lo inunda de *revenants*: fantasmas y aparecidos, seres de ultratumba, pululan por las páginas de los relatos terroríficos de la época. Después, el conocimiento de las religiones africanas trae nuevos elementos y personajes: los brujos negros, los zombis, los hechizos y maleficios vudú.

Y el progreso de la ciencia y la técnica, por su parte, va rechazando al mismo tiempo los elementos terroríficos de antes. Poco a poco, los fantasmas

tradicionales van dejando de aterrorizar a la gente porque, tras la etapa de superación del miedo, viene la del olvido de este mismo miedo. Al tiempo que se sobrepone a su terror ancestral, el ser humano tiene conciencia de esta superación, y por lo tanto *goza* recreándose en ella; pero, con el olvido, el placer desaparece, y entonces el goce, motivado en realidad por la inquietud, se desvanece y queda sólo la risa. El terror se vuelve infantil, porque uno se considera ya adulto.

Es entonces que la búsqueda de nuevos elementos de terror produce una intelectualización del terror en sí. Maestros del género como Machen, Blackwood, Lovecraft, Bierce, en su constante experimentación y búsqueda de nuevas fórmulas, *depuran* el terror, lo abstraen de sus símbolos tradicionales y hurgan en los pozos más oscuros del inconsciente humano, extrayendo de allí los terrores más ancestrales. Lovecraft, gran maestro de la innovación, es quien consigue en este aspecto un mayor impacto trayendo de nuevo a la superficie mitos aparentemente olvidados pero sin embargo presentes en nuestro subconsciente, porque forman parte de nuestra más íntima naturaleza humana. El terror bucea así cada vez más, extrayendo de nosotros mismos las fórmulas y los elementos de los que se servirá para impactar en nuestras mentes, enfrentándonos a elementos que creíamos olvidados pero que siguen latiendo aún en nuestro interior.

Así llegamos a nuestros días. El hombre ya no goza temblando con los convencionales monstruos terroríficos, pero han surgido otros símbolos para sustituirlos. Es la ocasión de utilizar lo desconocido, lo sugerente. El terror *visual* —es decir, la descripción de este terror— es sustituido por el terror *sugerido*: la simple alusión, el roce, el permitir que el lector no penetre en el terror empujado por el relato, sino que se vaya hundiendo lentamente en él por obra y gracia de su propia imaginación. Los monstruos van desapareciendo como tales de los relatos de terror, dejando paso a otro monstruo mayor: la misma mente humana, poblada de oscuros e ignotos pozos de los que, hurgando, puede salir cualquier cosa. Y es precisamente este terror, por lo desconocido e inconcreto, el que tiene una mayor fuerza, ya que acude directamente al punto más receptivo de la mente del lector.

Esta evolución, sin embargo, no se produce por metamorfosis: la aparición de cada nueva perspectiva en el terror literario no mata la anterior, sino que se suma a ella. De hecho, existen actualmente todas las gamas del terror, y el motivo de esta coexistencia es bien sencillo: no todos los pueblos ni los individuos han alcanzado el mismo grado de madurez, y cada uno necesita su tipo de literatura. De hecho, el terror más abundante sigue siendo

aún el terror *clásico*, el que no se ha apartado aún demasiado de los moldes románticos, ocupando el terror más de avanzada un puesto aún de experimentación. Esto, por otro lado, nos indica también desgraciadamente cuál es el nivel medio de nuestra sociedad…

Y, siguiendo la evolución del progreso, tanto material como intelectual, el terror ha ido entroncando progresivamente con otro género que ha seguido, en otro plano, una parecida evolución: la ciencia ficción. Con la interpenetración de ambos géneros, el hombre del siglo XX ha entrado en otro tipo de terror, un terror completamente actual, del que hemos hablado ya en otros artículos de este mismo volumen. Dentro de otra dimensión, los mismos elementos que se hallaban presentes en el oscurantismo medieval se encuentran también a nuestro alrededor, en nuestro supertecnificado siglo XX, con una apretada lista de equivalencias. Los antiguos diablos son hoy robots, los brujos sabios locos, los espíritus y vampiros monstruos extraterrestres. Pero la esencia sigue siendo la misma.

Sin embargo, en esta nueva categoría de relatos de terror, no me atrevería a considerar a muchos de ellos exactamente como *relatos*. Esta primera calificación, que es evidentemente muy simplista, vale para lo que podríamos denominar terror de bajo nivel cualitativo, cuya única inquietud es producir en mayor o menor intensidad el cosquilleo del que hablábamos al principio. En el empleo de la ciencia ficción no como recurso sino como experimentación, puede hallarse la mayor parte de las veces un claro valor de testimonio. El hombre ha tomado conciencia de los elementos terroríficos que coexisten con nosotros en nuestro mundo actual: el átomo, la cibernética, los hipotéticos seres extraterrestres… Sin embargo, no ha alcanzado aún el estadio de superación de estos elementos, sino que se halla aún inmerso en ellos. En realidad, se encuentra en la misma situación que el hombre del medioevo, sólo que enfrentado a otros brujos y otros demonios. En estas circunstancias, existe un claro factor de inquietud.

Así, para mí, los relatos terroríficos basados en estas últimas premisas, el terror del monstruo desconocido que llega de otro mundo, el resultante del gran peligro atómico que se cierne sobre nuestras cabezas, tienen más bien un valor premonitorio. Aunque estén impregnados de elementos terroríficos, su objetivo primordial no es actuar como «droga del terror»: son testimonio de algo.

La evolución del relato de terror, evidentemente, seguirá. Dentro de unos años, o unos decenios, cuando este terror siglo XX haya sido superado, si alguna vez somos capaces de superarlo, veremos el advenimiento de una

nueva literatura de terror, sucesora de todas las literaturas terroríficas anteriores, y a la que se ha bautizado con el nombre de *terror cósmico*. Ignoro las perspectivas que alcanzará este género, las formas de esta nueva droga de hacernos estremecer, aunque algunos relatos experimentales aparecidos en los últimos tiempos —incluso alguno de los incluidos en este volumen— dejan entrever tras algunas puertas.

DOMINGO SANTOS



Notas

[1] El autor alude probablemente a toda una serie de aparatos públicos (flippers, juke-box, e incluso televisores) que en Italia funcionan mediante fichas (N. del T.) <<

[2] Ver «Introducción a la SF como literatura crítica», *Nueva Dimensión n.º 19*. <<